

JOHANN  
STORER  
DE  
BOLE

I

OMO

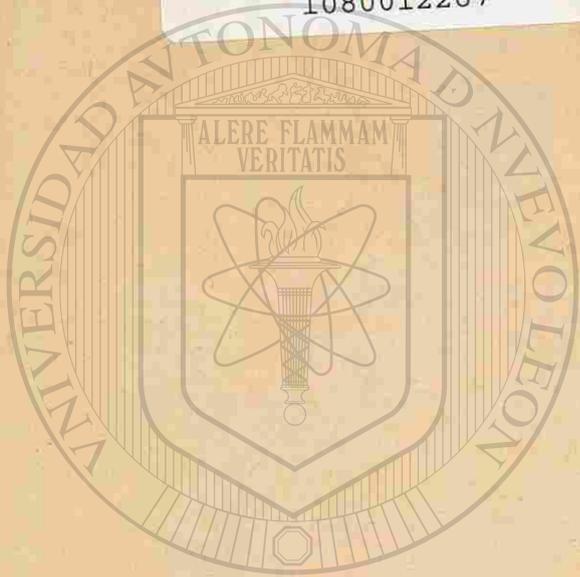
DC203

N67

v.1

t.4

R



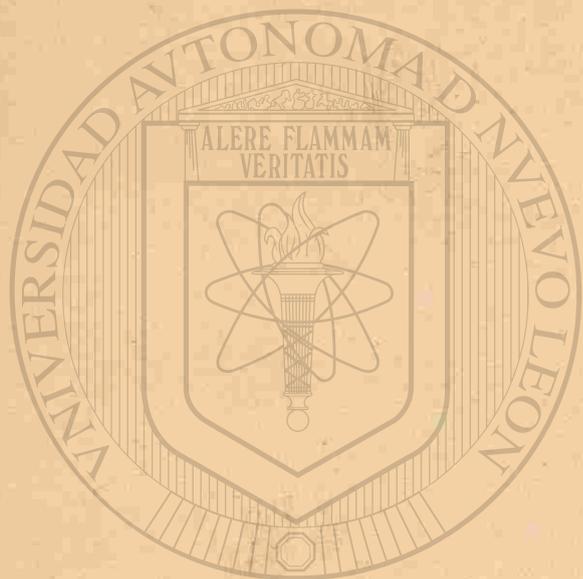
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

DE

NAPOLEÓN

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE

NAPOLEON

POR

M. DE NORVINS.

TOMO CUARTO.

\*  
PRIMERA PARTE.  
\*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS. — IMPRENTA DE J. TASTU,

CALLE VAUGIRARD, N. 36.

PARIS

DUREY, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE SAVOIE, N. 14;

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, N. 60.

1829

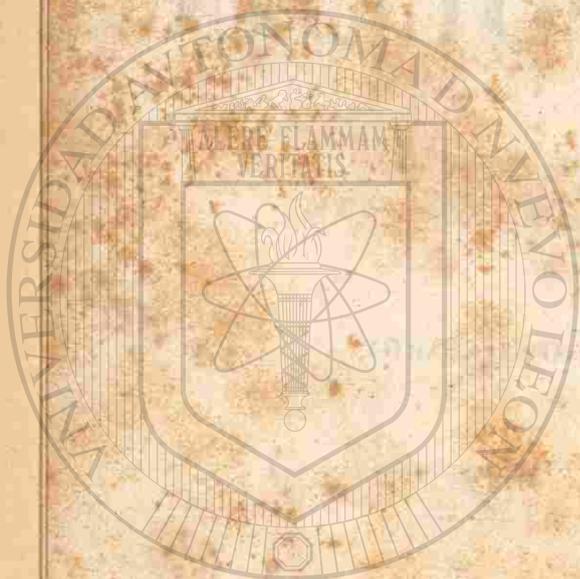


DC203

N67

v.1

f.4



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156550

# HISTORIA

DE

# NAPOLEON.

## LIBRO DECIMOCUARTO.

### CAPITULO PRIMERO.

NUEVOS PROYECTOS DE NAPOLEON. — CONCORDATO DE FONTAINEBLEAU. — NEGOCIOS DE PRUSIA. — DE AUSTRIA. — MARIA LUISA REGENTA. — NAPOLEON SALE PARA MAGUNCIA.

(1813)

En llegando á las Tullerías, Napoleon dió algunas horas de la noche á los tiernos afectos de familia, se dejó ver á los cortesanos, á sus ministros y á los varios cuerpos del Estado, con la serenidad de una alma firme y superior

TOMO IV.

I

á los golpes de la fortuna. Todos los corazones estaban llenos todavía de la funesta impresion del boletin de Malodezono (el 29°), tan cierto, pero mucho mas terrible que los de las batallas de Eylau y de Essling, borrados por las brillantes victorias de Friedland y de Wagram. Napoleon pudo leer sobre todos los semblantes el efecto que habia producido la relacion de nuestro desastre, y no procuró ocultar nada. Confesó francamente la inmensidad del mal, y dió el ejemplo de la constancia impertérrita que domina á un dolor profundo. Antes de dar esta primera audiencia, habia adoptado ya, con su ministro de la guerra, los medios de volver á formar un ejército con todo lo que se necesitaba, y en seguida llamó á los demas ministros para conocer á fondo el estado interior del pais. Entre los objetos que se discutieron en su presencia, ninguno tomó tanto imperio sobre su espíritu como la conspiracion del general Malet, que le sorprendia y le humillaba. Lo que le chocó mas todavía que la misma conspiracion, fue la debilidad del prefecto del Sena; no podia concebir (segun decia) *que el primer magistrado civil se hubiese hecho, de repente y sin*

*oposicion ninguna, el agente de una revolucion, en vez de acudir al socorro del hijo y de la muger de su soberano, á quien habia prestado juramento.* El dia siguiente contestó á la arenga del senado: «.....Los soldados tímidos y cobardes echan á perder la independencia de las naciones; pero los magistrados pusilánimes destruyen el imperio de las leyes, los derechos del trono, y el orden social. La muerte mas hermosa seria la de un soldado que muere en el campo del honor, si la muerte de un magistrado que perece en la defensa del soberano, del trono y de las leyes no fuese aun mas hermosa.» Despues del senado, Napoleon recibió al consejo de estado, y siempre ocupado de la conducta del prefecto del Sena, acabó su contestacion con estas palabras notables: «...El consejo de estado de un grande imperio debe unir á estos principios un valor á toda prueba, siguiendo el ejemplo de los presidentes Harlay y Molé, y estar siempre pronto á morir en la defensa del trono y de las leyes.» El prefecto del Sena fue juzgado por sus pares, los individuos del consejo, y destituido por un decreto. Si la probidad, el honor y los bue-

nos servicios hubiesen podido lograr el perdón de una falta tan grande, M. Frochot no hubiera sido castigado; pero la política pedía un ejemplo. Durante el curso de la indagación la más severa sobre este asunto, Napoleón habló del modo siguiente: « La revolución vive » aun; mi dinastía no se ha arraigado entre los » individuos de mi consejo. » Si no hubiese querido encubrir las descubiertas hechas, parte del senado, donde Malet tenía ramificaciones, se hubiese hallado comprometida. Calló con intento y sin perder de vista á sus enemigos ocultos, y les dió á conocer con palabras públicas, cuyo sentido ellos solos pudieron entender, que sabía todos los misterios de su conducta durante su ausencia, dejando para otro tiempo remediar el mal; así es que dejó en el primer cuerpo de la nación un germen fatal que se desenvolvió algunos meses más tarde. La conspiración de Malet despertó en el corazón de Napoleón los recelos de la revolución, y le incitó á ponerla otras barreras, y á reforzar con nuevos juramentos el dogma del derecho hereditario.

El Emperador desplegó una actividad prodigiosa que recordó á los Franceses las crea-

ciones milagrosas de la época consular; parecía que la desgracia que Napoleón acababa de experimentar le hubiese dado todavía más recursos y más energía. Multiplicaba las juntas, y todas las presidía, tomando simultáneamente las disposiciones las más acertadas, militares, políticas, civiles y administrativas; y por las noches, cuando los individuos de su gobierno tomaban algún descanso, se entregaba á su ingenio y le pedía los medios de salvar la patria. Apenas se dejaba distraer por los afectos paternales, consagrando unos cortísimos instantes al hijo heredero de tanta gloria y depositario de tantas esperanzas.

Entretanto, Napoleón recibía diariamente noticias poco lisonjeras de sus negocios en el Norte. Pero en España, el vencedor de Salamanca, no habiendo sabido aprovecharse de su victoria, se vió detenido con todo su ejército por el castillo de Burgos, y el rey José habiendo tomado la ofensiva, volvió á ocupar su capital y obligó á Wellington á retirarse á Portugal. Burgos, Valladolid, Madrid, el reino de Valencia, el Aragón, y la Cataluña estaban en nuestro poder; doscientos y setenta mil soldados, guardaban aun nuestra conquista y

se quedaron en la Península. Napoleon se contentó con sacar ciento y cincuenta cuadros de batallones, compuestos de oficiales y sub-oficiales antiguos, para dirigir en los combates á los jóvenes conscriptos de 1813, que habia llamado con prevision al momento de entrar en las llanuras de Moscú. Con este refuerzo, con las cien cohortes de guardias nacionales, organizadas antes que empezase la campaña de Rusia, cuarenta mil artilleros de marina, que fueron aplicados al servicio de tierra, y con las tropas sacadas de Italia, pudo formar un ejército de trescientos mil hombres, sobre el Elba, el Rhin y el Mein; igual número de soldados, sobre poco mas ó menos, ocupaba la España, y Eugenio, á la cabeza de fuerzas imponentes, conservaba la Italia. Esta situacion prueba evidentemente que la España fue la verdadera causa de la caída de Napoleon. En efecto, en juntando sus legiones del Mediodia con las del Norte es indudable que hubiera dictado la paz á sus enemigos, y el Austria se hubiera mantenido fiel á su alianza.

Luego que Napoleon recibió la noticia de la defeccion de la Prusia y de sus resul-

tados, vió que le faltaban medios de resistencia, y no titubeó en pedir al senado, ó por mejor decir, á la nacion, cien mil hombres de las cohortes, otros cien mil de las conscripciones de los cuatro años anteriores, y ciento y cincuenta mil sobre la conscripcion de 1814. Todo fue decretado por el senado y concedido por la Francia. Los ciudadanos, los cuerpos de justicia, las corporaciones, las ciudades, todo el mundo en fin compitió para manifestar su celo en tan grande circunstancia; el amor á la patria, el sentimiento del honor nacional, el legítimo orgullo de veinte años de gloria y la adhesion á Napoleon, caracterizaron la conducta de los Franceses. Hicieron, con su entusiasmo acostumbrado, los mayores sacrificios; pero faltó el fermento de la libertad que crea prodigios para conservar los imperios, y el concurso activo de la nacion, que, pocos años antes, sublevada toda entera por sus representantes, contribuyó, no menos que su millon de soldados, al triunfo de la República. En efecto, fue la nacion armada que los reyes desesperaron de someter, y se humillaron delante de ella hasta pedirle la paz y su alianza. El ingenio de un hombre

por grande que fuese, no podia ser de tanto peso como la misma Francia en la balanza de sus destinos. Acaso Napolon no juzgó necesario valerse de la fuerza popular, ó quizás no se atrevió á poner en movimiento un instrumento tan temible. Esta falta que procedia de un error de juicio, era decisiva contra él; puesto que no podia salvarse sino por la nacion y con la nacion de la coalicion universal que la Inglaterra habia logrado formar. Puede ser que el espíritu de que parecian animados los pueblos sometidos á su poder contribuyese á engañarle, viendo que solicitaban el honor de asociarse á nuestros peligros, manifestando una adhesion fundada sobre las ventajas civiles que les habia proporcionado la incorporacion al imperio frances, y sobre todo el sistema de igualdad política.

Napoleon, al paso que hacia los mayores preparativos de guerra, no descuidaba las negociaciones; pero habia pasado el tiempo en que nuestras armas, tan temidas antes del combate como despues de la victoria, contenian á nuestros aliados en su deber, é imponian un pronto castigo al enemigo desleal ó imprudente. Al recibir la noticia de nuestro

desastre, el Austria estuvo para declararse contra Napoleon; pero, viéndole en las Tullerías, tuvo por conveniente temporizar, y despachó á Paris al conde de Bubna con una mision aparentemente pacífica, y muy hostil en realidad, que no engañó á la opinion pública. Napoleon solo se dejó engañar con las protestaciones del embajador de su suegro, y proclamó él mismo la union inalterable de la Francia con el Austria. Esta potencia se hizo mediadora de la paz; pero declarada ya en el fondo de su corazon contra nosotros, no tardó en aprovechar los acontecimientos para manifestar sus verdaderos sentimientos. Napoleon hubiera debido preveerlo al momento mismo en que supo la defeccion de los Prusianos, que hemos referido en el libro anterior, por no interrumpir antes de su desenlace, el gran drama de la expedicion de Rusia.

Entre las negociaciones que llamaban toda la atencion de Napoleon, una de las mas importantes, era el concordato de 1813, por el interes que tenia en ahogar todas las disensiones interiores en Francia y en Italia, y en todos los países agregados al imperio. El verdadero motivo de todas las desavenencias en-

tre Napoleon y el Sumo Pontífice , no era la expedicion de las bulas en tres ó seis meses para los obispos recientemente nombrados, sino la separacion definitiva de la autoridad espiritual de la temporal. La elevacion extraordinaria de la autoridad religiosa del Papa, su preeminencia sobre las diversas comuniones de la Europa, compensaban este sacrificio, y el medio hallado por Napoleon de utilizar esta última combinacion , para la ejecucion del plan que tenia de reorganizar la vieja Europa, era el establecimiento de la Santa Sede en el palacio metropolitano de la ciudad de Paris, que habia de ser la capital del mundo cristiano.

El proyecto formado por los Ingleses, de apoderarse de la persona de Pio VII en Savona, habia determinado su traslacion á Fontainebleau, donde S. S. tenia su corte con todos los honores de la magestad soberana, rodeado de un sin fin de prelados italianos y franceses. Las negociaciones volvieron á entablarse, y estaban para concluirse, cuando Napoleon llegó inopinadamente á Fontainebleau el 19 de enero. Su llegada conmovió al Sumo Pontífice. Desde las primeras palabras,

todo lo pasado quedó olvidado, como entre personas que profesaban una para con otra un afecto mútuo. El dia siguiente, el Papa pagó la visita al Emperador. En una sola conferencia, llena de atenciones y de testimonios recíprocos de confianza, se abrió y cerró la negociacion. Pio VII, no pudiendo lograr que se le devolviese Roma, y no queriendo admitir la residencia en Paris, prefirió ir á Aviñon y prometió dar las bulas á los nuevos obispos, ó en su defecto, autorizó á los metropolitanos para que se las diesen, seis meses despues de hecha la notificacion del nombramiento á la Santa Sede. En esta primera conferencia, el mismo Napoleon dictó el concordato, que fue sometido al exámen de los consejos de las dos altas partes contratantes, para ser redactado en forma de ley y de tratado. El 25, el Papa, despues de haber empleado cuatro dias en el exámen, vino en persona á traer el concordato con cierta solemnidad, en el salon de la Emperatriz donde estaban reunidas las dos cortes, y ambos soberanos firmaron el tratado. El 27, el Emperador volvió á Paris. El 15 de febrero se publicó el concordato como ley del Estado. Antes de salir de Fontaine-

bleau, Napoleon colmó de gracias y de distinciones de toda clase, á los individuos de la corte pontifical, y previno los deseos del Papa, levantando el destierro de los catorce cardenales que no habian querido asistir al matrimonio de Maria Luisa. Pero, iniciados, durante su dispersion, en los secretos de la conspiracion del Norte, y fieles á todas las doctrinas usurpadoras de la corte romana, el primer uso que hicieron de su libertad, fue volverla contra Napoleon, llenando de temor y de remordimientos el alma timorata del Santo Padre. El 23 de marzo, despreciando los juramentos los mas solemnes, obtuvieron del venerable anciano, ó, por mejor decir, le arrancaron un verdadero perjurio. Los intereses temporales fueron mas poderosos que los de la religion llamada por Napoleon á la conquista de la Europa entera, y el mas virtuoso de los pontífices, que, entregado á sus propias inspiraciones, hubiera derramado toda su sangre para establecer el imperio del evangelio sobre la faz de la tierra entera, prefirió la posesion de Roma á la esperanza de ver la fé cristiana regir á todo el mundo civilizado. Napoleon, cuando leyó el breve por el cual el

Papa exponia los motivos de su retractacion, acordándose de la generosidad que le habia hecho olvidarse de todas las tramas y de las perfidias de la Santa Sede durante las guerras de la República en Italia, y en la campaña de Wagram, experimentó la mas justa y la mas viva indignacion. El mismo dia en que recibió este breve (el 25 de marzo), contestó con un decreto que substituia el metropolitano al Sumo Pontífice, y mandó ejecutar el concordato en todo el imperio.

Esta gran negociacion, echada á perder tan pronto como acabada, no hacia presagiar nada bueno con respecto á las demas potencias de Europa. En efecto, una nueva conjuracion las unia ya todas contra Napoleon, y se estaban preparando á violar, no solo todas las leyes de civilizacion, sino tambien los pactos los mas sagrados, encubriendo esta resolucion con la mayor perfidia, siguiendo el primer ejemplo dado por la Prusia, que estaba tomando empeños con la Inglaterra, la Rusia y el Austria, mientras que sus soldados peleaban entre nuestras filas. Existian en aquel pais dos gobiernos diferentes; el primero, representado por el rey, parecia seguir con leal-

tad en la alianza armada, pedida á la Francia contra la Rusia en el mes de marzo de 1812; el segundo, dirigido secretamente por el Tungebund prusiano, era el alma de la conjuración germánica contra Napoleon. En la última guerra de Austria, habia auxiliado poderosamente las operaciones del duque de Brunswick, del mayor Schill y de los demas gefes de la insurrección, que, de acuerdo con la Inglaterra, procuraban desde entonces destruir la dominación francesa en el norte de Alemania; en una palabra, la lucha de los gabinetes para derribar á Napoleon habia empezado.

Con todo, el duque de Basano, cuando pasó por Berlin volviendo de Wilna, recibió del canciller baron de Hardenberg, las protestaciones mas positivas de fidelidad de su soberano á la alianza, y las renovaba diariamente al conde de San-Marsan, ministro de Francia. Por otra parte, la gazeta de Berlin anunciaba que el general Yorck habia sido reemplazado, que se le habia mandado arrestar y poner en juicio, y el príncipe de Hatzfeld, el mismo á quien Napoleon perdonó la vida en 1807, vino á Paris con el encargo de manifestar la indignación del rey de Prusia contra la traición de

su general; para dar mas confianza, Federico declaraba al Emperador, que estaba pronto á levantar cincuenta ó sesenta mil hombres al servicio de la Francia, si se le daba dinero. Por mas que se quiera disculpar al rey de Prusia, es difícil no caracterizar esta oferta y estos pedidos del modo mas severo, supuesto que, en vez de cuarenta mil hombres que debia tener, segun el tratado de Tilsitt, contaba ya con ochenta y cuatro mil hombres sobre las armas, y tres semanas despues, tuvo doscientos mil. Sin embargo, el conde de San-Marsan y el mariscal Augereau, que mandaba en Berlin, engañados por una franqueza aparente, y por la sencillez de costumbres que es como el tipo general de los Alemanes, escribian al príncipe de Neuchatel, que el rey no habia tenido parte en la capitulación de sus generales y que era menester manifestar mas confianza al rey..... Pero de repente, un acontecimiento imprevisto anunció la mudanza de sistema del gobierno prusiano. El 22 de enero, se supo que Federico acababa de salir para Breslau, con el pretexto que este monarca temia ser cogido en su capital, y que Breslau, ciudad abierta, se hallaria mas independiente

para mantenerse á lo menos neutral. Esta salida tan repentina, en medio de un cuerpo del ejército frances, pudo interpretarse como una defeccion delante del enemigo. El general Yorck, contestando el 27 á la gazeta de Berlin, declaró, en Kœnisberg, que solo por un artículo inserto *en algunos ejemplares* de la gazeta de Berlin, habia sabido la orden de su arresto, pero que, ni él ni el general Kleist, no habiendo tenido otro aviso, conservaba el mando y *las demas funciones determinadas en la orden del gabinete, del 20 de diciembre de 1812.* Estas palabras explican con bastante claridad que el general Yorck habia firmado el 30 de diciembre el convenio de Taunggen en virtud de las órdenes de su gobierno. La salida del rey para Breslau fue igualmente el resultado de las maquinaciones del gabinete prusiano á quien estorbaba la presencia de un cuerpo de ejército frances.

El conde de San-Marsan siguió á Federico en Breslau, y la alianza subsistia aun en apariencia. Así es que, en virtud de esta alianza, se publicaron en aquella ciudad, á principios de febrero, los decretos reales que llamaban á las armas á toda la poblacion viril

de la Prusia. No podia reclutarse de un modo mas palpable á favor de los enemigos de la Francia. El 12, una proclama del general Yorck, publicada en Kœnisberg, decia entre otras cosas: « Los representantes reunidos de » la nacion han decretado, á mas del arma- » mento general, la organizacion de un cuerpo » de caballería para resforzar el ejército. Ciu- » dadanos de la Prusia, unamos nuestros es- » fuerzos para mostrar á la Europa lo que » puede el amor al rey y á la independenciam » de la patria. » El 15 de febrero, el baron de Hardenberg decia á M. de San-Marsan, « que » todo cuanto pasaba, era un efecto de la ne- » cesidad de asegurar un rincon para servir » de asilo al rey, y que el sistema no habia » variado. » El mismo dia, este ministro, despues de haber jurado que su amo quedaba invariable en su sistema, y que no habia habido ningunas insinuaciones directas ó indirectas de parte de la Rusia, comunicaba al embajador frances, como si fuese idea del rey, el proyecto de intervencion de la Prusia entre las potencias beligerantes, para lograr una tregua en virtud de la cual los Rusos se retirarian detrás del Vistula, y el ejército frances detras

del Elba, encargando á las tropas prusianas la guardia de las grandes fortalezas del Oder y de la plaza de Dantzick. Esta proposicion insolente ocultaba una trampa, y estaba concertada con los aliados. El 17 de febrero, el rey de Prusia declaraba su constante adhesion á la Francia, y, el 1.º de marzo, firmaba el tratado con la Rusia. En seguida, el monarca proclamó solemnemente la inocencia del general Yorck, á quien confirmó en su mando, poniendo bajo sus órdenes las tropas del general Bulow, el mismo que habia entregado á los Rusos las provincias del bajo Oder. El 15, el emperador Alejandro llegó á Breslau, y dijo al rey de Prusia: « Juro no deponer las armas hasta » que la Alemania quede libre del yugo » frances. »

Entonces se disiparon todas las dudas sobre la política de la Prusia; el 17 de marzo, el baron de Krusemarch notificó al duque de Basano la declaracion de guerra de la Prusia, y pidió sus pasaportes. Cuando Napoleon lo supo, se arrepintió amargamente de su generosidad en Tilsitt para con una corte siempre dominada por los intereses del momento, y tan móvil en la política. La infidelidad de

la Prusia era un preludio de un convenio firmado el 19 de marzo en Breslau, por el conde de Nesselrode y el baron de Stein, en nombre de la Rusia, y por el baron de Hardenberg y el general Schanhorst en nombre de la Prusia; quedaba estipulado que todos los príncipes de Alemania habian de ser llamados á acudir sin dilacion á libertar á la patria, *sopena de verse privados de sus Estados*. No podia atacarse mas despóticamente la independencia de los reyes, y romperse con mas violencia los tratados los mas sagrados. El venerado rey de Sajonia se indignó de esta tiranía que ultrajaba las coronas, y que era un ejemplo fatal de rebelion dado á los pueblos por los mismos reyes. Este infeliz soberano, no queriendo faltar á sus empeños con Napoleon; pero, viéndose amenazado de perder su corona por las proclamas del general ruso, y temiendo caer en manos del guerrillero Brindel, se retiró á Plauen, luego á Ratisbona, y por fin á Praga, donde permaneció, hasta que la victoria de Lutzen volvió á abrirle las puertas de su capital. El tratado de Breslau decia tambien que un consejo general de administracion ruso y prusiano gobernaría las provincias conquista-

das de cuenta de los aliados; un ejército de línea y una leva general debían organizarse en todos los Estados de la confederación del Rin. Desde luego, el mariscal Kutusoff se dió prisa en declarar disuelta la confederación, y llamó á todos los Alemanes á una verdadera insurrección, sin distinción de clases, y amenazaba á todos los príncipes que no entrasen en la liga alemana. Esta proclama del mariscal Kutusoff, así como todas las que entonces publicaron Blucher, Wittgenstein y otros generales, se parecían á las de la Convención contra los reyes, y estaban redactadas en un mismo estilo sus autores, no se habían olvidado de las palabras sacramentales de aquella época, *Libertad ó muerte*.

Napoleon tuvo razon en decir, cuando se le anunció la desercion de la Prusia: *Mas vale un enemigo declarado, que un amigo siempre pronto á abandonarme*.

Estas palabras, podían aplicarse tambien al Austria, pues el convenio del 29 de marzo, firmado en Kalish, entre M. de Nesselrode y M. de Lebzelttern, legalizó oficialmente el acuerdo que existía entre la Rusia y el Austria. Este convenio era relativo al armisticio con-

cluido ya entre el príncipe de Schwartzemberg y M. d'Anstett en Varsovia, y estipulaba una nueva suspensión de armas, para cuando la retirada de los Austriacos estuviese acabada. El armisticio actual habia tenido por pretexto *la imposibilidad en que se hallaban los aliados de dejar sobre su flanco y á sus espaldas un foco de movimientos insurreccionales, entretenido por el ejército polaco del príncipe Poniatowski*. La presente transacción quedará secreta para siempre entre las dos cortes imperiales, y no podrá ser comunicada sino á S. M. el rey de Prusia únicamente. Tal fue el primer convenio diplomático que unió las tres cortes de Petersbourg, de Viena y de Berlin, bajo los auspicios de la Gran Bretaña, con el fin de lograr la ruina de Napoleon y la destrucción del imperio francés. Todas las negociaciones que se abrieron despues en Praga, en Dresde y en Chatillon, no fueron sino un engaño de parte del Austria. Estaba ya resuelta, cuando envió á M. de Lebzelttern á Wilna, y á M. de Bubna á Paris con el príncipe de Schwartzemberg, y cuando admitió en Viena á M. de Stackelberg de parte de la Rusia, y á M. de Hum-

boldt de parte de la Prusia, como lo comprueban los hechos siguientes.

Esta potencia, que habia tomado una actitud amenazadora mientras que Napoleon estaba metido todavía entre los hielos de la Rusia, donde se podia creer que pereceria con su ejército, adoptó otro language, luego que el Emperador estuvo en Paris, y manifestó las disposiciones mas amistosas. Los embajadores y los ministros austriacos decian al duque de Basano en Paris, y al conde Otto en Viena: « El Austria desea la paz » para ella y para la Europa, mas bien que » para la Francia. El emperador Napoleon » no es quien mas la necesita; él solo se halla » todavía intacto, á pesar de sus pérdidas; » y solo puede dictar las condiciones de paz; » puede, si quiere, quedarse un año sobre el » Vistula; nunca los Rusos pasarán esta barrera. » M. de Lebzelter habló de un modo muy diferente en Wilna. Sin embargo, el Austria manifestaba la intencion de presentarse como conciliadora y desinteresada, y procuraba lograr la confianza de Napoleon. Luego, y como si fuese cosa convenida entre el suegro y el yerno, declaró abierta su ne-

gociacion con el emperador Alejandro, y encubrió con una buena apariencia las intrigas que formaba contra la Francia, sacando, de la nueva posicion que acababa de tomar, la consecuencia que no debia aumentar su contingente, *con el fin de no espantar á nuestros enemigos que buscaban su intervencion.*

Algunos dias despues, M. de Metternich iba todavía mas lejos: « Lo que se pide á la » Francia, decia, es que haga los mayores » preparativos que pueda para una campaña. » Y con el fin de asegurar la duracion de la alianza, *con la cooperacion ostensible de la guerra*, anunciaba el alistamiento de setenta mil hombres en la Galicia, y la creacion de cuarenta y cinco millones de florines de cédu- las de Banco. El gabinete de Viena se obligaba á no obrar sino como conviniese á Napoleon, y á no dar un paso sin que lo supiese. Sin duda, nada podia haber mas pérfido que excitar á la Francia á emprender una guerra en que el Austria no habia de auxiliarla, y de negociar en secreto en Wilna, en Viena y en Breslau, al paso que se reclamaban los derechos de la alianza que habia de ser eterna, segun lo declaraba M. de Metternich en nombre del Aus-

tria, añadiendo, como si no se hubiesen sabido en Francia las intrigas de sir Horacio Walpole en Viena, durante la campaña de Rusia, que no se abrirían relaciones directas con la Inglaterra sino de acuerdo con la Francia, y dando parte al gabinete de las Tullerías del nombramiento del baron de Wesemberg, elegido para ir á Londres.

La confianza de M. de Metternich, fue entera, hablando de la Inglaterra. Declaró que, á mas de los siete millones de libras esterlinas que daba á la Rusia, ofrecia al Austria diez otros millones para que mudase de sistema; pero *que se habia reusado la oferta con desprecio, á pesar de las urgencias, etc.*

Era imposible urdir una traicion con mas perfidia, y tal era la actitud del Austria con respecto á la Francia, cuando se anunció la venida á Paris del príncipe de Schwartzemberg que debia seguir las negociaciones como embajador y comandante del contingente austriaco, y tomar las órdenes del emperador Napoleon para la próxima campaña. Pero el armisticio de Varsovia habia de ser para Napoleon el eco de lo que pasaba en Breslau. Esta operacion del príncipe de Schwartzem-

berg descubria enteramente el flanco derecho del ejército frances, como el convenio del general Yorck habia descubierto el flanco izquierdo. Imitando igualmente el llamamiento á las armas de Breslau, y con la misma perfidia, el Austria mandó organizar una insurreccion nacional, armando á su landwehr. En fin esta potencia profirió las grandes palabras de *intervencion*, y luego de *mediacion armada*. Las proposiciones de paz á la Rusia habian de hacerse por el intermedio del Austria, y con este pretexto se habia efectuado la embajada austriaca de Wilna, donde se acordó la evacuacion de la Polonia por el contingente austriaco.

La corte de Francia estaba aguardando la llegada del príncipe de Schwartzemberg, y le pareció que el embajador Otto habia contado demasiado con las seguridades de M. de Metternich. Las circunstancias urgian, y no se podia aguardar hasta que M. Otto se hubiese desengañado. M. de Narbona, edecan del Emperador durante la campaña de Rusia, salió á toda prisa para Viena donde llegó el 17 de marzo, doce dias antes que saliese el príncipe de Schwartzemberg, que no se puso en

camino hasta el 29 de marzo, aunque se le hubiese anunciado para el 14 de febrero. De manera, que Napoleon tenia ya noticias del conde de Narbona, antes que se le presentase el príncipe de Schwartzemberg. En los primeros dias de su estancia en Viena, el conde de Narbona habia descubierto con mucha sagacidad los secretos de la política austriaca, y los empeños que, pocos meses despues, fueron proclamados con el nombre de *cuadruple alianza*. El Austria habia andado mucho camino desde el convenio de Kalish. M. de Metternich tuvo, con M. de Narbona, el lenguaje de mediador armado, carácter que la Francia estaba muy distante de reconocer; exigia el sacrificio de los departamentos anseáticos y declaraba que el Austria no pelearia ni á favor de los Polacos, ni para conservar á Napoleon el título de *Protector de la confederacion del Rhin*.

La Inglaterra quedaba satisfecha; iba á recoger por fin el fruto del rompimiento de la paz de Amiens, y salir todavía invulnerable de los últimos campos de batalla donde habian de ser sacrificados Napoleon y la Francia, puesto que, desde aquella época, habia

concebido la idea de ahogar al vencedor debajo del peso de los troféos que costaba á la Europa. La política inglesa seguia un plan invariable: negar siempre la paz á la Francia, y armar siempre la Europa contra la Francia. Napoleon no ignoraba esta fatalidad inexorable de su destino, así es que, conociendo mejor que la corte de Viena, la inflexibilidad del gabinete de Londres, y sabiendo de antemano que el Austria habia entrado ya en la conspiracion británica, se hacia cargo de la inutilidad de la embajada de M. de Wesemberg. La Inglaterra, lejos de admitir ninguna proposicion de paz, compraba á costa de un millon de libras esterlinas, y con la promesa de la isla de Guadalupe y de la Noruega, la cooperacion de Bernadotte que debia mandar treinta mil Suecos y los veinte y cinco mil Prusianos del cuerpo de Bulow. Así Bernadotte, hijo de la Francia, hecho rey por nuestra gloria, se obligó á tomar las armas contra su patria y contra el héroe que le habia permitido ocupar un trono y que le habia perdonado sus anteriores conspiraciones.

Pero el horizonte político se oscurecia cada dia mas. El Austria iba descubriendo gradual-

mente sus pensamientos y sus pretensiones ; era menester afianzar la alianza con nuevas victorias ; se acercaba la estacion de los combates, y la salida de Napoleon para el ejército se hacia urgente. Faltaba tiempo para cumplir con el voto del senado, relativo á la coronacion del rey de Roma y de la Emperatriz, y por otra parte Napoleon no queria gastar en una ceremonia intempestiva los caudales tan necesarios para la guerra. Con todo, quiso antes de su salida dar una garantía al imperio, y, por una acta solemne, nombró regenta el 3o de marzo, á Maria Luisa, á la nieta de Maria Teresa, recuerdo heróico que se insertó en la arenga del senado, y que olvidaron con igual prontitud la Emperatriz y los senadores. Napoleon despidió á M. de Bubna con declaraciones precisas, en cambio de sus protestaciones engañosas. La Francia ofrecia la independencia del reino de Italia, de la Toscana, de los Estados romanos, de la Holanda mas allá del Rhin, y en fin de las ciudades anseáticas, si se quisiese tratar la paz general; de manera que la Francia imperial se reducía á la Francia republicana, tal cual el primer consul la halló. Napoleon entregó á M. Bubna

una carta, que añadia una garantía á sus intenciones pacíficas.

El príncipe de Schwartzemberg llegó por fin, el 13 de abril; su viage desde Viena á Paris duró diez y seis dias. El Emperador debía salir el 15; recibió el embajador el 14, pero como la carta del emperador de Austria contenía todo cuanto tenia que decir sobre sus intenciones, habló al nuevo embajador solamente como al comandante del contingente austriaco :

« Voy á salir. Probablemente desde el 22 » al 25 de abril, daré la órden á vuestro lugar-teniente, el general Frimont, de denunciar el armisticio que habeis firmado; en los » primeros dias de mayo, me hallaré con trescientos mil hombres sobre la orilla derecha » del Elba; el Austria podría aumentar hasta » ciento y cincuenta mil hombres vuestro » ejército de Croacia, y juntar al mismo tiempo » treinta ó cuarenta mil hombres en Bohemia, » y, el dia de mi llegada sobre el Elba, atacariamos todos á la vez á los Rusos; así logriariamos pacificar la Europa. » El príncipe de Schwartzemberg contestó: « Que no ponía la menor duda en que el general Fri-

» mont obedeciese inmediatamente las órdenes que le trasmitiese el mayor general. » Schwartzemberg habia llegado demasiado tarde; gracias á las dilaciones combinadas del Austria, la espada de Brenno estaba ya en la balanza; el mismo Napoleon acababa de volver bajo el yugo de la fortuna militar, y su voluntad hubiera quedado encadenada hasta despues del combate. El 15, á la una de la mañana, Napoleon salió de Paris y llegó el 16 á las doce de la noche á Maguncia.

## CAPITULO II.

NAPOLEON SALE DE MAGUNCIA. — NEGOCIOS DE AUSTRIA. —  
COMBATE DE WEISENFELS. — BATALLA DE LUTZEN.

DURANTE ocho dias de prodigios, Napoleon logró organizar todos los cuerpos del nuevo ejército que la Francia acababa de improvisar. El 25, estaba en Erfurth desde donde trasladó su cuartel general á Auerstaedt. El príncipe de la Moscowa marchaba sobre Hambourg, el conde Bertrand sobre Iena, el duque de Reggio sobre Saalfeld, el duque de Ragusa se hallaba en Weisenfels; el Virey se dirigia sobre Hall y Mersebourg, y la guardia imperial estaba en Weimar. Al recorrer un camino sembrado de recuerdos tan gloriosos para la Francia, Napoleon recogió las aclamaciones del jóven ejército á quien no conocia todavía; se detuvo varias veces para asistir á la distribucion de las primeras armas que hubiese llevado aun, y pasando con lentitud enmedio de sus filas hablaba á estos nuevos soldados y los animaba. Luego todos le co-

» mont obedeciese inmediatamente las órdenes que le trasmitiese el mayor general. » Schwartzemberg habia llegado demasiado tarde; gracias á las dilaciones combinadas del Austria, la espada de Brenno estaba ya en la balanza; el mismo Napoleon acababa de volver bajo el yugo de la fortuna militar, y su voluntad hubiera quedado encadenada hasta despues del combate. El 15, á la una de la mañana, Napoleon salió de Paris y llegó el 16 á las doce de la noche á Maguncia.

## CAPITULO II.

NAPOLEON SALE DE MAGUNCIA. — NEGOCIOS DE AUSTRIA. —  
COMBATE DE WEISENFELS. — BATALLA DE LUTZEN.

DURANTE ocho dias de prodigios, Napoleon logró organizar todos los cuerpos del nuevo ejército que la Francia acababa de improvisar. El 25, estaba en Erfurth desde donde trasladó su cuartel general á Auerstaedt. El príncipe de la Moscowa marchaba sobre Hambourg, el conde Bertrand sobre Iena, el duque de Reggio sobre Saalfeld, el duque de Ragusa se hallaba en Weisenfels; el Virey se dirigia sobre Hall y Mersebourg, y la guardia imperial estaba en Weimar. Al recorrer un camino sembrado de recuerdos tan gloriosos para la Francia, Napoleon recogió las aclamaciones del jóven ejército á quien no conocia todavía; se detuvo varias veces para asistir á la distribucion de las primeras armas que hubiese llevado aun, y pasando con lentitud en medio de sus filas hablaba á estos nuevos soldados y los animaba. Luego todos le co-

nocieron y todos estaban ciertos de vencer con él, como el de vencer con ellos.

Entretanto el embajador de Austria, en sus frecuentes conferencias con el duque de Basano en Paris, confesaba sin disimulo el sistema de una mediacion armada. Esta declaracion, que no habia motivos de esperar, habia sido provocada por el zelo imprudente del conde de Narbona en pedir explicaciones categóricas sobre la cuestion de saber si el cuerpo auxiliar quedaba siempre á la disposicion de Napoleon. M. de Metternich, viéndose apurado, dió una contestacion negativa, de manera que fue en vano que el gabinete de Francia habia puesto la mas sabia circunspeccion para impedir que el gabinete de Austria levantase del todo la máscara. Desde entonces, el príncipe de Schwartzemberg estuvo de dia en dia menos moderado, y llegó hasta decir al duque de Basano que buscaba en el lazo de familia una razon forzosa de continuar la alianza: « La política ha hecho el matrimonio, » y la política puede deshacerlo. » El duque de Basano no dió parte á Napoleon de estas palabras de Schwartzemberg; así es que el Emperador en llegando á Erfurth mandó al ge-

neral Frimont que denunciase el armisticio y escribió al conde de Narbona que contaba con el contingente y que admitia la reunion de un congreso en Praga. « ... Quiero la paz, decia, » pero no una paz que se parezca á una capitulacion; la quiero sobre unas bases claras y » adecuadas al interes permanente de la Francia. » El 29, Napoleon salió de Erfurth á la cabeza de ochenta mil hombres, mientras que el Virey maniobraba para juntarse con él, de manera que ibamos á desplegar ciento y veinte mil hombres delante de los aliados persuadidos que las únicas fuerzas que nos quedaban para oponernos á sus ejércitos, consistian en los restos del ejército de Rusia.

El Emperador habia dado la órden á Ney de reunir sus tropas en Weisenfels. La vanguardia, mandada por el general Souham, recibió y rechazó con vigor las cargas de siete mil hombres de caballería rusa mandada por el general Landskoi, de cuyas resultas el enemigo evacuó toda la orilla izquierda del Saale. El mismo dia, toda la línea francesa ejecutó su movimiento general. El duque de Tarento entró en Mersebourg á viva fuerza, echando de esta ciudad al mismo general

prusiano Yorck que le habia abandonado sobre el Niemen. El general Bertrand entraba en Bernbourg y se apoderaba del puente de Iena, el duque de Ragusa ocupaba á Kosen y el duque de Reggio á Saalfeld. La direccion general estaba sobre Leipsick por Lutzen. El mariscal Ney se dirigia desde Weisenfels, y el Virey desde Mersebourg.

El 1° de mayo, el cuerpo del príncipe de la Moscowa empezó á maniobrar. La division de Souham, sostenida por la caballería del conde de Valmy, y seguida por las divisiones de Girard y de Marchand, ganó los desfiladeros de Poserna, defendidos por quince mil caballos, una fuerte artillería y una division de infantería bajo las órdenes del general en gefe Wittgenstein. En vano el enemigo llamó á dos nuevas divisiones de caballería y á una batería de veinte piezas. Una batería de doce cañones de la guardia imperial, dirigida por el general Drouot, obligó á los Rusos á replegarse, y el cuerpo del mariscal Ney continuó su movimiento sobre Lutzen y Pegau. Pero este suceso costó lagrimas á Napoleon; el duque de Istria, á quien habia enviado para reconocer al enemigo, cayó muerto de un cañonazo; el

Emperador quedó muy afligido de la muerte de su antiguo compañero y testigo de sus hazañas de Italia y de Egypto. No pudiendo, por falta de caballería, perseguir al ejército enemigo, y por consiguiente ignorando su direccion, Napoleon andaba en cierta manera á la buena ventura, y, en la noche del 1° al 2 de mayo ocupó, con la vieja y jóven guardia, la pequeña villa de Lutzen, célebre por la victoria y la muerte de Gustavo Adolfo. Este recuerdo heroico no podia escapársele; la jóven guardia estableció sus bivaques cerca de la villa, sobre el camino de Leipsick, alrededor del monumento consagrado á la memoria del vencedor de los Imperiales.

La izquierda del ejército frances se apoyaba al Elster y al ejército del Virey, cuyo cuartel general estaba en Mersebourg. El centro, bajo las órdenes de Ney, estaba establecido en las aldeas de Kaya, Gros-Gorschen, Klein-Gorschen y Rahna. La derecha, al mando del duque de Ragusa, ocupaba los desfiladeros de Poserna hácia donde se dirigia el general Bertrand desde Nosen. El duque de Reggio marchaba desde Naumbourg sobre Weisenfels, y el general Lauriston ocupaba á Kabersdorff al ex-

tremo del ala izquierda. El grueso del ejército frances estaba situado entre el Flossgraben y el Luppe, adelante del camino de Weisensfels á Leipsick; la vanguardia de Ney estaba en Gros-Gorschen, sobre el camino de Lutzen á Pegau por donde el enemigo habia desembocado sin que lo supiese Napoleon que pensaba ir á acantonarse en Leipsick.

Durante la misma noche, el enemigo, queriendo aprovecharse de la marcha confiada de los Franceses, hizo sus disposiciones. El conde de Wittgenstein puso en movimiento á los dos ejércitos ruso y prusiano sobre la orilla izquierda del Elster. Formaban juntos una masa de ciento y cinco mil combatientes, sesenta mil Rusos y cuarenta y cinco mil Prusianos. Desembocaron de Rotha y de Zwickau y pasaron el Elster en Pegau y en Zeintz. El general Yorck mandaba el ala derecha, el general Blucher el centro, y el conde de Wittgenstein, sucesor del anciano Kutusoff-Smolenski que habia muerto en Buntzlau, se habia reservado el mando del ala izquierda, con el intento de atacar á la derecha de Napoleon en su marcha sobre Leipsick, y de encerrarle entre los tres rios del Elster, del Saale y del

Luppe. A las once de la mañana, el ejército aliado estaba formado en batalla, la derecha en Werber, y la izquierda en Domsen, habiendo pasado la noche á tres leguas de nosotros.

Napoleon se proponia únicamente empeñar la gran batalla que habia de abrir las puertas de Dresde y acercarse de Bohemia, trasladando á la Silesia el teatro de la guerra. Mandó al general Lauriston marchar sobre Leipsick, y al príncipe Poniatowski sostener el cuerpo austriaco, cuya defeccion ignoraba todavía. Salió de Lutzen, á las nueve, en compañía del mariscal Ney que habia venido á tomar sus órdenes. En el camino oyó el escopetéo de la vanguardia del general Lauriston en las inmediaciones de Leipsick. El Emperador acababa de apearse para enterarse de lo que pasaba, cuando se oyó un cañonéo por la parte donde las tropas del príncipe de la Moskowa habian pasado la noche. El mariscal acudió al instante, y luego llegaron edecanes anunciando á Napoleon que todo el ejército aliado nos estaba atacando. Inmediatamente mudó sus disposiciones, y encargó al Virey, á quien veia por la primera vez, desde

su cruel separacion despues de los desastres de Rusia, el mando de la izquierda, con la direccion del cuerpo de ejército del duque de Tarento. *Se necesita, le dijo, tres horas para este movimiento de cuya ejecucion depende la suerte de la batalla.* Mandó al duque de Ragusa tomar por la derecha y marchar sobre el enemigo á campo travieso, advirtiéndole que el general Bertrand, que se hallaba un poco mas atrás, le auxiliaria. Luego, todas las columnas que estaban sobre el camino de Leipsick, entre Markrandstadt y Lutzen, se detuvieron formándose en línea, y, por un movimiento rápido por su derecha, acudieron al socorro del mariscal Ney que estaba peleando en las llanuras. La vieja guardia habia retrocedido ya, y el duque de Treviso, á la cabeza de la jóven, marchaba para sostener al mariscal Ney. Este recibió la órden rigurosa de resistir solo al ejército enemigo durante las tres horas necesarias para la ejecucion del movimiento general. Drouot estaba ya sobre el campo de batalla, precediendo á Napoleon que se acercaba con mucha viveza á la cabeza de la caballería de su guardia. Toda la artillería de la guardia y de la línea

estaba pronta á marchar. « Esto es una batalla de Egipto, dijo Napoleon, no tenemos caballería, pero basta la infantería francesa con la artillería. »

Los Rusos habian declarado en Dresde que su guerra estaba acabada; lo que queria decir que tocaba á los Prusianos cargar con el peso de la nueva alianza. Blucher, aplicándose estas palabras significantes, empezó el ataque, el primero, sobre los puntos ocupados por el príncipe de la Moscowa, que luego iban á ser el centro de la batalla. Una resistencia inesperada le obligó á desplegar todas sus fuerzas y á llamar al ejército del general Yorck; en fin, Wittgenstein tuvo tambien que recurrir á su reserva; de manera que los conscriptos de Ney habian merecido ya que un ejército de cien mil hombres se les opusiese. En vano el enemigo intentó seguir su primer plan, que era volver el ejército frances por su derecha y por su izquierda; halló una resistencia insuperable en la aldea de Starsiedel ocupada por la division de marineros del general Compans. Estos valientes sostuvieron, con el mayor valor y sin moverse, siete ataques sucesivos de veinte y cinco mil hombres de caballería. Pero

los grandes esfuerzos del enemigo, se dirigian sobre nuestro centro; cuatro de las cinco divisiones del mariscal Ney sostuvieron solas todo el choque de los Prusianos que se habian apoderado del lugar de Kaya, despues de un combate encarnizado. Nuestros conscriptos se hallaban algo desordenados, pero sin volver atrás, y procuraban volver á juntarse en la llanura, cuando el Emperador llegó; su presencia les infundió un nuevo valor, y el conde de Lobau, poniéndose á su cabeza, volvió á atacar á Kaya, bajo la proteccion de la guardia puesta por escalones entre ese lugar y Lutzen. Volvieron á tomar la posicion bajo los ojos de Napoleon, que, conservando siempre su serenidad, daba sus órden s con el mayor acierto, y cuidaba de su ejecucion en medio de una pelea horrorosa.

Hacia mas de dos horas que duraba esa lucha sangrienta, cuando por fin se oyeron los primeros tiros del general Bertrand que entraba en línea á la derecha del duque de Ragusa. En el mismo momento, el príncipe virey hacia una importante diversion sobre la izquierda, y el duque de Tarento, atacando las reservas de Wittgenstein, amenazaba su

derecha. Este movimiento doble é inesperado, que ponía de repente en presencia del enemigo unas tropas que creía separadas del campo de batalla, no le dejó otro medio de salvacion que una carga desesperada sobre el centro del ejército frances, y por la segunda vez perdimos el punto de Kaya. Nuestro centro cedió un poco, dice el boletín, pero estos valientes jóvenes volvieron á formarse á la voz de Napoleon, y se abalanzaron al enemigo gritando: *¡Viva el Emperador!* Napoleon veía caer á su lado un sin fin de oficiales y de soldados; jamás se expuso tanto él mismo, haciéndose cargo de la necesidad en que se hallaba de ganar esta primera batalla, sea por espantar todavía á la Europa, sea por dar confianza á los Franceses. En medio de la tempestad tremenda que estallaba por todas partes, discurrió que habia llegado el momento que decidía la victoria ó la derrota. Al instante el conde de Lobau recibió la órden de dirigirse con diez y seis batallones de la joven guardia sobre Kaya, de atacar sin mirar atrás, y de degollar á todos cuantos encontrase; al mismo tiempo, ochenta piezas de artillería de la guardia, traídas á

todo escape sobre la altura que dominaba al lugar, protegían con un fuego terrible el intervalo que venían á ocupar los cuerpos de Ragusa y de Bertrand. Pero los diez y seis batallones del conde de Lobau, que de un primer choque habían arrollado á los Prusianos, no pudieron resistir al empuje de toda la guardia real de Prusia, y tuvieron que retirarse del lugar donde los enemigos entraron por la tercera vez. Los Franceses se detuvieron á cincuenta pasos, y habiéndose vuelto á formar con serenidad, bajo las órdenes del duque de Treviso y del conde de Lobau, se abalanzaron con una intrepidez inaudita dentro de Kaya á bayoneta calada, y la victoria se declaró por fin á su favor. La batalla general estaba ganada también por los esfuerzos acertadamente dirigidos de la caballería y de la infantería de la vieja guardia. En la jornada de Lutzen, los aliados fueron vencidos teniendo dos ejércitos de tropas viejas, veinte y cinco mil hombres de la mejor caballería de Europa y una artillería inmensa; fueron vencidos por algunas divisiones de conscriptos, armados solamente desde la víspera. Con sus cinco divisiones y unos pocos caballos de Hesse y de

Baden, el mariscal Ney resistió mas de tres horas á todo el ejército combinado. Por su parte el Virey contribuyó doblemente á la victoria, sea cuando arrolló al cuerpo del general Yorck, sea cuando cortó enteramente la retirada al enemigo por la parte de Zwenchau. La falta de caballería y la prevision de Napoleon, que sabia que casi toda la caballería enemiga estaba todavía intacta, nos impidieron perseguir á los vencidos. El Emperador hizo aun mas; quiso visitar sus avanzadas con el fin de asegurarse por sí mismo que el ejército se guardaba con cuidado, y gracias á su prudencia, nuestros soldados sorprendidos de repente sobre las nueve de la noche por la caballería de los aliados la rechazaron por todas partes y lograron un nuevo suceso.

Napoleon solo consideraba esta victoria sin prisioneros, como un resultado moral y político, pero era tanto mas gloriosa, cuanto habiendo sido acometido al momento de su marcha por todo un ejército, no habia podido valerse sino de la tercera parte de sus fuerzas, y habia triunfado con unos jóvenes que manejaban las armas por la primera vez.

Sin embargo y á pesar de la superioridad,

que resultaba para él de esta victoria, Napoleón, que conocía por fin la mudanza repentina producida por la imprudencia del conde de Narbona sobre la conducta política del Austria para con la Francia, no salió de Pegau sin dar á conocer á este embajador todo su pensamiento, y concibió al mismo tiempo la idea de un paso que dió pocos dias despues en Dresde, cerca del emperador Alejandro, que prueba que no se dejó alucinar por el increíble suceso de Lutzen.

## CAPITULO III.

NAPOLEON EN DRESDE. — EL PRINCIPE EUGENIO SALE PARA ITALIA. — M. DE BUBNA LLEGA A DRESDE. — POSICION DE LOS DOS EJÉRCITOS. — SALIDA DE DRESDE. — BATALLA DE BAUTZEN Y DE WURTSCHEN. — COMBATE DE REICHEMBACH.

El conde de Wittgenstein habia resuelto bajar á las orillas del Elba, donde queria aguardar al segundo ejército ruso que venia de Polonia, mandado por el general Barclay de Tolly. Los Prusianos se retiraron por Borna y Colditz sobre Meisen. El príncipe virey, que precedia al Emperador, á la guardia y á los cuerpos de Macdonald y de Marmont, marchó sobre Borna, donde pasó la noche del 4 al 5 de mayo. Los Rusos se retiraron por Altemberg y Wilsdruf hácia Dresde, teniendo á su cabeza á los dos soberanos aliados. El general Bertrand los siguió por Chemnitz y Freyberg. El general Lauriston perseguia, sobre el camino de Leipsick á Dresde, á los Prusianos de Kleist á quienes habia echado de Leip-

que resultaba para él de esta victoria, Napoleón, que conocía por fin la mudanza repentina producida por la imprudencia del conde de Narbona sobre la conducta política del Austria para con la Francia, no salió de Pegau sin dar á conocer á este embajador todo su pensamiento, y concibió al mismo tiempo la idea de un paso que dió pocos dias despues en Dresde, cerca del emperador Alejandro, que prueba que no se dejó alucinar por el increíble suceso de Lutzen.

## CAPITULO III.

NAPOLEON EN DRESDE. — EL PRINCIPE EUGENIO SALE PARA ITALIA. — M. DE BUBNA LLEGA A DRESDE. — POSICION DE LOS DOS EJÉRCITOS. — SALIDA DE DRESDE. — BATALLA DE BOUTZEN Y DE WURTSCHEN. — COMBATE DE REICHEMBACH.

El conde de Wittgenstein habia resuelto bajar á las orillas del Elba, donde queria aguardar al segundo ejército ruso que venia de Polonia, mandado por el general Barclay de Tolly. Los Prusianos se retiraron por Borna y Colditz sobre Meisen. El príncipe virey, que precedia al Emperador, á la guardia y á los cuerpos de Macdonald y de Marmont, marchó sobre Borna, donde pasó la noche del 4 al 5 de mayo. Los Rusos se retiraron por Altemberg y Wilsdruf hácia Dresde, teniendo á su cabeza á los dos soberanos aliados. El general Bertrand los siguió por Chemnitz y Freyberg. El general Lauriston perseguia, sobre el camino de Leipsick á Dresde, á los Prusianos de Kleist á quienes habia echado de Leip-

sick el día de la batalla. El mariscal Ney se dirigía por la izquierda sobre Wittemberg y Torgau, camino de Berlín. El mariscal Victor y Sebastiani debían reunirse al mariscal Ney, cuyas fuerzas entonces habían de ser de treinta mil hombres. Las operaciones de este ejército iban á combinarse con las del mariscal Davoust, que tenía aviso desde el 7, del movimiento sobre Berlín, y estaba encargado de apoderarse de Hambourg á toda costa.

De manera que Napoleón se dirigía sobre Dresde y amenazaba á Berlín. Esta última expedición era, desde la victoria de Lutzen, el fin principal que se proponía; no solo encerraba el secreto de la próxima batalla, sino que en caso de salir bien, había de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo después al Vístula.

Después de varios encuentros con Miloradowitch, en los días 5, 6 y 7 de mayo, en que el general Bertrand quedó siempre victorioso, recibió la orden de entrar en Dresde, donde los soberanos aliados habían entrado haciendo esparcir las voces de una victoria completa, lograda por sus armas; la llegada sucesiva de muchos comboyes de heridos prusianos y ru-

sos empezó á disipar la ilusión; luego la retirada de Alejandro y de Federico-Guillermo y el incendio de todos los puentes de la ciudad, al acercarse nuestra vanguardia, no dejaron dudar de la verdad. El general francés Grundler tomó inmediatamente posesión de la ciudad, luego llegó el Virey, Napoleón entró una hora después y perdonó á los habitantes la indignidad de su conducta para con nosotros, en consideración de su rey, que, á pesar de algunos recelos, fundados sobre su estancia en Praga, donde se hallaba dominado por los consejos del Austria, fue siempre considerado por Napoleón con un amigo fiel y dió pruebas de su lealtad sincera.

El 12 de mayo, el rey de Sajonia volvió á entrar en su capital. El Emperador salió á recibirle en medio de la guardia imperial, que se había quedado con el fin de dar mas solemnidad á esta vuelta tan importante en estas circunstancias. El rey de Sajonia, si se hubiese unido á los aliados, hubiera podido causar la defección de toda la Alemania, y volver contra nosotros su pueblo y su ejército. Su ejemplo mantenía la confederación del Rin, y la Polonia, aunque estuviese invadida, y nos

daba fortalezas, posiciones y auxiliares. Por otra parte, Napoleon discurria que el Austria no habia tomado todavía un partido decisivo supuesto que dejaba salir de Praga al rey de Sajonia, que venia á entregarse en sus manos en Dresde; lo que le hacia suponer que, á pesar de su actitud amenazadora de mediadora armada, el Austria pensaba seguir un sistema de reserva. Para fortalecer todavía mas estas disposiciones de un enemigo encubierto, Napoleon se dió prisa en enviar á Italia al príncipe virey. El motivo de estas dos resoluciones del Emperador consistia en la necesidad de apoyar por unas demostraciones vigorosas, las medidas que habia tomado desde las orillas del Pó hasta Hambourg, y sus negociaciones con el Austria, cuya fidelidad á nuestra alianza era muy dudosa. El rey de Sajonia hizo conocer confidencialmente á Napoleon, y se lo confirmaron algunas cartas interceptadas, que existia una union secreta entre el Austria y la liga del Norte. Se habian adquirido, por los medios de policia del ejército, pruebas positivas de los sentimientos casi hostiles del gabinete de Viena, pero la victoria de Lutzen modificó la política austriaca y suspendió la

ejecucion de sus nuevos planes. El gabinete, dirigido por M. de Metternich, manifestaba miras enteramente pacíficas, y mirando aparentemente la victoria de Lutzen como una prenda para la pacificacion general, despachó á Dresde á M. de Bubna, y á M. de Stadion al cuartel general de los aliados. El emperador de Austria decia en su carta á Napoleon, traida por M. de Bubna: «El mediador es amigo de  
» V. M..... Se trata de establecer sobre unas  
» bases inatacables la dinastía que habeis  
» fundado, cuya existencia se halla confun-  
» dida con la mia. » Pero en medio de estas declaraciones lisongeras, el Austria dejaba ver sus pretensiones sobre la Iliria, la Polonia y la Baviera. Napoleon vencedor no podia admitir unas condiciones que apenas hubieran podido proponersele despues de muchas derrotas; al mismo tiempo, viéndose apurado por los acontecimientos que no le permitian seguir las negociaciones diplomáticas, adhirió á la propuesta que se le hizo de un congreso, y salió de Dresde para ir á su vanguardia. Pero en el camino, y con el fin de poner término á los males de la guerra, ofreció á los aliados enviar al duque de Vincencio para tratar de un armis-

ñicio. Desde Campo-Formio ofreció constantemente la paz despues de la victoria; no se puede, sin injusticia, negarle los elogios que merece esta sábia política, ó esta moderacion tan rara en la vida de los príncipes favorecidos por la suerte de las armas. En esta ocasion, Napoleon se veia precisado por la gravedad de las circunstancias á dar un paso justificado de un modo honroso por los antecedentes de su vida pasada. Pensaba que el emperador Alejandro se apresuraria á coger la ocasion de vengarse de la diversion de los Austriacos durante la campaña de Rusia, y discurria que el momento actual era el único en que podia dirigirse en derechura á este príncipe; en efecto, despues de la batalla, fuese cual fuere su resultado, hubiera sido imposible comunicar con él, como no fuese por el intermedio del Austria. La admision de su plenipotenciario en el cuartel general ruso, era el único medio que tuviese Napoleon para evitar la mediacion armada del Austria y un rompimiento con esta potencia. Pero Napoleon queria lograr dos cosas muy difíciles, disolver la liga del Norte y guardar sus aliados. Se hacia cargo del fatal aislamiento en que le deja-

ria de repente el sistema de defeccion, cuyos elementos estaban en manos del gabinete de Viena, luego que el Austria se hallase bastante fuerte para hablar militarmente tan alto como la Rusia y la Prusia. Estas consideraciones poderosas justificaban bastante la impaciencia que manifestó Napoleon durante todo este dia, sea en Dresde, sea en su cuartel general de Harta, donde aguardó en vano la contestacion á su mensage. El silencio del emperador Alejandro le dió suficientes pruebas del influjo del conde de Stadion y quiso medir toda la extension de los peligros de su posicion.

Entretanto, y conforme á las órdenes dadas al ejército, y de resultas de la marcha del mariscal Ney de Luckau sobre Bautzen, nunca Napoleon tuvo mas certeza de ganar la batalla que iba á empeñarse. « Si tuvieramos un mes  
 » mas de tiempo, decia en Harta, no quisiera tener una ocasion mas hermosa de  
 » acabar los negocios del mundo con las armas en la mano, porque tendriamos ca-  
 » ballería. Si la tuviera, no pediria un armisticio á los aliados que estan muy agenos de  
 » imaginar lo que va á caerles encima. »

Durante estas graves deliberaciones de Napoleón, nuestro ejército continuaba su movimiento y marchaba sobre el ejército enemigo reunido alrededor de Bautzen, donde el duque de Tarento no había podido entrar. Napoleón salió de Harta el 19 de mayo por la mañana, y se detuvo en el lugar de Bischofswerda, que había sido quemado cuando la batalla de Lutzen, haciendo distribuir socorros á los infelices incendiados. Luego se trasladó á las avanzadas, desde donde volvió muy entrada la noche á su cuartel general de Kleinfortsgen. Desde las alturas que dominan al Sprée, reconoció las dos posiciones de los enemigos, cuya izquierda se apoyaba sobre Bautzen, pequeña villa fortificada provisionalmente y que sostenía su centro. Su derecha estaba formada entre Pliskowitz y Krecwitz sobre las alturas fortificadas que en 1758 sirvieron de refugio á Federico el Grande batido por el mariscal Daun. Una fuerte retaguardia ocupaba el convento de Marienstern. Los aliados, protegidos por el Sprée, extendían su frente sobre una legua y media de terreno; á tres mil toesas mas atrás en el lugar de Hochkirch, había un campo atrincherado inmenso

que presentaba, alrededor de tres pueblos, una masa defensiva y unos barrancos y pantanos ligados entre sí por unas obras de fortificación casi inexpugnables.

El generalísimo Wittgenstein se halló sorprendido en Hoyerswerda por la llegada repentina del cuerpo de Lauriston, que cubría la marcha del príncipe de la Moskowa con el intento de dar la vuelta á la posición del enemigo; pero, discurriendo que este cuerpo no pasaba de veinte y cinco mil hombres, se contentó con enviar al general Barclay de Tolly con diez y ocho mil Rusos, y al general Yorck con doce mil Prusianos. Los Rusos se sitiaron en Klix y los Prusianos en Weisig, donde se empeñó una acción muy reñida.

El conde Bertrand había recibido la orden de enviar á Koenigswartha la división italiana del general Pery, para mantener la comunicación con los cuerpos que venían desde Luckau y Dobrilugk sobre Hoyerswerda. Pero esta división, habiéndose descuidado, se vió acometida por el general Yorck, arrollada y dispersada. El duque de Dalmacia acudió y restableció el combate. El conde de Valmy vino con su caballería al socorro de la división italiana

y se apoderó del lugar de Koenigswartha al paso que el general Lauriston atacaba á Weisig. Despues de tres horas de una lucha obstinada, el paso de Klix, defendido por los Rusos, fue forzado, el lugar de Weisig tomado y el cuerpo de Yorck rechazado á la orilla derecha del Sprée. Esta accion tuvo por resultado la ocupacion de la posicion de Weisig, donde durmió Lauriston, y la llegada del príncipe de la Moskowa á Makersdorf. El general Reynier sostenia al mariscal Ney, á una legua mas atrás, y el movimiento en sentido contrario, hecho por el príncipe de la Moskowa, justificaba los recelos del conde de Wittgenstein. En efecto, la derecha de los enemigos se hallaba envuelta por tres cuerpos del ala izquierda del ejército frances, tanto sobre Pretetz y Klein-Bautzen, como por Bareuth y Wurschen.

El 19 por la tarde, el Emperador supo que se habia negado verbalmente recibir al duque de Vicencio. No quedaba por consiguiente otro partido que tomar que el de pelear. Napoleon tomó sus disposiciones definitivas para el dia siguiente, con tanta mas confianza, quanto el cañoneo que se oia á la izquierda

por el lado de Weisig le daba á conocer que sus órdenes se habian ejecutado. El 20 de mayo, á las ocho de la mañana, subió á una altura cerca de Bautzen, y mandó á los cuatro cuerpos de ejército pasar el Sprée sobre diferentes puntos. El duque de Reggio, que mandaba la derecha, debia atacar las alturas sobre las cuales se apoyaba la izquierda del enemigo; el duque de Tarento pasó por entre los montes para sostener al duque de Reggio; el duque de Ragusa echó un puente de caballetes y ejecutó su movimiento por el rio abajo de la ciudad, á pesar del fuego de los Prusianos. Las reservas y la guardia, mandadas por el duque de Treviso, venian en segunda línea; sobre nuestra izquierda, el general Bertrand amenazaba el ala izquierda de los aliados mandados por el general Blucher. El duque de Dalmacia dirigia todos estos movimientos bajo los ojos de Napoleon; mientras que el príncipe de la Moskowa, con los generales Reynier y Lauriston, daba la vuelta al enemigo por Wurschen donde estaba el gran cuartel general de los aliados, y luego por Weisemberg. A medio dia los Franceses se hallaban al otro lado del Sprée; el general ruso

Miloradowitch, perseguido por el duque de Tarento, tuvo que evacuar á Bautzen, el duque de Reggio arrolló á Gortschakow y llegó á los montes; la artillería echó á la caballería enemiga á cañonazos hasta el desfiladero de Niedguritz. Mientras tanto, el general Kleist, apretado por el duque de Ragusa, entretenía un fuego terrible á las orillas del Sprée sobre las alturas de Nider-Kayna donde tenia á su favor la ventaja del terreno. La necesidad de conservar este punto central decidió al mariscal Blucher, que estaba viendo el combate desde los cerros de Kreeckwitz, á enviar al general Kleist un refuerzo de tres mil hombres de infantería, y á guarnecer los desfiladeros de Niedguritz con mucha infantería y artillería con el fin de estorbar la salida á los Franceses. El general Kleist se mantuvo hasta la noche, entre el cuerpo del príncipe de la Moskowa y el grueso del ejército frances; pero atacado por el flanco izquierdo por el general Bonnet que habia venido de Bautzen, el general prusiano se retiró y abandonó la posicion de Nider-Kayna al general Bonnet con quien estaba peleando desde el primer ataque. A las siete de la tarde, el enemigo se vió acosado sobre su segunda

línea y el ejército frances, dueño de las alturas ocupadas antes por el ejército combinado, acabó de inutilizar parte de las obras de campaña hechas por los enemigos. Blucher solo se quedó en Kreeckwitz, donde se contempló inexpugnable.

Napoleon, con no menos prevision que en Lutzen, mandó que las tropas bivaqueasen formadas en cuadros, y concedió un descanso que se negó á sí mismo; pasó toda la noche dando órdenes. El 21 por la mañana, el duque de Reggio tuvo que pelear con los aliados, que, por no verse cortados del camino de Lobau, y envueltos por Hochkirch, habian traído todos sus refuerzos por aquel lado. Napoleon habia reconocido la posicion desde la víspera; volvió á observarla con mucho cuidado, y, siguiendo á una de esas inspiraciones que tantas veces caracterizaron su ingenio sobre los campos de batalla, resolvió dar el golpe sobre la derecha del enemigo, y confiar esta operacion al príncipe de la Moskowa. El movimiento meditado por Napoleon no podia ejecutarse antes de las doce del dia. Mandó anunciar sobre toda la línea, que el ataque general se efectuaría á la una, y que la batalla

seria ganada á las tres. Entretanto, los duques de Reggio y de Tarento recibieron la orden de entretener la accion contra el cuerpo de Blucher sobre el cual Wittgenstein tenia puesta toda su atencion como sobre el punto principal. Esta disposicion del Emperador tenia por objeto evitar que el enemigo diese la vuelta por la izquierda, y encubrir nuestro ataque verdadero; al otro lado el príncipe de la Moskowa se dirigia con todas sus tropas sobre Prectitz, mientras que Napoleon se reservaba contener el centro y la izquierda del enemigo.

Al extremo de la derecha, el duque de Reggio, teniendo que ceder á unas fuerzas superiores, habia perdido sus posiciones, y se veia perseguido con mucho vigor. Al mismo momento el duque de Tarento, discurriendo que este movimiento retrógrado podia comprometer su division de vanguardia, envió al general Gerard la orden de retirarse; pero éste pidió, al contrario, una brigada mas al duque de Tarento, y arriesgó, con tanta audacia y tanta habilidad, un ataque empezado bajo sus ojos por el valiente Labedoyere coronel del 112º de línea, que, dos horas despues, el

cuerpo de Gerard habia vuelto á tomar las posiciones. Al paso que este suceso restablecia la ofensiva contra la izquierda del ejército aliado, y que los duques de Ragusa y de Dalmacia procuraban acosar al general Miloradowitch sobre Wurschen, Ney arrollaba los Rusos en el lugar de Klix, pasaba el Sprée, y, habiendo mandado al general Lauriston dirigirse por Gottameld sobre Bareuth, se disponia á maniobrar sobre la derecha, cuando llegó la orden decisiva de Napoleon. Sus tropas se apoderaron luego de las alturas de Glein donde se defendia Barclay que se retiró por escalones, haciendo frente por la derecha al general Lauriston, á quien estorbó la salida del terreno cubierto que se extiende mas allá de Gottameld. El general Barclay entró en Prectitz de donde fue rechazado. Pero el mariscal Blucher, que todavía no estaba fuertemente empeñado, envió al cuerpo de Kleist las guardias y las reservas para volver á tomar este pueblo, desguarneciendo su centro con esta maniobra. Napoleon, viendo que el príncipe de la Moskowa adelantaba poco, combinó nuevos esfuerzos sobre el centro de la derecha. Era la una de la tarde; el duque de Dalmacia

desplegó sus tropas; la guardia y la reserva del ejército, infantería y caballería, amagadas en un sitio encubierto, podían acudir á la derecha ó á la izquierda, según las vicisitudes de la jornada. El conde de Wittgenstein, viéndose apretado de repente entre el movimiento del príncipe de la Moskowa y el del duque de Dalmacia, discurrió con acierto que para deshacerse de Ney, no le quedaba otro recurso que detener al mariscal Soult; pero, por su lado, Napoleón conoció que había llegado el momento de ganar la batalla, y se puso á la cabeza de la guardia. La caballería del general Latour-Maubourg y una reserva de artillería marchaban sobre el flanco de la derecha de la posición del enemigo delante del centro del ejército ruso; en fin, la altura de Kreeckwitz, punto de apoyo de los aliados, y donde el mariscal Blücher discurría poder resistir á todos nuestros esfuerzos, fue tomada por la división del general Morand, y por la división de Wurtemberg. El general Devaux estableció sobre estas alturas una batería de la guardia que alejó á todos los cuerpos enemigos que intentaron volverla á tomar. Los generales de artillería Dulauoy y Drouot

avanzaron con sesenta piezas de reserva mientras que la joven guardia, á las órdenes del duque de Treviso, aguerrida por el combate terrible de Kaya, iba á cortar el camino de Wurschen á Bautzen.

Entretanto, el duque de Dalmacia se había apoderado de todas las trincheras, y había acosado sobre Wurschen á todas las tropas del general Miloradowitch. El ala izquierda, mandada por Blücher, había sido arrollada por Macdonald. En lo más fuerte de la acción, el general Reynier se puso en línea entre los cuerpos del general Lauriston y del mariscal Ney, y empezó un cañoneo vivísimo que facilitó la llegada de las cinco divisiones del tercer cuerpo que desembocaron por la derecha de Klein-Bautzen. El enemigo tuvo que desguarnecer la derecha, con el fin de rechazar este nuevo ataque dirigido por el Emperador en persona; el mariscal Ney se aprovechó de esta circunstancia para adelantar. Dueño ya del lugar de Prussig, dió la vuelta á los aliados y marchaba sobre Wurschen. El conde de Wittgenstein, viéndose envuelto por la derecha, quedó convencido que ya no podía resistir, y mandó la retirada. El general Bar-

clay de Tolly se retiró por Grädlitz sobre Weisemberg, con el ala derecha compuesta enteramente de Prusianos, y el ala izquierda ó el ejército ruso, se dirigió sobre Hochkirch y Lobau.

Así se realizó la profecía de Napoleon; la batalla empezó á la una de la tarde como lo había anunciado, y se ganó á las tres. Todo el ejército enemigo, arrastrado por el desastre de los Prusianos, nos abandonó por fin sus posiciones formidables; pero nos faltaba caballería para aprovecharnos de nuestra victoria. Napoleon coronó la jornada de Bautzen, por una de esas inspiraciones sublimes que tuvo varias veces en Italia, en Egipto y en Alemania. Para reconocer la adhesión y el valor de su joven ejército, compuesto en parte de conscriptos que acababan de salir de los depósitos y que pocas semanas antes estaban aun manejando el arado, decretó la erección de un monumento sobre el Moncenis, para consagrar su gratitud eterna para con sus pueblos de Francia y de Italia.

El 22 de mayo, á las cuatro de la mañana, el Emperador se puso en persecución de los aliados á la cabeza de la caballería de la guar-

dia, con la del general Latour-Maubourg y con parte de la infantería. Caminó todo el día con la vanguardia, y llegó sin obstáculos á Weisemberg. Un poco mas allá la infantería sajona del general Reynier tuvo que atacar á la retaguardia enemiga mandada por el general Miloradowitch, que se habia detenido en Reichembach para proteger la retirada de los soberanos aliados que habian hecho noche en Lowemberg. El ataque fue rechazado por el enemigo, al primer choque, aunque combinado por dos lados; con todo, tuvo buen éxito, gracias á los esfuerzos de la caballería mandada por los generales Lefebvre Desnouettes, Colbert y Latour-Maubourg; pero desgraciadamente costó la vida al general de division conde Bruyères, veterano del ejército de Italia y uno de los oficiales mas distinguidos. En el mismo momento un cazador de la escolta cayó muerto á poca distancia de Napoleon, que dijo al duque de Friul: «Duroc, hoy no tenemos fortuna!» Otro golpe nos preparaba esta Diosa inconstante.

En vez de detenerse en Reichembach con el cuartel general, Napoleon, teniendo aviso que el enemigo resistia aun en Makersdorf, volvió

á la vanguardia y mandó atacar á la ciudad de Górlitz, donde pensaba pasar la noche. De repente, y estando bajando con rapidez en un camino hondo para subir á una altura inmediata, una bala de cañon perdida dió contra un árbol, mató del golpe al general de ingenieros Kirgener, é hirió mortalmente en el vientre al gran mariscal Duroc. El Emperador iba adelante á todo escape de su caballo, y llegaba á la altura, cuando un edecan de Oudinot le anunció la muerte del duque de Friul. *¿Cómo es posible!* dijo Napoleon, *ahora mismo estaba hablando conmigo;* en aquel instante el coronel Gourgaud, primer oficial de ordenanza, vino á dar cuenta al Emperador del movimiento del príncipe de la Moskowa sobre Górlitz, añadiendo que el enemigo presentaba solamente una retaguardia poco numerosa. Napoleon volvió atrás en compañía de los duques de Dalmacia y de Vicencio, y fue á visitar al gran mariscal, á quien asistían los doctores Larrey é Ivan con algunos facultativos.

El boletín refirió esta triste entrevista en los términos siguientes: « Le halló con todos sus sentidos y con la mayor serenidad. El duque

» apretó la mano del Emperador y la besó. Toda  
 » mi vida, le dijo, ha sido consagrada á vuestro  
 » servicio, y siento perderla porque todavía  
 » podia seros útil. — Duroc, le dijo el Empe-  
 » rador, existe otra vida; allí me aguardareis  
 » y algun dia nos volveremos á ver. — Si se-  
 » ñor, pero dentro de treinta años, cuando  
 » habreis triunfado de vuestros enemigos y  
 » realizado las esperanzas de la patria. He  
 » vivido como un hombre de bien y nada me  
 » remuerde. Dejo una hija; V. M. será su pa-  
 » dre. » El Emperador apretando la mano del  
 mariscal, se quedó mas de un cuarto de hora  
 con la cabeza apoyada sobre la mano iz-  
 quierda en el mayor silencio. El gran maris-  
 cal le interrumpió el primero, diciéndole:  
 « Señor, idos, este espectáculo os hace dema-  
 » siado mal. » El Emperador, apoyándose so-  
 bre el duque de Dalmacia y sobre el caballe-  
 rizo mayor, se retiró sin poder decir otra cosa  
 que: « ¡A Dios pues, amigo mio! » Napo-  
 leon no abandonó la cama del moribundo sino  
 para cuidar del ejército, distribuir recompen-  
 sas á los valientes, y despachar con su minis-  
 tro de relaciones exteriores; pero estaba su-  
 mergido en el mas profundo dolor; este do-

lor era justo; Duroc era, no solamente un antiguo compañero de armas, pero un amigo seguro y adicto á quien podia confiarlo todo, y que tenia el derecho de decirle la verdad sin ningun disimulo. Para eternizar la memoria de su amistad, mandó que el cuerpo del gran mariscal fuese trasladado á Paris para recibir los honores fúnebres en la iglesia de los Inválidos; quiso tambien comprar la casa donde Duroc habia muerto, y la dió al ministro eclesiástico del lugar, con la condicion de colocar en el sitio donde habia estado la cama del gran mariscal, una piedra con la inscripcion siguiente:

AQUI EL GENERAL DUROC,  
DUQUE DE FRIUL,  
GRAN MARISCAL DEL PALACIO DEL EMPERADOR NAPOLEON  
HERIDO DE UNA BALA,  
MURIO ENTRE LOS BRAZOS DE SU EMPERADOR Y AMIGO.

Napoleon, separado del mundo entero sobre el peñon de Santa Helena, se acordó, en sus últimos momentos, de las escenas de Markersdorf, y consagró, en sus disposiciones postreras, el voto del duque de Friul á favor de su hija.

Entretanto, los aliados experimentaban todas las consecuencias de una retirada trabajosa; vencidos tres veces y recelosos de serlo todavía, mudaron de lenguaje y tomando una actitud menos orgullosa pidieron un armisticio. El conde de Stadion, constante en su ódio contra Napoleon, y ocupado en nuevas traiciones, prestó su pluma á las palabras engañosas de las potencias conjuradas; el Emperador admitió la proposicion, sin pensar que, hecho por un enemigo que habia jurado su ruina y la de la Francia, era regular que encubriese alguna perfidia; pero, á pesar de todas estas comunicaciones, que hubieran debido recharse infaliblemente, el ejército iba adelantando en tres columnas y por tres caminos diferentes hácia la Silesia. El 28, pasó el Neiss, el 24 el Queiss, el 25 el Bober, y el 27 el Katzbach. El príncipe de la Moskowa mandaba la vanguardia del centro con los generales Reynier y Lauriston, siguiendo la retirada de Blucher y de Barclay de Tolly. Sobre la derecha, los duques de Tarento y de Ragusa, y el conde Bertrand, perseguian al ejército de Wittgenstein; la izquierda marchaba sobre Glogau, cuya guarnicion francesa estaba resistiendo

heroicamente; el duque de Belluno acababa de juntarse con el general Sebastiani. En el discurso de diez dias, Napoleon echó á los enemigos de Sajonia, y en ocho dias mas, la alta Silesia cayó en poder de los Franceses; Breslau iba á caer tambien, y el ejército enemigo se veia acosado en el fondo de la Silesia baja, donde Napoleon intentaba trasladar el teatro de la guerra. Acaso una sola batalla hubiera bastado para rechazar para siempre la invasion del Norte y cerrar á los aliados la vuelta á la patria. Se aguardaba la noticia de la toma de Hambourg, de cuyas resultas otro ejército frances hallaba abierto el camino de Berlin. Con dos dias mas, eramos dueños del Elba y del Oder, y los caminos quedaban libres para marchar sobre Custrin, Varsovia y Dantzick, donde treinta mil Franceses ó aliados nos aguardaban. Cuando estabamos aguardando estos grandes resultados con tan sobrados fundamentos, el duque de Vicencio recibió, el 28, una carta de los plenipotenciarios rusos y prusianos, con la copia de los plenos poderes del comandante en jefe de los ejércitos combinados; el contenido de estos plenos poderes explicaba claramente que

la mediacion austriaca, á la cual Napoleon queria sustraerse, era la condicion *sine qua non* de todo convenio. De manera, que la campaña militar iba á suspenderse para abrir la campaña política, en que Napoleon iba á encontrar á un enemigo activo, diestro y apasionado, que disputaria el terreno palmo por palmo, y tanto mas inflexible, cuanto se hallaria bajo el influjo austriaco. El conde de Stadion, comisario imperial de la mediacion austriaca en el cuartel general de los aliados, hecho general en jefe de su retirada, los habia atraido hácia la Bohemia donde tenia preparadas grandes inteligencias militares. La guardia imperial siguió el movimiento de los aliados. Napoleon estableció, el 30, su cuartel general en Neumark; el duque de Basano se habia quedado en Liegnitz para redactar las instrucciones del duque de Vicencio. El conde de Bubna habia salido para Viena, para dar cuenta de su mision en Dresde. Las proposiciones que traia eran relativas á un congreso para la paz general ó continental, para la conclusion de un armisticio, y en fin para el nombramiento de los plenipotenciarios encargados de arreglar entre la Francia y el Austria

la suerte de la alianza y la admision de la mediacion. El 3o , el conde de Bubna volvió de Viena á Liegnitz donde tuvo una conferencia con el duque de Basano; al dia siguiente volvió á salir para Viena , despues de haber asegurado que volveria pronto con los poderes que se le pedian , y que hubiera debido tener , si su corte hubiese querido de buena fe acelerar la grande obra de la pacificacion.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO CUARTO.

## LIBRO DÉCIMOQUINTO.

### SEGUNDA CAMPAÑA DE SAJONIA.

#### CAPITULO PRIMERO.

ARMISTICIO DE PLESSWITZ. — TOMA DE HAMBOURG. — NAPOLEON VUELVE A DRESDE. — CONVENIO DE DRESDE CON EL AUSTRIA. — RETIRADA DE ESPAÑA. — BATALLA DE VITORIA.

Las conferencias relativas al armisticio se abrieron el 3o de mayo en la abadia de Waldstادت, entre el duque de Vicencio por parte de la Francia , el conde de Schouwalof por la Rusia , y M. de Kleist por la Prusia. Continuaron en Gebersdorf el 31 de mayo y el 1º de junio , y luego en Plesswitz. Las pretensiones de los aliados y la resistencia de Napoleon , que , segun su costumbre , queria dominar las negociaciones , causaron tanta irritacion , que desde luego pudo preveer las dificultades que se le presentaron en el congreso. En fin des-

la suerte de la alianza y la admision de la mediacion. El 3o , el conde de Bubna volvió de Viena á Liegnitz donde tuvo una conferencia con el duque de Basano; al dia siguiente volvió á salir para Viena , despues de haber asegurado que volveria pronto con los poderes que se le pedian , y que hubiera debido tener , si su corte hubiese querido de buena fe acelerar la grande obra de la pacificacion.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO CUARTO.

## LIBRO DÉCIMOQUINTO.

### SEGUNDA CAMPAÑA DE SAJONIA.

#### CAPITULO PRIMERO.

ARMISTICIO DE PLESSWITZ. — TOMA DE HAMBOURG. — NAPOLEON VUELVE A DRESDE. — CONVENIO DE DRESDE CON EL AUSTRIA. — RETIRADA DE ESPAÑA. — BATALLA DE VITORIA.

Las conferencias relativas al armisticio se abrieron el 3o de mayo en la abadia de Waldstادت, entre el duque de Vicencio por parte de la Francia , el conde de Schouwalof por la Rusia , y M. de Kleist por la Prusia. Continuaron en Gebersdorf el 31 de mayo y el 1º de junio , y luego en Plesswitz. Las pretensiones de los aliados y la resistencia de Napoleon , que , segun su costumbre , queria dominar las negociaciones , causaron tanta irritacion , que desde luego pudo preveer las dificultades que se le presentaron en el congreso. En fin des-

pues de una batalla verdadera que duró seis dias y que Napoleon creyó haber ganado, el armisticio se firmó el 4 de junio. Es regular que un suceso realmente feliz para Napoleon, la toma de Hambourg donde el general Vandamme entró el 31 de mayo, decidió la conclusion de esta tregua fatal. Desde el 29, la Dinamarca habia renovado su alianza con la Francia, y el ejército dinamarques, mandado por el conde de Schulembourg, se hallaba bajo las órdenes del mariscal príncipe de Eckmühl. Desde entonces, las banderas de Napoleon fueron la única patria de los Polacos de Poniatowski, que, despues de haber tenido que atravesar desarmados las provincias de su aliado el emperador de Austria, las habian vuelto á tomar en entrando en la Lusacia, y hacian parte del ejército francés desde el 1º de junio.

Napoleon salió el 5 de su cuartel general de Neumark, y el 10 se estableció en el palacio de Marcolini situado en un arrabal de Dresde; el mismo dia llegó el baron de Kaas, ministro del rey de Dinamarca, que hizo á Napoleon importantes revelaciones. Los aliados hicieron todo cuanto pudieron en Altona para persua-

dir al embajador que no cumplierse con su encargo hasta ofrecerle anular la cesion hecha á la Suecia del reino de Noruega; pero, el baron de Kaas habiendo persistido, la escuadra inglesa, para vengarse de la adhesion de la Dinamarca á la Francia, se presentó delante de Copenhague al dia siguiente de la toma de Hambourg, renovando una memoria horrosa. Un capitán de navío se atrevió á pedir al rey que consintiese en el término de cuarenta y ocho horas en la cesion despojadora impuesta por una política pérfida, y que, despues de haber admitido una guarnicion extranjera en la provincia de Drontheim, enviase veinte y cinco mil hombres al ejército de los aliados. El rey desechó con indignacion esta intimacion imperiosa, y el príncipe real de Dinamarca, disfrazado en marinero, logró desembarcar en Noruega, donde llamó á todos los habitantes á la defensa nacional. El despotismo ingles ya no disimulaba el papel que queria representar en la crisis actual de la Europa; despojaba á la Dinamarca y declaraba que no admitiria para la Francia, *ni siquiera las bases del tratado de Luneville*. M. de Bubna volvió á Dresde, y, en vez de traer la contesta-

cion á las proposiciones del duque de Basano, se contentó con notificar al gabinete de Francia que los aliados admitian la mediacion del Austria, y que M. de Metternich iba á lègar para seguir la misma negociacion. La ciudad de Praga habia sido adoptada para el congreso, y el emperador de Austria vino con su cancillería y sus ministros al castillo de Gettschin inmediato á la capital de la Bohemia. El mismo dia llegó á Dresde otro personage, el duque de Otranto, que no era el menos peligroso de los amigos de Napoleon, y á quien no se debia permitir la residencia en Paris en tales circunstancias, así es que iba destinado al gobierno general de las provincias Ilirias en lugar del conde Bertrand; pero Fouché pasó por Dresde para visitar á Metternich. Mientras tanto, el mes de junio iba pasando sin que se pudiese abrir el congreso, y las lentitudes del gabinete austriaco consumieron los cuarenta dias del armisticio. En fin, el 27 de junio, M. de Metternich llegó á Dresde estimulado por el duque de Basano que no habia cesado de escribirle que se hallaba con todos los poderes necesarios para negociar. Al dia siguiente este ministro presentó al emperador

Napoleon una carta de su soberano; esta audiencia fue una larga conferencia en que se expusieron las pretensiones del Austria que pedia la mitad de la Italia, la Iliria, la vuelta del Papa á Roma, la evacuacion de la Holanda y de la España, y la renuncia al protectorato de la confederacion del Rhin y de la mediacion helvética. *Lo que se me pide*, dijo Napoleon, *es la mitad del imperio frances*, y luego refirió con calor todos los motivos de agravio que le habia dado el Austria desde el armisticio de Schwartzemberg en Minsk; luego hablando de los convenios secretos de esta potencia con la Inglaterra, la Rusia y la Prusia, y, olvidándose de la reserva impuesta á los soberanos en sus palabras por la superioridad de su rango: *Metternich*, le dijo, *¿cuánto os ha dado la Inglaterra para hacerme la guerra?* Estas palabras no dieron fin á la conferencia; pero es indudable que dejaron mucho rencor en el corazon de Metternich. Estos son los auspicios bajo los cuales los dos ministros firmaron el 30 de junio el convenio relativo á la mediacion austriaca. M. de Metternich volvió á Gettschin con la satisfaccion de haber obrado segun los intereses de su

corte y con el resentimiento de su injuria. El convenio firmado se parecia poco al que Napoleon habia propuesto para la paz general, en el cual habia incluido á la Inglaterra, á los Estados-Unidos, al rey de España, á la regencia de Cadiz y á todas las potencias aliadas de las dos partes beligerantes. Su intento era someter á la mediacion del Austria las bases verdaderas de la paz del mundo, como lo habia dado á conocer en *el Monitor* del 24 de mayo. Jamás, sin duda, ninguna corona tuvo una mision mas honrosa; sin embargo, el gabinete austriaco se obstinó en separar de esta proposicion todo cuanto contenia de generoso; solo quedaba lo que necesitaba para asegurar el éxito de sus proyectos hostiles contra la Francia. Conforme al convenio del 30 de junio, los plenipotenciarios debian reunirse en Praga para el 5 de julio; en consecuencia, el armisticio fue prorogado hasta el 10 de agosto y el gabinete de Viena tomó á su cargo lograr el consentimiento de la Rusia y de la Prusia. No se dió mucha prisa en cumplir con su promesa, habiendo llegado el 12 de julio antes que M. de Metternich diese parte al duque de Basano de que las córtés de San

Petersbourg y de Berlin consentian, y el documento que resultaba de este consentimiento solo se firmó el 26 de julio en Neumark por los comisarios franceses y aliados; de manera que Napoleon, á pesar de la garantía que debia naturalmente darle la mediacion del Austria, experimentó de parte de los aliados un atraso de veinte y seis días en la ejecucion del artículo mas importante del tratado.

En Praga, el mismo sistema fue adoptado. M. de Narbona, nombrado plenipotenciario con el duque de Vincencio, se habia adelantado y no habia podido ver á los plenipotenciarios de los aliados. El duque de Vincencio llegó el 26 de julio; M. de Humboldt representaba la Prusia y M. de Anstett, nacido en Francia, y por consiguiente incapaz, segun el artículo 20 del decreto de 26 de agosto de 1811, *de servir en calidad de plenipotenciario en un tratado en que iban á discutir los intereses de la Francia*, estaba encargado de los poderes de la Rusia. Todas estas circunstancias, juntas con la eleccion de M. de Anstett, que manifestaba intenciones hostiles, incomodaron á Napoleon; sintió todavía mas haberse comprometido en la carrera de las negociaciones

con unas potencias cuya mala fe se manifestaba palpablemente cuando supo que el Austria, á mas de los convenios que habia firmado en Reichembach con la Inglaterra y sus aliados, habia tomado otros empeños particulares con el emperador Alejandro en su cuartel general de Trachemberg. La Inglaterra se habia valido con el Austria de los mismos medios con los cuales dominaba á Alejandro y á Federico, á quienes dirigia con sus intrigas secretas fomentando disturbios entre la nobleza y el pueblo y conmoviendo los animos, con el fin de intimidar á los soberanos. Los subsidios acabaron lo que las amenazas habian empezado. Napoleon conoció el nuevo pacto que unia para su destruccion, la Prusia, la Suecia, la Rusia y el Austria, diez dias despues de haber admitido á esta última potencia como mediadora. Entonces se hizo cargo de que debia prepararse tambien á la guerra, á pesar del congreso, y que no pudiendo aumentar su ejército, tenia que buscar mas bien en su ingenio militar que no en su política ó en el número de sus tropas, los medios de lucha contra los doscientos mil hombres del Austria, las reservas rusas y prusianas

y el ejército sueco que iban á duplicar las fuerzas que acababa de vencer. Al considerar la defeccion de Bernadotte, y, acordándose de la conducta del rey de Nápoles durante la retirada de Rusia, quizás Napoleon hubiera debido tener recelos con respecto á este príncipe, que, aunque se hallase bajo el peso de un acuerdo secreto con el Austria, ofrecia entonces su espada á su cuñado. Napoleon que conocia su valor no lo juzgó menos fiel y le vió llegar con satisfaccion para tomar parte en nuestros últimos combates como príncipe frances.

Durante el armisticio y las largas deliberaciones que tuvieron lugar, el Emperador no cesó un solo instante de seguir las relaciones exteriores, los negocios del interior y de arreglar con una incansable actividad todo lo concerniente al ejército; se puede decir que desempeñaba por sí todos los ministerios de su gobierno. Ningun objeto, por mínimo que fuese, se le escapaba; comboyes, artillería, movimientos de tropas, policía de los acantonamientos, construccion de nuevas plazas, provisiones; su vigilancia se extendia á todo. En medio de tantos elementos de confusion, rei-

naba un orden admirable; la Sajonia se vió preservada por él de los males que suelen resultar de la presencia de los ejércitos en un pais; con los tesoros que de antemano habia juntado en los sótanos de las Tullerías, pagó todos los gastos y tenia corriente la paga de las tropas. Los aliados, vencidos en Austerlitz, en Jena y en Wagram, le habian suministrado la reserva preciosa de que se valia ahora para resistir á sus nuevos ataques. Dresde, protegido por unas obras recientemente construidas, ofrecia á la vez el aspecto severo de un campamento militar y el movimiento de una brillante capital. Napoleón, sereno, aunque agitado, en medio de una corte numerosa, y de un estado mayor que no lo era menos, estaba vigilando al mismo tiempo sobre la Alemania, la Francia, la Italia y la España; las noticias recibidas de este último pais eran poco lisongeras. Wellington, alentado por nuestros desastres, y tambien sin duda por el defecto de una direccion fuerte que se dejaba percibir demasiado, bajo un príncipe incapaz de desempeñar sus funciones militares y políticas, habia vuelto á tomar la ofensiva el 28 de mayo á la cabeza de se-

tenta mil hombres obligando al rey José á retirarse de Madrid. El ejército frances habia logrado tomar una posición ventajosa sobre la orilla izquierda del Ebro; pero cuando se supo, en el cuartel general del rey, que el enemigo acababa de pasar aquel rio, se juntó un consejo de guerra. El mariscal Jourdan propuso bajar el Ebro y retirarse sobre Zaragoza para reunirse al ejército del general Clausel, guardando las comunicaciones con San Sebastian, Bilbao, Pamplona y el cuerpo del general Foy. Se podia esperar de detener á Wellington sobre las alturas inexpugnables de Salinas y de Mondragon, y cerrar la barrera de los Pirineos por los movimientos simultáneos de la retirada del mariscal Suchet, que acababa de salvar á Tarragona, y de obligar á lord Murray á embarcarse, despues de haberle batido completamente. El consejo adoptó el dictámen del general Jourdan; José, al contrario, quiso combatir y mandó preparar la batalla para el dia siguiente, 21 de junio. El valor frances sostuvo hasta el último momento su antigua fama; pero nuestros soldados tuvieron que ceder á la superioridad inmensa del número de los enemigos. El combate de Vi-

toria fue glorioso para nuestras armas, y las pérdidas fueron iguales por ambos lados. Pero la imprevisión y la poca habilidad del gefe, que ni sabia mandar ni abdicar el mando, y el olvido de toda precaucion para asegurar la retirada, causaron una desgracia, acaso fácil de remediar, en un desastre que nos hizo perder la España para siempre. Napoleon, luego que recibió estas noticias infaustas, dió al duque de Dalmacia el encargo de ir á detener á los Ingleses. « Os he nombrado, decia la orden » del Emperador, mi lugar-teniente general » comandante de mis ejércitos en España y » sobre los Pirineos..... Tomareis todas las » medidas posibles para restablecer mis nego- » cios en España, y para conservar Pam- » plona, San Sebastian y Pancorbo. » El mariscal llegó á Bayona el 12 de julio; organizó el ejército y le dividió en tres cuerpos mandados por los generales Reille, d'Erlon y Clausel, que formaban un total de sesenta mil hombres. El ejército ingles se hallaba en Irun, ocupando la Navarra baja, y cubriendo los sitios de Pamplona y de San Sebastian; pero Wellington, luego que supo la llegada del duque de Dalmacia, de cuya habilidad estaba

bien enterado, volvió á tomar su sistema acostumbrado de prudencia circunspecta.

En Italia, la presencia del Virey que formó tres cuerpos de ejército sobre el Adige, y la adhesión de los Italianos, convencidos de que sus destinos dependian enteramente de la fortuna de Napoleon, inspiraban bastante seguridad. En Munich, un rey leal y fiel aumentó su ejército hasta el número de cuarenta mil hombres para socorrernos; reinaba una confianza íntima entre Napoleon y el rey de Wurtemberg que descubrió á su aliado las intrigas y las tramas del Austria. Estas revelaciones y las noticias de Praga hicieron conocer al Emperador que no tenia que contar con las negociaciones, y que debia prepararse á la guerra. En consecuencia, tomó sus disposiciones para una segunda campaña. Formó cuatro cuerpos de ejército, mandados por los generales Vandamme, Poniatowski, Arrighi, y el mariscal Gouvion San Cyr, para contener la Bohemia. El Virey recibió la orden de disponerse para atacar, y de procurar entrar en Viena; el ejército bávaro, el noveno cuerpo, mandado por el duque de Castiglione, y la caballería del general Milhaud, sostenian

esta operacion. En España, los mariscales Soult y Suchet, á quienes se encomendó mucha prudencia y mucha firmeza, fueron apoyados por treinta mil hombres pedidos por el Emperador á los departamentos del Mediodia. Se pasó aviso á las guarniciones sitiadas de que iban á empezar otra vez las hostilidades, y se les prometió socorros. Napoleon visitó las plazas del Elba, y reconoció la Lusacia baja, así como las posiciones importantes de Luckau y de Luben. Volvió á Dresde de donde salió el 25 de julio para Maguncia donde habia llamado á la Emperatriz. El 3 de agosto estaba de vuelta, despues de haber dado, acerca de su suegro, un último paso que fue un acto de condescendencia para con su esposa.

Se ha dicho varias veces que si Napoleon, en vez de llevar sus armas en el seno de la Alemania, hubiese aguardado al enemigo sobre las barreras del Rhin, hubiera conservado, bajo la proteccion de una guerra enteramente nacional, la integridad del imperio dentro de los límites fijados por la naturaleza. Despues de haber ganado tres victorias, ¿no hubiera podido igualmente aprovecharse del armisti-

cio para conducir sobre el Mein, al ejército vencedor, los treinta mil hombres del príncipe de Eckmülh y todas las guarniciones que tenia en varias plazas de Alemania? Bastante habia hecho para su gloria militar personal, con haber batido á los aliados á doscientas leguas de su capital con unos meros reclutas. Pero Napoleon se obstinó en creer á la posibilidad de la paz y á la fidelidad de Francisco II; no quiso ver que estaba sentenciado por la Europa y que no podia resistir sino sobre el terreno de la patria, á la cabeza y en medio de la nacion. Con esta retirada, hubiera protegido con mas eficacia la negociacion de Praga. La Europa vencida tres veces en las llanuras de Sajonia, se hubiese detenido con respeto delante de nuestras fronteras, y hubiera admitido el generoso *ultimatum* que le devolvía su independencia. El ódio, la venganza y las ambiciones extrangeras se hubieran desvanecido al aspecto del coloso de la Francia, armada sobre sus fronteras, y ofreciendo sacrificar á la tranquilidad del mundo, veinte y cinco años de gloria y de conquistas.

## CAPITULO II.

CONGRESO DE PRAGA. — DECLARACION DE GUERRA DEL  
AUSTRIA A LA FRANCIA.

EL convenio de 30 de junio habia, como se ha visto, prolongado el armisticio hasta el 10 de agosto, y señalado el 5 de julio para la reunion de los plenipotenciarios. El 3, M. de Metternich propuso que se alargase hasta el 8, y luego hasta el 12. De manera que, sobre los treinta y cinco dias convenidos, el ministro del mediador quitó siete con arbitrariedad. El 9, M. de Narbona habia ido á ponerse á la disposicion del emperador de Austria, que se hallaba establecido en el cuartel de Brandeitz, y se le contestó que estaba bien situado en Praga. No habiendo sido admitido como embajador por M. de Metternich, se presentó como plenipotenciario; pero, hasta el 29, no pudo ver á los de los aliados; se habian perdido veinte y cuatro dias, y solo quedaban doce para tratar de la paz del mundo. Estos

fueron los principios del pretendido congreso de Praga, abierto bajo los auspicios de M. de Metternich, y que era en realidad una cámara ardiente donde Napoleon iba á ser sentenciado sin recurso. La segunda época de esta detestable maquinacion, cubierta con un nombre sagrado, empezó el 29 de julio, con la intervencion de oficio del mediador. Los plenipotenciarios franceses pidieron que los poderes se cangeasen en comun. M. de Metternich, viendo que no podia impedir que se abriese el congreso, no quiso admitir la forma convenida de las conferencias, y propuso, por una falsa aplicacion de la marcha adoptada en el congreso de Teschen donde habia dos mediadores, el medio de transacciones escritas. Pero el verdadero intento de Napoleon era declinar la fatal mediacion de su enemigo oculto, de concluir directamente con Alejandro una paz gloriosa para este príncipe, y de hacer pagar al Austria, con la pérdida de su influjo en Europa, su mala fé en la campaña de 1812, y en el armamento actual en que hacia un papel todavía mas odioso. Pero sus plenipotenciarios no habiendo logrado todavía tener una sola conversacion con el de

Rusia y de Prusia, Napoleon, apurado por el término tan próximo del armisticio, se vió en la precision de acudir al mediador. Así es que, durante estas discusiones, Napoleon entabló una negociacion secreta, dirigiéndose en seguida á su suegro. El duque de Vicencio, solo, fue el encargado de este negocio por una carta confidencial, cuyo objeto era: *saber el modo con que el Austria entendia que podia hacerse la paz, é indagar al mismo tiempo, si, en el caso que el Emperador adhiriese á sus proposiciones, el Austria haria causa comun con la Francia, ó se mantendria neutral.* El 7, el Austria contestó, pidiendo *la disolucion del gran ducado de Varsovia, que se repartiria entre la Rusia, el Austria y la Prusia; el restablecimiento de las ciudades anseáticas en su independencia; el restablecimiento de la Prusia con una frontera sobre el Elba, y la cesion al Austria de todas las provincias Ilirias y de Trieste.* Hablaba tambien de la independencia de Holanda y de la España; pero esta cuestion debia tratarse cuando la paz general. Praga se halla á veinte y cinco leguas de Dresde. Esta nota llegó el 8 por la tarde á manos de Napoleon, que no pensaba

que el 10 fuese un término tan fatal para la paz del mundo, que no pudiese emplear el 9 en examinar las proposiciones del Austria. Contestó que admitia *la disolucion del gran ducado de Varsovia, pero Dantzick quedaria ciudad libre, y que se indemnizaria á su aliado el rey de Sajonia. Cedia al Austria las provincias Ilirias, y el puerto de Fiume, pero no el de Trieste; la confederacion habia de extenderse hasta el Oder, y el territorio dinamarques quedaba afianzado.* Los correos de Napoleon y de M. de Bubna debian llegar á Brandeitz en la noche del 10 al 11. De repente, llega á Dresde la noticia que el congreso se habia disuelto por una declaracion de M. de Metternich, comunicada el 11 por la mañana á los plenipotenciarios franceses. La existencia política actual de la Europa dependió acaso del correo de Napoleon que no entró en Praga hasta la noche del 10 al 11 de agosto de 1813.

El 15, M. de Narbona llegó á Dresde con la declaracion de guerra del Austria. Estaba hecha de antemano, y tambien de antemano se habian dispuesto en Praga los alojamientos de los tres soberanos aliados. Sin embargo,

en medio del triunfo de la traición extranjera, el duque de Vicencio continuaba en su misión acerca de M. de Metternich; quedaban todavía seis días de armisticio; el 11, M. de Metternich insistía para que la Francia abandonase enteramente la Iliria sin exceptuar á Trieste, y para restablecer la Prusia como lo querían unánimemente todas las potencias. El emperador Francisco se encargó de comunicar á Alejandro, á quien se aguardaba en Brandeitz, las proposiciones de la Francia. El 13, el emperador Napoleón cedió sobre todos los puntos que estaban en discusión y dió el encargo á M. de Bubna, que estaba todavía en Dresde, de ir á comunicarlo á su amo; al mismo tiempo autorizó al duque de Vicencio para que concluyese la paz con estas condiciones. El 14, M. de Metternich dió cuenta á su soberano del consentimiento del emperador Napoleón á las condiciones exigidas. El 15, no quiso explicarse con el duque de Vicencio, porque el emperador Alejandro no había llegado aun á Brandeitz. En fin, el 16, llegó este soberano, y, desde la primera entrevista, desechó las proposiciones de Napoleón, y *decidió al emperador Francisco á correr la suerte de*

*la guerra.* Napoleón recibió esta contestación y declaró al momento de montar á caballo, que iba á pelear para conquistar la paz. « Nada » impide, dijo, que sigan las negociaciones » al mismo tiempo que la guerra; decid á M. de » Metternich, que propongo abrir un congreso » desde hoy en una ciudad fronteriza que será » declarada neutral. » El duque de Basano escribió el 18 á M. de Metternich, que contestó *que la proposición de la Francia sería comunicada por los gabinetes de Rusia, Prusia y Austria á las demás cortes aliadas.* Se verá más adelante, que esta contestación era ya la frase diplomática convenida para siempre. La sangre de cuatrocientos mil hombres iba á ser derramada interin llegase el resultado de esta comunicación, lo que prueba que el armisticio reusado en primer lugar por la Rusia, y luego pedido por M. de Stadion, no tenía otro fin que el de dar tiempo al Austria para completar sus armamentos.

Tal fue el éxito de esa intriga diplomática, en que el odio el más evidente de una guerra implacable se ocultaba debajo de un amor sincero á la paz. Cuatro días antes que se cerrase el congreso, no se habían acordado aun las

formas de la negociacion. Todos, menos los Franceses, hablaban con una impaciencia feroz del término de este congreso que no podía dilatarse ni una sola hora; la civilizacion del siglo décimo nono lo queria así para la felicidad del mundo. Desde aquel tiempo, el mundo político está herido de muerte. Los reyes antiguos y los reyes nuevos han vuelto todos á recobrar su independenciam; pero los pueblos, que ni son antiguos ni son nuevos, los pueblos que son eternos, han vuelto tambien á recobrar el imperio de la razon.

## CAPITULO III.

PRELIMINARES DE LA CAMPAÑA. — NAPOLEON EN BOHEMIA. — VUELVE SOBRE BLUCHER. — BATALLA DE DRESDE. — BATALLAS DE KATZBACH, DE CULM, DE GROSBERREN, DE DENEWITZ. — TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA EN TOEPLITZ.

EL 10 de agosto, el armisticio habia sido denunciado; el mismo dia, el Austria, unida de principios á las potencias antes que los tratados hubiesen consagrado su union, veia ya á su ejército en línea con sus nuevos aliados que se habian adelantado en Bohemia durante el congreso, en número de ochenta mil hombres mandados por Barclay de Tolly. Moreau habia llegado á su cuartel general. Acudia á las banderas enemigas para contestar al llamamiento de Bernadotte todavia mas culpado, si fuera posible de establecer diferencias en el delito de tomar las armas contra su patria. Las hostilidades habian de empezar solamente el 16, seis dias despues de haberse denunciado el armisticio; pero desde

formas de la negociacion. Todos, menos los Franceses, hablaban con una impaciencia feroz del término de este congreso que no podía dilatarse ni una sola hora; la civilizacion del siglo décimo nono lo queria así para la felicidad del mundo. Desde aquel tiempo, el mundo político está herido de muerte. Los reyes antiguos y los reyes nuevos han vuelto todos á recobrar su independenciam; pero los pueblos, que ni son antiguos ni son nuevos, los pueblos que son eternos, han vuelto tambien á recobrar el imperio de la razon.

## CAPITULO III.

PRELIMINARES DE LA CAMPAÑA. — NAPOLEON EN BOHEMIA. — VUELVE SOBRE BLUCHER. — BATALLA DE DRESDE. — BATALLAS DE KATZBACH, DE CULM, DE GROSBERREN, DE DENEWITZ. — TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA EN TOEPLITZ.

EL 10 de agosto, el armisticio habia sido denunciado; el mismo dia, el Austria, unida de principios á las potencias antes que los tratados hubiesen consagrado su union, veia ya á su ejército en línea con sus nuevos aliados que se habian adelantado en Bohemia durante el congreso, en número de ochenta mil hombres mandados por Barclay de Tolly. Moreau habia llegado á su cuartel general. Acudia á las banderas enemigas para contestar al llamamiento de Bernadotte todavia mas culpado, si fuera posible de establecer diferencias en el delito de tomar las armas contra su patria. Las hostilidades habian de empezar solamente el 16, seis dias despues de haberse denunciado el armisticio; pero desde

el 14, el mariscal Blucher, conocido desde su retirada de Jena sobre Lubeck, por poco escrupuloso en materia de buena fe, hizo marchar sus tropas sobre el terreno neutral. Entró en Breslau y luego en Jauer. El mariscal Ney, que aguardaba con religiosidad el último día, se halló sorprendido por Blucher, y tuvo que retirarse; de manera que, por parte de los aliados, la campaña se abrió con una violacion de los derechos de la guerra. Los comisarios del armisticio, baron de Kru-semarck y conde de Schouwaloff, manifestaron altamente su indignacion.

Los enemigos tenían quinientos mil hombres, y Napoleon solo doscientos mil, pero contaba con su ingenio y sobre las posiciones que habia tomado. Salió de Dresde el 15 de agosto; el mismo dia, su guardia marchó sobre Bautzen, donde el rey de Nápoles llegó el 16. El 18, el Emperador encontró en Gortlitz al duque de Vicencio, á quien M. de Metternich habia renovado el *ultimatum* de la guerra en nombre de Francisco y de Alejandro. El plan de Napoleon era amenazar las comunicaciones entre el ejército ruso-prusiano y el de Schwartzemberg. El 14, Napo-

leon llegó á Zittau donde encontró al cuerpo de Poniatowski, y entró con él en Gabel. Desde luego, conoció que solo tenia enfrente una division de caballería ligera austriaca mandada por el negociador Bubna, y que el grueso de las fuerzas aliadas estaba reunido sobre la orilla izquierda del Elba. Con todo, haciéndose cargo de la lentitud austriaca, discurreió que le quedaba tiempo para volver á Dresde antes que el enemigo, y de correr á la Silesia para echar á los cien mil hombres de Blucher de las posiciones que Ney habia tenido que abandonar. Llegó el 21 á Lo-wemberg, y mandó echar inmediatamente unos puentes sobre el Bober, en presencia del enemigo á quien arrolló sobre todos los puntos. Blucher pronto conoció, al modo con que se le atacaba, que tenia encima á Napoleon y no quiso disputar el terreno; pero una retirada precipitada podia comprometer su izquierda; en consecuencia, se concentró detrás del pequeño rio de Haynan; pero el ejército frances, continuando con vigor en su marcha, tuvo que refugiarse detrás del Katzbach. Al acabarse esta jornada, tuvo lugar la primera defeccion en nuestras filas;

un regimiento entero de húsares de Westfalia pasó al enemigo, á pesar de nuestros progresos. En fin, el 23 de agosto, Napoleon dejó de perseguir á Blucher, que, despues de haber sido batido otra vez en Goldberg, se retiró apresuradamente sobre Jauer donde reunió su ejército el 24.

Napoleon habia calculado con acierto. Habia tenido tiempo para vencer y rechazar á Blucher, y pudo llegar á Dresde antes que Schwartzemberg. Es regular que dejase con sentimiento á sus tenientes este valiente ejército de Silesia, victorioso durante tres dias bajo sus órdenes. Desde el 22, la guardia iba retrocediendo sobre Girlitz. El 23, dió al mariscal Ney, remplazado por Macdonald en el mando del ejército de Silesia, la orden de seguirle con su cuerpo; pero la orden fue mal interpretada, y Ney, solo, se reunió al Emperador; este error grave no podia remediarse; Napoleon se dirigia corriendo sobre Dresde; los aliados habian pasado ya los montes del Elzgebirge, y el 24, el mariscal San Cyr, despues de un ligero cañoneo, evacuó con prudencia el campamento de Pirna, y se retiró á Dresde, donde se habian tomado dispo-

siciones para evitar una sorpresa. El príncipe de Schwartzemberg, con doscientos mil hombres, se presentó delante de Dresde; pero aguardó hasta el 26 para atacar, y para que llegase el cuerpo de Klenau. Moreau que conocia el valor del tiempo y que sobre todo queria aprovechar la ausencia de Napoleon, queria que se atacase sin perder un minuto; es regular que la plaza hubiera sido tomada. Napoleon sabia que el 9 de julio, en las conferencias de Trachemberg, los Austriacos, los Rusos y los Prusianos se habian dado reciprocamente una cita *en Dresde en el campamento enemigo*. En consecuencia, formó su plan, como lo comprueban las instrucciones dadas á Berthier el dia de la salida de Dresde. Napoleon habia concebido dos proyectos por dos hipótesis diferentes; por la primera marchaba desde Gabel sobre Praga é invadia la Bohemia; por la segunda pasaba el Elba en Koenigstein ó en Lilienstein. El movimiento que acababa de hacer hácia la Bohemia tenia por objeto hacer esperar á los aliados que podian adelantársele en Dresde, y atraerlos de este modo al campo de batalla que él mismo habia elegido; pero era menester, para la eje-

cucion de este hermoso plan, que Dresde pudiese resistir hasta el 28, y los avisos que Napoleón recibió, le obligaron á mudar su plan de operaciones. Se contentó con enviar al general Vandamme para hacer levantar el bloqueo de Pirna, y apoderarse de los desfiladeros de Peterswalde fronterizos de Bohemia. En seguida, aprovechándose todavía de la lentitud austriaca, entró en Dresde el 26 á las diez de la mañana, despues de haber reunido todos los cuerpos de ejército que estaban andando. Ya era tiempo; en efecto, á las cuatro de la tarde, el príncipe de Schwartzemberg mandó dar el asalto á las obras por el ejército aliado formado en seis columnas precedidas cada una por cincuenta piezas de cañon. En pocos minutos se armó un fuego de artillería terrible; nuestra batería del reducto de la puerta de Freyberg fue desmontada por el enemigo que se apoderó ademas del reducto del centro. Nuestras tropas que ocupaban el centro tuvieron que replegarse sobre los arribales; los aliados desembocaron entre Striesen y el Elba hasta el pie de las empalizadas; los obuses y las balas alcanzaban las calles de la ciudad. Entonces Napoleón tomó la ofen-

siva. Su centro hallándose cubierto por los atrincheramientos de Dresde, mandó atacar los dos flancos del enemigo por todas sus tropas; la jóven guardia tuvo el honor del primer ataque; el mariscal Ney desembocó por la puerta de Plauen sobre la izquierda de los aliados y el mariscal Mortier por la puerta de Pirna sobre su derecha. El rey de Nápoles con la caballería de la guardia y la de Latour-Maubourg rechazó al enemigo sobre el camino de Welsdruf. Schwartzemberg, que contaba con una victoria segura, se vió derrotado por todas partes con una pérdida inmensa, y los Franceses volvieron á tomar sus posiciones. De una y de otra parte se pasó la noche tomando disposiciones para la gran batalla del dia siguiente. Al amanecer, Napoleón, confiando en sus altas disposiciones, presentó la batalla y Schwartzemberg la aceptó, contando con la superioridad de sus fuerzas. La ausencia del cuerpo de Klenau formaba un vacío en la línea enemiga y dejaba sin apoyo el ala izquierda. Napoleón no se descuidó en aprovecharse de esta circunstancia; los dos ejércitos se hallaban en presencia. A las siete el cañonéo empezó en ambos ejércitos. El ala derecha de

los Franceses hizo progresos rápidos y separó el centro de los aliados de su izquierda. Napoleón mandó redoblar el fuego de la artillería en el centro para llamar la atención del enemigo é impedir que socorriese á su izquierda; en efecto los aliados retrocedieron por todas partes, evacuando sus posiciones, aunque el cuerpo de Klenau llegase por fin; pero era demasiado tarde. Las dos mejores comunicaciones del enemigo con la Bohemia estaban ocupadas, la de Pirna por Vandamme, y la de Freyberg por el rey de Nápoles. Al anochecer, Schwartzemberg se retiró sobre Tœplitz formando su ejército en tres columnas, habiendo perdido treinta mil muertos y doce mil prisioneros: entre las víctimas de esta jornada se halló el célebre Moreau. El primer cañonazo, disparado en Dresde por orden del Emperador, cortó las dos piernas de ese general que murió cuatro dias despues. La justicia requiere que no se olvide la gloria legítima de Moreau, al recordar la falta que obscureció el lustre de su vida; en cuanto á Napoleón se puede decir que fue en aquel momento el ministro de la venganza nacional contra el ilustre delincuente, cuyos consejos, si

hubiesen sido oídos por los aliados, nos hubieran hecho perder á Dresde, y quedar vencidos bajo las murallas de esta capital.

Despues de esta gran batalla, en que el primer dia con sesenta mil hombres y el segundo con ochenta mil, Napoleón venció á los doscientos mil de Schwartzemberg, envió al duque de Ragusa, al rey de Nápoles y al mariscal San Cyr en persecucion del ejército aliado. El mismo se disponia á salir para Pirna y á llevar sus águilas triunfantes en Bohemia; pero las noticias de Silesia le detuvieron; eran tales que, al momento de ir á concluir la victoria de Dresde en Tœplitz, hácia donde se dirigia Schwartzemberg, su presencia hacia mas falta sobre las orillas del Bober que sobre las del Elba.

En efecto, mientras que el Emperador rechazaba á Schwartzemberg delante de Dresde, Maconald marchaba en Silesia con sesenta mil hombres contra cien mil infantes y veinte y cinco mil caballos. Sus instrucciones le mandaban limitarse rigorosamente á detener á Blucher. Hacia un tiempo horroroso que habia destruido los caminos; todos los rios estaban fuera de madre y las armas tan mojadas

que apenas podían servir. Con todo, el 26 de agosto, y, á pesar de las representaciones de sus generales, mandó atacar á Blucher, que por su parte, viéndose desembarazado de Napoleón, de la guardia imperial y de otros cuatro cuerpos de ejército, volvió á tomar la ofensiva con mas razón que Macdonald, y se disponía á pasar el Katzbach. Los dos ejércitos toparon uno con otro, sin haberlo advertido, en medio de una nube espesa que encubría su marcha respectiva. Lauriston atacó á Langeron. Entonces Blucher se detuvo y formó sus tropas; por nuestro lado, el undécimo cuerpo se desenvolvió entre Wemberg y Klementz; Macdonald esperaba que Souham, que debía desembocar por el camino de Liegnitz á Jauer entraria en línea y apoyaría á su izquierda; pero este general discurrió que llegaría mas pronto siguiendo por Kroetsch la dirección dada á la caballería. Estos dos cuerpos se cruzaron en el desfiladero largo y estrecho de este pueblo, lo que causó un embarazo terrible, cuyo resultado fue que la izquierda de Macdonald, entregada á sus solas fuerzas, fue envuelta por la caballería enemiga que acosó á los Franceses en el desfiladero donde los Pru-

sianos se apoderaron de la artillería y de los bagages del undécimo cuerpo. Macdonald, encerrado entre dos rios por Sacken y el general Yorck, se obstinó en sostener un combate desigual; con todo pudo retirarse sobre Bauntzlau; pero Lauriston, que habia tenido que sostenerse todo el dia contra los cincuenta mil hombres de Langeron, perdió diez y ocho cañones antes de volver á Goldberg; por otra parte la division del general Puthod, abandonada sola en las montañas despues de nuestro desastre del Katzbach, tuvo que ceder á la superioridad del número, á pesar de su resistencia heroica, y las aguas del Bober sepultaron á todos los que no lograron salvarse nadando. La audacia de Macdonald costó á la Francia cien piezas de cañon y veinte y cinco mil hombres incluidos quince mil prisioneros. Se le reprochó con razón que su encargo siendo unicamente aislar á Blucher de la Bohemia y acosarle, si podia ser, sobre el Oder, hubiera debido atacar á la derecha y no á la izquierda del enemigo. Desde el momento en que se vió comprometido hubiera debido replegarse y cubrir su frente con los rios en vez de dejarlos á sus espaldas. El Katzbach dió su nombre á

la batalla y valió á Blucher el título de príncipe; pero, aunque en estos tres dias este general tuviese fuerzas triples, su pérdida fue sobre poco mas ó menos, igual á la de los Franceses.

Hemos dicho que el Emperador habia dado el encargo á Vandamme de volver á tomar á Pirna y de apoderarse de la posicion de Peterswalde. El 25 de agosto, dia del ataque de Dresde, este general ocupó á Koenigstein; al siguiente dia de la batalla, se apoderó de Pirna y rechazó al general Ostermann. Vandamme, discurriendo que el mariscal Gouvion San Cyr, que habia venido á reemplazarle en Pirna, podria sostenerle, se dirigió hácia las alturas de Peterswalde, y, dejándose llevar de un valor inconsiderado y sin cuidar de asegurar sus comunicaciones, llegó hasta la pequeña ciudad de Culm mas acá de Tœplitz. Pero Ostermann conocia toda la importancia del único punto por donde podia efectuarse la retirada de Schwartzemberg y se detuvo á media legua de esta ciudad, resuelto á impedir á toda costa que se acercase el general Vandamme. Este, haciéndose cargo de cuanto interesaba ocupar á Tœplitz, donde los aliados tenian reunida una

cantidad inmensa de provisiones y de municiones, atacó violentamente á Ostermann que le recibió con una rara intrepidez. Por la tarde, una fuerte columna prusiana, desviada de su camino por el ejército victorioso que la perseguia, desembocó sobre el campo de batalla y obligó á Vandamme á retirarse sobre Karwitz y Culm. Hubiera debido entonces replegarse delante de unas fuerzas tan superiores, y volver á tomar posicion en Hallendorf, desde donde hubiera podido enviar á la descubierta de los movimientos del Emperador, cuya direccion habia variado con motivo de unos ataques violentos de vómito que le acometieron en Pirna y le obligaron á volver á Dresde. Pero el 30 por la mañana, Vandamme, á pesar del peligro que le amenazaba, se obstinó en quedarse delante de Culm con sus diez y ocho mil hombres, aunque hubiese visto á Barclay de Tolly ponerse en movimiento con setenta mil combatientes incluidos diez mil hombres de caballería; el resultado de semejante temeridad no podia ser dudoso. El valor de los Franceses debia estrellarse delante de esta masa de enemigos, y pronto la retirada de Vandamme se mudó en derrota completa. Sus

soldados se precipitaron en desorden hácia los desfiladeros de Tœplitz abandonando su artillería. Pero nuevos desastres nos aguardaban. A las dos, las primeras tropas del cuerpo del general prusiano Kleist empezaron á llegar á Tœplitz por el camino de Peterswalde sobre la izquierda que habian tomado con el fin de escapar al mariscal San Cyr que las perseguia. Este encuentro imprevisto colocó de repente á los soldados de Vandamme entre el enemigo que los perseguia, y otro enemigo que cerraba el camino; pero estos valientes no se desanimaron, y formándose en columna cerrada treparon por los montes, guiados por el general Corbineau, y acometieron audazmente á la columna, mandada por Kleist. Los Prusianos no pudieron resistir á un valor tan desesperado; fueron arrollados y toda su artillería cayó entre las manos de los Franceses. Su heroismo fue inútil; habiendo sido alcanzados por las tropas de Barclay y de Ostermann, se vieron en la precision de abandonar la artillería conquistada huyendo. Sin embargo, á dos leguas del campo de batalla, Corbineau, Dumonceau y Philippon, juntaron los restos gloriosos del cuerpo de Vandamme, contuvieron

al enemigo y llegaron á Liebenau donde hallaron al mariscal San Cyr. La fatal jornada de Culm detuvo la marcha del grande ejército de Napoleon, salvó al de Schwartzemberg, y volvió á los enemigos una actitud ofensiva que no solian tener ó que les habia costado muy caro, cuando habian querido tomarla delante de nosotros. Estos fueron los auspicios, infaustos para la Francia, bajo los cuales los tres soberanos se juntaron el 2 de septiembre en Tœplitz donde el ministro ingles lord Aberdeen recibió sus juramentos. El 9 se firmó en su presencia el tratado que proclamó la accesion solemne del Austria á la liga del Norte y que descubrió al mismo tiempo los misterios de Reichembach y de Trachemberg. Este tratado restablecia el Austria y la Prusia, la una en el *statu quo* de 1803 y la otra en el de 1805. La historia debe notar que el Austria, estipulando esta disposicion desde el mes de julio en las conferencias de Trachemberg, y siendo mediadora del congreso que iba á abrirse, habia admitido y dado ella misma la cita en el campamento *del enemigo comun*. ¿Qué nombre se ha de dar á las protestaciones hechas por Francisco II á su yerno cuya ruina estaba

preparando con unapremeditacion tan odiosa y sin ningun respeto de cuanto hay sagrado sobre la tierra?

En todas partes la fortuna se manifestaba contraria. El duque de Reggio habia salido de Bareuth el 18, conforme á las órdenes del Emperador, con la mision de apoderarse de Berlin por medio de una maniobra que el príncipe de Ekmühl estaba encargado de sostener por otro lado; pero el primero de estos mariscales no se movió hasta el 21 en que dejó el camino de Torgau á Berlin, y se dirigió hácia Wittemberg. El 22, el duque de Reggio, hallándose en presencia de Bernadotte, atacó á su ejército que constaba de cien mil hombres y se apoderó de los desfiladeros de Wettstock y de Juterbogt. El dia siguiente, el mariscal dió á sus tropas una direccion tan poco acertada, que se hallaba inferior á su contrario sobre todos los puntos, en vez de dirigir la mayor parte de sus fuerzas sobre el ala izquierda del príncipe real, lo que le hubiera proporcionado la ocasion de batir á los Prusianos que la componian, y detener al centro y á la derecha del enémigo, valiéndose del séptimo cuerpo mandado por el general Rey-

nier. De este modo solamente podia llegar á Berlin. Pero, en vez de seguir la marcha tan positivamente indicada por Napoleon y combinada con la del príncipe de Ekmühl, dirigió el séptimo cuerpo sobre Gross-Beeren, el duodécimo sobre Ahrensdorf, y el cuarto sobre Blackenfeld. El príncipe real habia dirigido todos sus esfuerzos sobre el centro en Gross-Beeren, juzgando que el feliz éxito de su ataque tendria por resultado la derrota de nuestras dos alas. Los acontecimientos justificaron su prevision. El general Reynier, acometido con ímpetu, se sostuvo mucho tiempo con vigor, pero al fin se vió obligado á ceder al número y se retiró sobre Gottow. Despues de la derrota del séptimo cuerpo, las dos alas se replegaron sobre Trebbin. Trece cañones y mil quinientos prisioneros, casi todos Sajones que pasaron á las filas prusianas, fueron los troféos del príncipe real. Así se desvaneció el hermoso plan de Napoleon, combinado durante dos meses con el mayor cuidado.

Al volver de Pirna á Dresde, el Emperador recibió la noticia del mal suceso del duque de Reggio. Las pérdidas de Gross-Beeren podian repararse, tanto mas cuanto atendida la po-

sicion, donde se hallaba el príncipe de Ekmühl, era fácil volver á emprender el plan de la ocupacion de Berlin. Napoleon dió al mariscal Ney el mando del ejército del mariscal Oudinot, dándole por instrucciones de empezar sus maniobras por un movimiento de flanco que volvía á poner el ejército sobre el camino de Berlin. El 5 de septiembre, Ney dió principio á sus operaciones, echando á los Prusianos de sus posiciones, y al dia siguiente se puso en marcha. Su intento no era empeñar una batalla aquel dia; queria solamente envolver el ala izquierda del ejército combinado mas allá de Jutterbogt, y dirigirse con rapidez sobre Berlin pasando por Bareuth. El general Bertrand topó en la aldea de Dennywitz con el cuerpo prusiano de Tauenzien, y rechazó á su ala izquierda. Bulow habiendo llegado en aquel momento, se armó un combate sangriento que duraba hacia cuatro horas, cuando la llegada del séptimo cuerpo detuvo al enemigo; pero una falsa carga de caballería habiendo descubierto nuestra infantería, el mariscal, rechazado de dos aldeas que ocupaba, llamó al duodécimo cuerpo. Por ambas partes se peleaba con el mayor va-

lor, y el mariscal iba á triunfar de todos los obstáculos, cuando Bernadotte vino á decidir la accion á su favor con setenta batallones, catorce mil caballos y ciento cincuenta cañones. En tan crítica situacion, el mariscal procuró retirarse sobre Rohrbuk donde pensaba tomar posicion, defenderse hasta la noche y marchar sobre Torgau. Pero el ejército frances desgraciado estaba herido de muerte; la traicion acababa lo que la superioridad de fuerzas no habia podido hacer. El séptimo cuerpo perdió dos divisiones sajonas que pasaron al enemigo, lo que rompió la línea, y presentó un vacío donde los enemigos se metieron, á pesar de los esfuerzos del duque de Padua. En vano, Ney, con una intrepidez que no se ha desmentido nunca, quiso salvar el honor de sus tropas á la cabeza de la division del general Morand; dos divisiones de caballería abandonaron el campo de batalla; y la derrota fue completa. El ejército se retiró desordenadamente por dos diferentes direcciones; Oudinot, con el séptimo cuerpo, por el camino de Schweidnitz, y Ney con el cuarto por Dahme. El 8 de septiembre, el ejército del mariscal volvió á pasar el Elba y se reunió al

abrigo de las murallas de Torgau. Ney estableció su cuartel general en Tulemberg, y el príncipe real en Juterbogt.

Entretanto, Napoleon habia salido de Dresde el 3 de septiembre, con su guardia, el cuerpo de Marmont y la caballería de Latour-Maubourg, para detener á Macdonald en su retirada y volver á tomar la ofensiva contra Blucher. Pero éste, al primer encuentro que tuvo cerca de Bautzen, conoció luego que el ejército de Macdonald habia recibido refuerzos. Siguiendo siempre el plan que se habia propuesto, no quiso comprometerse, y se dirigió sobre Gorlitz y Lobau. El 6, Napoleon hizo un movimiento sobre Reichembach, y Blucher tomó posición detrás del Ness y del Queiss. Napoleon, conociendo que este general tenia por objeto alejarle de Dresde con el fin de facilitar las operaciones del ejército grande de Bohemia, volvió apresuradamente á Dresde, con el sentimiento de no haber podido alcanzar á Blucher, y encomendando encarecidamente á Macdonald que imitase la conducta de los Prusianos, sin arriesgar nada. Ya era tiempo que el Emperador volviese á Dresde. El 5 de septiembre, Wittgenstein habia ocu-

pado á Peterswalde, evacuado por San Cyr y el 7 llegó á Pirna; pero habiéndose adelantado, tuvo que retroceder de resultas de un movimiento de Napoleon sobre Liebstadt, que nos valió las posiciones de Geyersberg, de Hollendorf, de Altemberg y de Borna. El 11, el Emperador habia vuelto á Dresde; el 14, el príncipe de Schwartzemberg echó de Hollendorf á los Franceses que volvieron á entrar en aquel pueblo el 16. El 17, Napoleon mandó atacar en Culm, y se apoderó de las aldeas que habian sido el teatro de la derrota de Vandamme. El enemigo logró apoderarse de nuevo de aquellos puntos, y ocupó otra vez á Peterswalde en Silesia. Blucher, luego conoció que Napoleon estaba en el ejército de Macdonald y volvió á seguir adelante. Por su lado, el mariscal frances, obedeciendo con demasiada puntualidad las últimas órdenes de Napoleon, retrocedió sin disparar un tiro hasta Bischowerda, y facilitó la reunión de los tres ejércitos aliados, que hubiera podido estorbar con una honrosa y sabia resistencia. Bubna alcanzaba por su derecha al príncipe real, y por su izquierda á Blucher. Pero mientras que este general maniobraba contra Macdonald,

el rey de Nápoles atacó á Tauenzien y se apoderó de Mühlberg que volvió á caer en manos del enemigo el dia siguiente. El 21, Napoleon quiso una tercera vez empeñar una batalla con Blucher; el 22, echó á su vanguardia de Hastau; el 23, la persiguió hasta Godau, pero halló á Blucher en una posicion tan ventajosa que no le pareció prudente atacarle, y mandó á Macdonald que retrocediese; pero Blucher seguia el movimiento retrógrado. Bernadotte mas prudente conservaba siempre su cuartel general de Juterbogt, contentándose con asegurarse de dos puntos fortificados para el paso del Elba. Luego adelantó su vanguardia hasta Dessau ó hizo cercar á Wittemberg por Bulow que abrió la trinchera el 21 y empezó á bombardear el 25; la ciudad estaba ya ardiendo, pero el mariscal Ney volvió á tomar la ofensiva el 26, y, despues de haber echado á los Suecos de Dessau, puso su cuartel general en Oranienbaum. Esta jornada del 26 fue señalada por un acontecimiento muy importante. Los cincuenta mil hombres que venian á marchas forzadas de Polonia bajo el mando de Beningsen pasaron inmediatamente el Elba en Lietmeritz. Desde luego los aliados se pre-

pararon á dar los últimos golpes á Napoleon.

El Emperador, rodeado por todas partes, se obstinaba en conservar á Dresde como una inmensa armería, y como una fortaleza desde donde podia, con su invicta guardia, acudir al socorro de sus ejércitos; pero los aliados tenian resuelto forzarle en esta posicion ó echarle de él. En consecuencia, Schwartzemberg y Beningsen combinaron sus movimientos para maniobrar sobre nuestro flanco derecho, y Blucher y Bernadotte para hacer lo mismo sobre la izquierda. Napoleon, para resistir á tamaños esfuerzos, llamó á los veinte mil hombres organizados por Augereau en Wurtzbourg, y desde entonces la Baviera quedó abandonada, lo que nos privaba del auxilio de esta potencia. Los aliados apresuraban su marcha. El 4 de octubre, todo el ejército de Blucher pasó el Elba, excepto el cuerpo del general Thumen, que continuaba el sitio de Wittemberg. Por su lado, el príncipe real de Suecia pasaba el mismo rio en Rosslau y Acken. El mariscal Ney tuvo que evacuar á Dessau y retirarse sobre Delitsh donde se juntó el 5 con el general Bertrand. El 6, Bernadotte entró en Dessau, y Blucher en Duben. El mo-

vimiento era general. El 5, Schwartzemberg se habia trasladado á Marienberg y Beningsen á Tœplitz.

Antes de salir de Dresde, Napoleon formó el plan de sorprender á Blucher y de estorbar su reunion con Bernadotte. El 7, á las 6 de la mañana, salió de la capital de Sajonia donde dejó desgraciadamente á dos de sus mejores generales, el mariscal San-Cyr y el conde de Lobau, con treinta mil hombres á quienes ya no debia ver mas. El 9, Napoleon se puso en marcha á la cabeza de ciento veinte y cinco mil hombres sobre Daben donde estaba Blucher; pero éste se escapó por una manobra atrevida; pasó el Mulda y se juntó en Zœrbeg con el príncipe real de Suecia; pero uno y otro se replegaron sobre el Saale, no atreviéndose á empeñar una accion con Napoleon hasta haberse reunido con el grande ejército de Bohemia. El 11, Napoleon continuó su movimiento. El general Reynier hizo levantar el bloquéo de Wittemberg, y el mariscal Ney se apoderó de Dessau. Tauenzien y Thumen fueron rechazados con bastante pérdida al otro lado del Elba; derribaron el puente de Rosslau, y se retiraron por Zerbst

sobre Potsdam y Berlin cuyas avenidas defendia Bernadotte. Napoleon aguardaba en Duben para ver el partido que tomarian los aliados. El 14 de octubre recibió en esta ciudad la noticia de la declaracion de guerra de la Baviera cuyo ejército se pasó á los aliados contra la voluntad de su soberano. El rey de Württemberg iba tambien á ceder, á pesar suyo, á una ley tan cruel para un príncipe generoso y fiel aliado. El gran duque de Baden tuvo que seguir por fuerza el ejemplo de sus vecinos. Pero lo mas funesto, ó por mejor decir irremediable, fue que la defeccion del ejército bávaro y su union con el cuerpo de Reuss, descubrió la frontera francesa desde Huninga hasta Maguncia. No quedaba otro recurso, por no perder toda comunicacion con la Francia, que ir con rapidez á Leipsick donde los ejércitos combinados podian llegar antes que nosotros. Por otra parte, el grande ejército austriaco habia salido ya de Bohemia, y, el 13, el rey de Nápoles atacado con vigor en Wachau, y tomando consejo de su valor imprudente, pagó con una derrota una primera victoria inútil. Napoleon, en llegando al anochecer á Leipsick, atisbó á lo lejos los

fuegos del combate desigual que sostenía su cuñado. Los aliados iban adelantando siempre; se hallaban con trescientos cuarenta y nueve mil hombres en presencia de Napoleon que solo tenía ciento cincuenta y cinco mil, y no podía oponer mas de veinte y dos mil hombres de caballería á un número mas que doble de esta tropa tan importante en una llanura inmensa. Con estas fuerzas, Napoleon iba á disputar todavía el imperio del mundo y balancear la fortuna.

## CAPITULO IV.

BATALLA DE WACHAU, DE LEIPSICK Y DE HANAU.—

EL EJÉRCITO VUELVE A MAGUNCIA.

Todo el dia 15 de octubre lo ocuparon ambos ejércitos en los preparativos para la acción del dia siguiente, la cual era inevitable, puesto que las centinelas avanzadas de caballería se hallaban solo á un tiro de fusil. Ni Napoleon ni Schwartzemberg variaron nada sus disposiciones de la víspera; ambos tenían el mismo deseo de venirse á las manos, á pesar que á los Franceses les faltaba el séptimo cuerpo de ejército, que se dirigia desde Eilemburg á Taucha; y á los aliados, las divisiones de Beningsen y de Colloredo, que aun no habían llegado al campo de batalla. A las nueve en punto del 16, dada la señal de tres cañonazos tirados á intervalos, tres columnas numerosas de los ejércitos de Wittgenstein y de Kleist, cubiertas por doscientas piezas de artillería, empezaron á desfilar; un cañoneo

fuegos del combate desigual que sostenía su cuñado. Los aliados iban adelantando siempre; se hallaban con trescientos cuarenta y nueve mil hombres en presencia de Napoleon que solo tenía ciento cincuenta y cinco mil, y no podía oponer mas de veinte y dos mil hombres de caballería á un número mas que doble de esta tropa tan importante en una llanura inmensa. Con estas fuerzas, Napoleon iba á disputar todavía el imperio del mundo y balancear la fortuna.

## CAPITULO IV.

BATALLA DE WACHAU, DE LEIPSICK Y DE HANAU.—

EL EJÉRCITO VUELVE A MAGUNCIA.

Todo el dia 15 de octubre lo ocuparon ambos ejércitos en los preparativos para la acción del dia siguiente, la cual era inevitable, puesto que las centinelas avanzadas de caballería se hallaban solo á un tiro de fusil. Ni Napoleon ni Schwartzemberg variaron nada sus disposiciones de la víspera; ambos tenían el mismo deseo de venirse á las manos, á pesar que á los Franceses les faltaba el séptimo cuerpo de ejército, que se dirigia desde Eilemburg á Taucha; y á los aliados, las divisiones de Beningsen y de Colloredo, que aun no habían llegado al campo de batalla. A las nueve en punto del 16, dada la señal de tres cañonazos tirados á intervalos, tres columnas numerosas de los ejércitos de Wittgenstein y de Kleist, cubiertas por doscientas piezas de artillería, empezaron á desfilar; un cañoneo

espantoso anunció en las dos líneas que la batalla de Wachau principiaba. Todos los conatos de los aliados se dirigian sobre Wachau y Lieberwelkwitz. Estos dos lugares defendidos por Belluno, Lauriston y por la caballería de Latour-Maubourg, de Sebastiani y de Milhaud, fueron atacados seis veces, y otras tantas resistieron con denuedo. A las onze, ya Macdonald se habia apoderado de una batería; á las doce del dia, el segundo cuerpo rechazó el sexto ataque. Entonces Napoleon, juzgando que habia llegado el momento favorable de forzar el centro enemigo por medio de un movimiento decisivo para la jornada, mandó avanzar su reserva en línea. Oudinot, Mortier y Victor, combinaron sus maniobras y rivalizaron en valor y suceso. En tanto, Drouot protegía con sesenta bocas de fuego de la guardia la marcha de Victor. El príncipe de Wurtemberg no pudo resistir, y sus tropas se dispersaron y fueron vivamente perseguidas. Ya el centro enemigo estaba á punto de ser roto, cuando la llegada de los granaderos de Rajeswki opuso á la impetuosidad francesa una barrera impenetrable, y dió tiempo al príncipe de Wurtemberg

que se rehiciese detrás de sus filas. En ambas alas el combate era igualmente sangriento; Macdonald y Lauriston rechazan á Klenau: Schwartzemberg envía tambien su reserva para que apoye su centro. Pero Napoleon, á quien empieza á cansar un cañoneo mortífero sin ningun resultado, da orden á la caballería que acometa en grandes masas, á fin de determinar y fijar el triunfo. Kellermann habia desfilado por la derecha de Wachau con los Polacos y los dragones de la guardia; el rey de Nápoles acomete por la izquierda con la caballería de Latour-Maubourg; el duque de Belluno vuelve á la carga sobre los granaderos de Rajewski y las columnas del príncipe de Wurtemberg. Kellermann, despues de haber arrollado á los coraceros rusos, se vió precisado á volver sobre las alturas de Wachau, acosado por la reserva austriaca de Nostitz. Por su parte, el rey de Nápoles dispersó la caballería que cubria á Gossa, arrolló los granaderos rusos, desbarató el cuerpo del príncipe de Wurtemberg, y se apoderó de una batería de veinte y seis piezas; pero en el momento de completar la victoria, privado de los generales Maison y Latour-Maubourg, que

habian caido heridos, y sorprendido impre- vista y repentinamente en el desórden que sigue á una carga á fondo por los cosacos de la guardia rusa, retrocede en su turno, y vuelve á perder veinte y cuatro piezas de ar- tillería, de las veinte y seis de que antes se habia apoderado con tanto denuedo. Mientras tanto, consiguió Toubeskoï rehacer los gra- naderos de Rajewski; las reservas de la caba- llería austriaca entran en línea, su aparicion en el campo de batalla hace que retrograden las columnas de ataque del segundo cuerpo, á su primera posicion. Entonces Napoleon pone en movimiento los cuerpos de caballería se- gundo y quinto, sostenidos por una artillería formidable, los cuales arrollan la division de Korzakof, y se apoderan del lugar cen- tral de Gossa; pero otra division prusiana mandada por Pirsén los detiene y vuelve á en- trar en el lugar, hallándose apoyada por dos regimientos de la guardia rusa y por ochenta piezas de artillería. Este fue el úl- timo ataque que dirigió Napoleon en la jor- nada de Wachau contra el centro de los ene- migos. En la derecha, el príncipe Poniatowski acababa de merecer el baston de mariscal,

defendiendo con buen éxito el paso de Pleiss contra los Austriacos, á pesar de la superio- ridad de su número y el furor de sus esfuer- zos; no obstante que al anochece consiguió el general Meerweldt atravesarlo á nado, cerca de Dolitz. De manera, que nuestra dere- cha se hallaba forzada, y la gran combina- cion de Schwartzemberg para penetrar la lí- nea que cubria nuestro campo y nuestros par- ques, y tomar todas nuestras posiciones por la espalda, iba á efectuarse, cuando el Empera- dor, á quien se suponía ocupado enteramente del movimiento sobre Gossa, acudió con cuan- tas tropas disponibles pudo reunir; tomando de nuevo á Dolitz, rechazando sobre el rio el cuerpo del general Meerweldt, y hacién- dolo prisionero á él mismo. De tal suerte, que Napoleon consiguió la victoria en el pa- rage mismo donde el feld-mariscal austriaco contaba con que los Franceses encontrarían una derrota completa.

En la orilla izquierda del Elster, el general Bertrand, encargado de la defensa de Linde- nau, fue acometido vivamente por el general Giulay, viéndose precisado á retirarse detras de la Lupa, despues de haber combatido por

espacio de siete horas. Si el general austriaco hubiera hecho saltar el puente de Lindenau, que ocupaba desde que efectuamos la retirada, todo estaba perdido; pero Giulay no tuvo esta prudencia, y habiendo vuelto Bertrand á tomar la ofensiva con denuedo, consiguió rechazar al enemigo á sus posiciones, y abrir la comunicacion con el camino real de Erfurth, que es el de Francia. En el norte de Leipsick nuestras armas, aunque quizá consiguieron tanta gloria, sin embargo no fueron tan venturosas. El príncipe de la Moskowa, privado de las dos divisiones que dirigió por el lado de Wachau, á las órdenes de Souham, y que no pudieron reunirse cuando volvió á llamarlas; separado igualmente del cuerpo de Reynier; esperando en vano, y estando todavía muy atrás la division de Delmas, tuvo que sostener con el duque de Ragusa los esfuerzos de los tres ejércitos reunidos de Blucher. Durante toda la jornada desplegó Ney tanto vigor y entereza que cansó la constancia del enemigo, contra quien combatiamos en la proporcion de uno contra cuatro. Pero por último, tuvimos el sentimiento de perder la posicion de Meckern,

dos mil hombres y doce piezas de artillería. Verdad es que esta accion costó diez mil hombres á Blucher. Sin embargo, á pesar de este resultado, y en la imposibilidad en que estabamos de recibir refuerzos importantes, nuestra pérdida como era irreparable, era mucho mayor que la suya. A las seis, hizo pasar el mariscal Ney el Pastha por Schoenfeld al sexto cuerpo y á la division Delmas. El duque de Padua y el general Dombrowski se replegaron sobre el arrabal de Halle, en Plafendorf.

Como la noche se acercaba, no era ya tiempo de pensar en combatir de nuevo; y, despues de una accion tan larga y tan terrible, en la que en un solo dia hubo tres batallas, todos se retiraron, remplazando los fuegos de los campamentos la claridad mortífera de la artillería. El ejército frances tenia su derecha en Markléeberg, todo su centro en Wachau, y su izquierda en el reducto sueco. Las tiendas de campaña de Napoleon se colocaron delante de Probstheyda, cerca del camino de Rochlitz; allí le fue presentado el general Meerweldt, al cual mandó se le devolviese su espada; y despues de una larga conferencia

que tuvo con él, ordenó le condujesen á las avanzadas de los aliados. El antiguo negociador de Campo-Formio por el Austria, con el vencedor de Italia, cuya estrella brillante llenaba el horizonte, lo fue igualmente del emperador Napoleon, cuando su fortuna iba declinando, pues que fue enviado por él para llevar al emperador Francisco II proposiciones de conciliacion. La sana política, la inteligencia de los verdaderos intereses del Austria, que en el dia no podia recordarse sin rubor y sentimiento las memorables y proféticas palabras de Napoleon al general Meerweldt, prescribian al emperador Francisco que diese oídos á las proposiciones ventajosas del emperador de los Franceses. Con todo, éste se engañó extrañamente, si creyó que su suegro se acordaria que habia recuperado dos veces su corona; que Alejandro habia conseguido el salvo conducto de Austerlitz y la paz de Tilsitt; Federico Guillermo de haber subido á su trono; y el republicano Bernadotte, de haber quizá sido agraciado como general, perdonado muchas veces como mariscal, y por último, autorizado y ayudado eficazmente para que tomase asiento entre los reyes. La cuádruple

alianza, ni admitia el perdon de las injurias ni el perdon de los beneficios.

No obstante el descalabro experimentado en el Pasha, en donde la fuerza del número y la casualidad de un malentendido, fue causa de que un cuerpo de ejército no entrase en combate, favorecieron tambien al enemigo, la batalla de Wachau era una victoria; y ciertamente habia dado una nueva y brillante prueba de la incontestable superioridad del ejército frances; pero en aquellas circunstancias necesitabamos uno de aquellos triunfos como los de Marengo ó de Austerlitz, que terminaban una guerra y ponian un imperio á nuestra merced, y no podiamos lisongearnos de haber conquistado este resultado acostumbrado de nuestros antiguos triunfos. Por el contrario, la lucha debia principiarse de nuevo con gran peligro por nuestra parte, á pesar de las ventajas reales de nuestra posicion. Efectivamente, estabamos bien provistos de víveres, mientras el enemigo carecia de ellos; nuestros heridos eran curados y bien tratados en las casas de Leipsick, mientras los de los aliados se veian abandonados á toda clase de privaciones, y sin curarse, en el campo de batalla y en algu-

nos lugarcitos arrasados. El Pleiss y el PASTHA nos circundaban y nos protegían; nuestro ejército ocupaba las posiciones dominantes de la llanura, estando además resguardados por la espalda por el circuito de una ciudad populosa, de cuyas puertas éramos dueños. Por fin, aun en caso de descalabro, paredones, desfiladeros, pantanos, interpuestos entre el enemigo y nosotros, serían otros tantos obstáculos, que darían tiempo al grueso de nuestro ejército que hiciese su retirada con seguridad por el camino de Lutzen y de Weissenfels; empero cien mil hombres mas se habían reunido al general Schwartzemberg. Quizá la admirable constancia de los Franceses, y el genio de Napoleón hubieran conseguido todavía equilibrar esta inmensa ventaja, y atraer la fortuna conjurada con nuestros enemigos, si por una parte la traición consumada en el campo de batalla por nuestros compañeros de armas, y nuestros aliados, y si por otra la inconcebible y criminal inexecución de las órdenes del gran capitán, no hubiese hecho que el suceso se volviese contra nosotros.

La jornada del 17, durante la cual se esperó en vano una respuesta de M. Meerweldt,

no lo fue de descanso para nuestros soldados; pues que la pasaron sobre las armas, ocupados en prepararse, é inundados con una lluvia continua. El Emperador, como cediendo á un presentimiento, se apresuró á enviar las insignias de mariscal del imperio al príncipe Poniatowski, y permaneció en su tienda formando el plan de batalla del día siguiente. En la noche del mismo 17, entraron en línea enfrente de nosotros, los cuerpos de ejército de Colloredo y de Beningsen; el uno se apostó en Grœbern, y el otro en Naumburg; el príncipe real de Suecia llenó el último vacío ocupando á Breitenfeld. Instruido Napoleón de estas circunstancias, reconoció la necesidad de estrechar todavía su orden de batalla, y acercándose mas de Leipsick, unirse mas estrechamente con su izquierda. A la una de la mañana abandonó su tienda, y mandó hacer un cambio de frente, la izquierda hácia atrás, sirviendo de eje el lugarcito de Connewitz. Mientras se ejecutaba este movimiento se fue á Reudnitz á dar sus instrucciones al mariscal Ney; de allí se dirigió á Lindenau, donde mandó al general Bertrand fuese á Lutzen y se apoderase de los desfiladeros del Saale en

Weissenfels. Napoleón visitó á su vuelta los puentes de Lindenau, y mandó que se practicasen, en los pantanos inmediatos, algunos nuevos pasos que pudiesen facilitar la travesía de aquel largo desfiladero, envió dos divisiones de la guardia para que relevasen el cuerpo del general Bertrand, y á las ocho de la mañana etaba de vuelta en su cuartel general de Stœtteritz.

En aquel momento, el ejército de Schwartzemberg avanzaba en tres espesas columnas, la de la derecha mandada por Beningsen, la del centro por Barclay de Tolly, la de la izquierda por el príncipe de Hesse-Hombourg; la primera se dirigió sobre Holzhausen, la segunda sobre Wachau y la tercera sobre Dolitz y Dœzen. El príncipe real de Suecia habia abandonado á Breitenfeld; manióbraba para flanquear la derecha de Ney, y nos acometió por el camino de Taucha á Leipsick. Blucher, que se hallaba á la orilla derecha del Partha, se disponia á pasar este rio. El príncipe de Hesse-Hombourg principió la accion, el cual despues de un ataque vivo y tenaz, se apoderó de los lugarcitos de Dolitz y Dœzen; fue herido y le remplazó el general

Bianchi. El centro enemigo se apoderó igualmente del apero de Meysdorf, y del tejear delante de Wachau. La derecha atravesó el arroyo de Liebertwolkwitz en tres columnas. A las diez, ambos ejércitos estaban enfrente uno de otro, y el cañoneo se abrió en todos los puntos. Los destacamentos franceses puestos delante para contener la marcha de los aliados, tuvieron que replegarse al grueso del ejército. Amenazado Macdonald de ser flanqueado sobre su izquierda por Beningsen, que ya era dueño de Balsdorf, se retiró sobre Stœtteritz, y se extendió hasta Probstheyda, que vino á ser el ángulo saliente de la línea de defensa. Tambien fue allí donde se dirigieron todos los esfuerzos del enemigo. En la derecha, el mariscal Poniatowski era vivamente acometido en Connewitz. Entretanto, Oudinot rechazaba con dos divisiones de la guardia al general Bianchi sobre Dolitz; pero fue socorrido con tiempo por Colloredo; de manera que Oudinot tuvo que moderar su movimiento ofensivo. Poniatowski se vió precisado á replegarse sobre su primera posicion de Connewitz, á causa de tener sobre sí fuerzas demasiado superiores; sin embargó la conservó todo

el dia, á pesar del encarnizamiento de los Austriacos, á quienes impidió de salir de Lœsinig. A las doce se verificó el grande ataque del centro. Probstheyda, donde se defendian Belluno y Lauriston, fue acometido con tanto vigor por el príncipe Augusto de Prusia, que por dos veces perdieron la posicion; pero era tan importante la ocupacion de aquel puesto, que el mismo Napoleon en persona mandó se hiciese una última tentativa, y logró arrojar definitivamente de allí á los Prusianos. Stœttertitz que era el cuartel general del Emperador, y donde se habia replegado Macdonald, resistió á las tropas de Ziethen y de Beningsen, y fue incendiado por su artillería. Eran las cinco de la tarde, y queriendo Napoleon poner fin á aquel terrible ataque del centro, mandó colocar sus reservas de artillería sobre la corona de Probstheyda, y consiguió rechazar al enemigo al valle. Schwartzemberg, rechazado por todas partes, coronó igualmente de una artillería formidable la altura opuesta. De una y otra parte caia la muerte en los dos ejércitos inmóviles, sin que pudiera libertarse de ella ni el valiente ni el cobarde. Este estúpido sacrificio de la disciplina militar,

contra la que el honor prohíbe al último soldado la menor queja, debe parecer sin contradiccion la prueba mas completa del grado de servidumbre que la tiranía de las instituciones puede imponer á las facultades físicas y morales de la multitud. Esta gran destruccion sin gloria y sin pasion cortó el hilo de la vida á una porcion de soldados de ambos campos, hasta que, llegada la noche, trajo consigo la obscuridad necesaria para que no continuase la carnicería.

Empero la batalla tenia todavía dos teatros, pues que el príncipe real de Suecia y el mariscal Blucher tomaron tambien parte en la accion. El mariscal Ney amenazado de ser flanqueado por el primero, cerró la línea circular que formaba el ejército frances alrededor de Leipsick, gracias á un cambio de frente concebido rápidamente y ejecutado con mucha habilidad. Entonces unas tropas de caballería é infantería sajona de la vanguardia del general Reynier, al aproximarse la caballería rusa, en vez de combatirla, corrieron á su encuentro, y ocuparon el puesto de vanguardia que acababan de abandonar en nuestras filas. Esto no era mas que el preludio de una trai-

cion en masa; porque en el momento que el enemigo se presentó delante de Paunsdorf, el resto de las tropas sajonas, que componian dos brigadas con cuarenta piezas de artillería, y la brigada de caballería wurtemberguesa, mandada por el general Normann, se pasaron al enemigo, á pesar de cuantos esfuerzos hizo su digno general para impedirlo. Este general era Zeschau, el cual fiel á su príncipe y al honor, permaneció con nosotros, con quinientos hombres de su nacion que siguieron su ejemplo. Para colmo de horror, apenas llegaron aquellos infames á cierta distancia, principiaron un fuego vivo de cañon sobre la division Durutte, que estaba en línea con ellos. Este atentado militar, el más odioso quizá de cuantos nos presentan los anales de la guerra, tenia su asilo natural bajo las banderas de un ex-mariscal frances, que acababa de dar el último golpe á su patria como príncipe real de Suecia. El enemigo mismo no pudo ocultar la indignacion que le inspiraba semejante perfidia. La conducta del ejército sajón ha podido muy bien ajar, pero no deshonor la senectud de su venerable monarca. La defeccion de estos indignos soldados habia dejado un gran

vacío en la línea francesa, pues reducido el general Reynier á solo cuatro mil hombres, le era imposible conservar á Paunsdorf.

En el mismo instante, otro Frances, el conde de Langeron, atacaba con los Rusos el lugar de Schœnfeld, uno de los arrabales de Leipsick; por dos veces consecutivas se apoderó de él y otras tantas fue arrojado por el sexto cuerpo, el cual, saltándole las municiones, tuvo por último que ceder. Empero, habiendo mandado Ney al tercer cuerpo que relevase al sexto, Schœnfeld cayó de nuevo en nuestro poder. En este estado, Langeron hizo que todo su cuerpo de ejército acometiese, y despues de mil prodigios de valor, tuvo por último que ceder al número el tercer cuerpo, el cual abrumado por aquellas masas, evacuó el lugar. Diez mil hombres de ambas partes pagaron con su sangre la accion de Schœnfeld. El mariscal se replegó sobre Rendnitz, picándole de muy cerca la retaguardia el general Langeron.

Habiendo quedado sola la division Durutte contra el ejército sueco y el cuerpo de Wintzingerode, reforzada en breve con la division Delmas, habia conseguido desalojar á los

Suecos del puesto de Kohlgarten; pero, acometida por treinta mil hombres, no pudo resistir mas tiempo, y el enemigo continuaba su marcha sobre Leipsick. Instruido Napoleon de este peligro tan inminente, se dirigió en persona con una division de su guardia de infantería y caballería, y consiguió rechazar á los Suecos hasta su posicion de Schœnfeld. Animado el Emperador con este triunfo importante, mandó atacar á los Suecos por su izquierda, que un vacío entre ellos y el ejército de Beningsen dejaba á descubierto. Apenas habia desfilado la caballería ligera de la guardia por Moelchau, que se halló detenida en su frente por dos divisiones que sostenian la artillería sajona y una batería inglesa á la Congreve al servicio del príncipe de Suecia. Las masas fueron las que todavía una vez hicieron ceder á los Franceses. Bulow acudió con su cuerpo de ejército, y, á pesar de los esfuerzos de nuestros valientes, se mantuvo todo el día en los lugares de Stuntz y de Sellerhausen, de que se habia apoderado.

Blucher por su parte habia mandado atacar el arrabal de Rosenthal; pero sin buen éxito, á pesar de su tenacidad; por la tarde destacó

hacia Halle el cuerpo de Yorck, queriendo cortar la retirada de los Franceses por la orilla izquierda del Saale, que pareció indicarle la marcha de un tren considerable de bagages en la direccion de Weissenfels.

Solo la noche separó los combatientes y puso termino á la carnicería. Así dió fin la famosa batalla del 18 de octubre. Los aliados, á pesar de sus trescientos mil soldados, nada consiguieron contra Napoleon; y, desanimados con la pérdida de sesenta mil hombres, no se atrevieron siquiera á pensar en apoderarse de Leipsick á viva fuerza; no solamente podiamos defendernos, sino que aun era dudoso que el enemigo osase atacarnos. Sin embargo las municiones faltaban, pues que el ejército habia consumido, en solo los últimos cinco días, mas de doscientos cincuenta mil cartuchos de cañon, no quedando mas que diez mil en los cajones, es decir, apenas para sostener el fuego durante dos horas. Las reservas mas inmediatas se encontraban en Erfurth y en Magdebourg; en consecuencia se ordenó la retirada. Desde el anochecer principiaron á desfilir los parques y equipages de campaña por Lindenau sobre Lutzen; aquí fue donde

Napoleon habia conseguido su primera victoria en aquella campaña; por la noche la caballería, la guardia y una parte de la infantería siguieron el movimiento retrógrado. Los dos leguas de desfiladero que hay desde Leipsick á Lindenau hacian la marcha muy penosa, porque cortado en varias partes no se habia echado ningun puente de antemano, á pesar de las órdenes reiteradas de Napoleon.

A la noticia inesperada de nuestra retirada, los aliados se llenaron de gozo, y lanzaron todas sus masas contra Leipsick. El Emperador deseaba evitar á aquella ciudad desventurada los horrores que la amenazaban; para lo cual permitió, desde el 19 por la mañana, que se intentasen todos los medios, á fin de que no se verificase el asalto y sus consecuencias. El emperador Alejandro y el rey de Prusia llegaron en aquel dia á ponerse á la cabeza de sus respectivos ejércitos. Una diputacion de la ciudad, varios oficiales del rey de Sajonia y unos parlamentarios franceses intercedieron por Leipsick; pero aquellos vencedores que no habian contribuido á la victoria se negaron con un orgullo insensible á una sú-

plica que la humanidad exigia. ¡Perezca Leipsick! aun sin necesidad, esto fue lo que los aliados se atrevieron á pensar y querer. Napoleon, tan generoso en la adversidad como en la prosperidad, como buen Frances, será mas humano para con una ciudad alemana, que los salvadores de Alemania. Entonces le dieron el riguroso consejo, aunque útil y decisivo de quemar los arrabales de Leipsick, y de mantenerse hasta el último momento en la ciudad. Aunque tenia la certidumbre de sacar las mayores ventajas de una defensa prolongada, que aseguraria la retirada de nuestro ejército y quizá restableceria las cosas, no pudo resolverse á aquel acto de barbarie. Por otra parte, algunas horas de resistencia contendrian á los aliados bastante tiempo delante de las puertas de los arrabales y del circuito de Leipsick. El Emperador montó inmediatamente á caballo y fue á consolar al rey de Sajonia. En una larga entrevista que tuvo con él, le relevó de sus obligaciones y contratos que habia hecho, instándole con urgencia, en nombre de su salvacion, á que tratase con los aliados, que sin duda respetarian en él sus canas, la virtud de que estaba adornado y la

clase á que pertenecía. No puede leerse sin emoción la escena de la última despedida de Napoleón y su anciano amigo, como le llamaba. Nada más hermoso y patético que las palabras del venerable monarca, ocupado solamente de los peligros que rodeaban á su ilustre huésped, de quien ha recibido la corona; nada de más grandioso que Napoleón, el cual al acercarse Bernadotte, Beningsen y Schwarzenberg, que habían entrado por tres partes en Leipsick, no cede para retirarse sino á las instancias y lágrimas de toda la familia real cuyos individuos temblaban el verle degollar en su presencia y en su mismo palacio; tal era la idea que se había formado la corte de Dresde de la humanidad de los aliados!

Napoleón trata de salir de la ciudad vieja por la puerta de Randstadt; pero ya no es posible; precisado á retroceder, se dirige á la puerta opuesta, la de San Pedro, y sigue la ronda del Oeste para llegar al arrabal por donde se retiraba su ejército. En el tránsito reconoció por sí mismo el verdadero estado de las cosas, y llevó la atención hasta enviar al duque de Basano para tranquilizar al rey de Sajonia. La retaguardia del duque de Ragusa se

sostenía todavía delante del arrabal de Halle, que Blucher intentaba en vano forzar. Reynier ocupaba el arrabal de Rosenthal; Ney combate en los de Taucha y de Grimma con una constancia sin igual, contra los cuerpos rusos de Woronzow, los Prusianos de Bulow, y el ejército sueco; Poniatowski y Lauriston defienden del mismo modo los arrabales del Mediodía. Los contornos de la ciudad vieja, detras de nosotros, estaban intáctos y podían sostenerse durante mucho tiempo. Dos horas que hubiese durado semejante resistencia, la retaguardia se hubiera salvado y reunido con todo nuestro material al ejército, al cual Napoleón había puesto fuera de peligro.

En un momento tan crítico, en que era preciso efectuar nuestra retirada delante de varios cuerpos que atacaban á Leipsick por todas partes con furor, el Emperador da la mayor importancia al gran puente del Elster, por el que va á parar la ronda sobre el arrabal de Lindenau, recomendando la mayor atención á este puente á los oficiales de ingenieros y de artillería, que debían ser nuestra salvación. Después de haber dado sobre este punto las órdenes más severas, se interpoló

en medio de la multitud en el arrabal, que tiene mas de mil toesas de largo. Habiendo llegado al último puente, el del molino de Lindenau, atravesando mil obstáculos, se apeó y colocó él mismo sobre el camino varios oficiales de estado mayor para indicar á los soldados aislados el parage de la reunion de su cuerpo, ocupándose en seguida de dar instrucciones al duque de Tarento á quien confió el mando en gefe de toda la retaguardia. Apenas acaba, se oyó una explosion espantosa, á pesar del ruido de los cañonazos que tronaban por todas partes, el rey de Nápoles y el duque de Castiglione se llegaron á él y le anunciaron que acababa de saltar el gran puente del Elster. Veinte mil hombres se hallaron separados del Emperador á causa de esta desgracia irreparable y entregados á la mayor desesperacion; los unos juran morir antes que rendirse; otros tiran las armas; otros, suponiendo tambien toda resistencia inútil, se precipitan al Pleiss y al Elster, pero para la mayor parte; las aguas cenagosas de estos ríos se convierten en un abismo donde quedaron sumergidos. El mariscal Macdonald pasa á nado, el general Durumier se ahoga.

Poniatowski contenia todos los esfuerzos de los aliados, haciendo prodigios de valor desde por la mañana; mas luego que supo que no le quedaba la menor esperanza, dijo á sus oficiales: « Ha llegado el momento de perecer » con honor, » y al concluir estas palabras se precipitó sobre el enemigo seguido de algunos caballeros; rodeado por todos lados, lleno de heridas y no pudiendo abrirse paso, atraviesa el Pleiss, se adelanta hácia la orilla del Elster, ocupada ya por tiradores rusos, mete espuelas á su caballo y se arroja al río donde encuentra la muerte. He aquí la causa de este cruel acontecimiento; por fin ya los aliados se habian apoderado de los arrabales, el ejército frances se hallaba reunido sobre la ronda, cuando la defeccion de un batallon de Baden abandonando la puerta de San Pedro, abrió al enemigo la puerta de la ciudad por donde, muy en breve, se precipitaron varias columnas. Mientras tanto, los tres cuerpos del ejército frances que la defendian, no les quedó otro partido que el de retirarse al camino real, combatiendo siempre; la buena presencia de ánimo que manifestaban y su valor heroico hubieran asegurado su retirada, si el oficial

comisionado para la destruccion de los puentes despues de efectuado el paso por nuestras tropas , no hubiera confiado esta importante comision á un simple cabo de escuadra de zapadores. Entretanto , el fuego graneado de fusilería de los tiradores de Langeron sobre las rondas , el fuego de los Badeses y de los Sajones desde lo alto de las murallas de la ciudad vieja , desde donde estos desertores del honor y de la humanidad tiraban sobre nuestros soldados, produjeron un gran desórden alrededor del puente. El zapador , armado con la mecha fatal ; cree que el enemigo se aproxima en masa, y ejecutó la órden que tenia, destruyendo el único camino de salvacion para nuestra retaguardia que todavía contenia la fuerza superior de los aliados. Desde entonces, aquella heróica retaguardia , doscientas piezas de artillería y un material inmenso , todo fue perdido para Napoleon. Los oficiales de ingenieros no se lavarán jamás de la afrenta de un olvido tan culpable de sus primeras obligaciones; el comandante de esta arma confesó el mismo que desde el 5 al 19 hubiera habido tiempo de echar cincuenta puentes en las dos orillas ; en Wagram, solo diez horas de noche

bastaron para echar seis enfrente de los Austriacos. En atencion á esto y á tales precedentes ; que el general de ingenieros aparte como pueda la terrible responsabilidad de un desastre , que casi pesa enteramente sobre su cabeza ; á la verdad los enemigos perdieron mas de ochenta mil hombres , pero esta grandísima pérdida no compensaba la desorganizacion de nuestro ejército , la disminucion de nuestra fortuna y la ruina de nuestra influencia en Europa.

Napoleon se hallaba detrás del último puente de Lindenau, cuando ocurrió la destruccion del puente del Elster ; al momento mandó formar en batalla su guardia y colocar sus baterías, hallándose de este modo encargado de proteger hasta el Saale los residuos del ejército, el cual superior á la funesta impresion de un revés tan acervo , y á las defecciones sucesivas de las tropas de la confederacion , no dejó de combatir desde Leipsick hasta Erfurth , es decir, desde el 20 al 23, y contra fuerzas cuadrúples que las suyas. El enemigo siempre le vió el mismo, siempre digno de su gran reputacion , en Makranstadt , en Friburgo, y particularmente en Kosen. Napo-

leon llegó el 23 á Erfurth, y no permitió que sus generales y soldados descansasen mas que dos dias. Amenazado por Blucher, por el lado de Eisenach, tuvo que abandonar á Erfurth el 25, y dirigirse á Gotha; el 26, se aceptó el combate con bastante seguridad en el bosque de Thuringe; el 28, llegamos á Schlusern, habiendo pasado á Fulda. Allí parecia contenerse el encarnizamiento del enemigo, pues que solo nos perseguian algunas ordas de Cosacos, los cuales, aunque á la verdad nos hacian mucho daño, sin embargo estrechaban por el temor continuo de sus ataques, los lazos de la disciplina, apresuraban la marcha de los Franceses, y el ejército se hallaba siempre mas compacto. Esperabamos llegar sin tirar un tiro hasta las murallas de Maguncia; pero un obstáculo tan grande como imprevisto nos aguardaba á las márgenes del Kintzig, obligando todavía á los Franceses á dar pruebas de su valor con una victoria, en su última estancia en la tierra germánica.

El nuevo ejército austro-bávaro, que se habia reunido en Braunau el 19 de octubre, se habia puesto en movimiento bajo las órdenes del general Wrede, y dirigiéndose á marchas

forzadas por la espalda de nuestras tropas, á fin de cortarlas la retirada hasta la frontera de Francia. El 24, con motivo del rumor de la victoria de Leipsick, se presentó delante de Wurtzbourg; allí se vió detenido por mil doscientos Franceses, cuyo comandante, el general Tharreau, despreció fieramente en su nombre cuantas intimaciones le fueron hechas, para que se rindiese, por un ejército de cincuenta mil hombres. Wrede tuvo la barbarie de cañonear con cien piezas de artillería una ciudad amiga, y la vergüenza de dejar una brigada delante de la ciudadela, donde se habia encerrado Tharreau y sus mil y doscientos valientes.

El 29, ocupaba Wrede á Hanau con el grueso de su ejército. Instruido Napoleon de esta circunstancia, salió de Schlutem y dispersó las brigadas austriacas y bávaras que inquietaban su marcha. Persuadido de que necesita dar todavía una batalla antes de abrirse las puertas de Francia para su ejército, mandó que se dirigiesen sobre Coblenza todos los bagages protegidos por la caballería de los generales Milhaud y Lefebvre Desnouettes. Efectivamente el 30, le esperaban cuarenta mil hombres sobre el Kintzig, delante de Hanau,

acompañados de un tren de artillería formidable. A la salida del bosque que separa los dos ejércitos, como Napoleón carecía de artillería, se vió precisado á suspender el ataque, contentándose con el tirotéo de sus guerrillas. A las tres de la tarde se presentó Drouot con cincuenta piezas de la guardia, é hizo enmudecer el fuego de los enemigos. Pero una carga de la caballería austro-bávara, aprovechándose de la ocasion en que el general Nansouty extendía la suya hácia la derecha, rodeó tan de cerca la artillería francesa, que los artilleros tuvieron que defenderla al arma blanca. Entonces la caballería de la guardia y los coraceros despejaron la artillería, y arrollando con una carga á fondo la infantería, y la caballería del enemigo, dispersaron enteramente su izquierda. Sin embargo de esto, el general Wrede, para favorecer su retirada, empenó su derecha en un ataque vigoroso, el cual, contenido en breve por otra parte de la guardia, no tuvo mejor éxito que el primero; y el ejército austro-bávaro, rechazado hasta la otra parte del Kintzig, no pudo reunirse hasta la noche, bajo la protección de la artillería de Hanau, despues de ha-

ber tenido seis á siete mil bombres muertos, heridos y prisioneros. De este modo se terminó esta batalla que habia preparado la traicion en Ried y en Braunau.

El dia siguiente entró el mariscal Marmont en Hanau; persiguió al enemigo, cayó sobre su ala derecha, y la hizo retroceder hasta el Mein. Esta empresa que Napoleón habia ordenado tuvo todo el éxito que él se habia propuesto. El mariscal Mortier, que se habia quedado el 30 en Gelnhausen, pudo reunirse con el grueso del ejército. Marmont se replegó en la otra parte del Kintzig. El cuarto cuerpo, mandado por el general Bertrand, permaneció delante de Hanau y ocupó la desembocadura del Lamboi. El general Wrede volvió sobre el mariscal Marmont, y quiso tomar de nuevo á Hanau; pero, despues de haber forzado la puerta de Nuremberg, quedó fuera de combate habiendo caido herido, y no pudo evitar que sus columnas fuesen rechazadas hasta la otra parte de la ciudad. Tampoco tuvo mejor resultado el ataque que habia dirigido sobre el puente de Lamboi, defendido por el general Guillemint; á pesar de la inferioridad de sus tropas y la de su artillería que solo era de

doce piezas contra treinta, este general conservó su posición. El cuarto cuerpo, libre ya de todo temor, evacuó á Hanau para tomar el camino real de Francfort. La división bávara que se hallaba en aquella ciudad, la abandonó á la vista de Napoleon. El 31 de octubre, llegó á ella sucesivamente todo el ejército, y el 2 de noviembre, Maguncia recibió dentro de sus muros, por la última vez, al emperador Napoleon y á su ejército.

El general Bertrand fue el único que quedó fuera de la puerta del Rin, y se fortificó en Cassel y en Hocheim. El 9, tuvo que abandonar este último puesto á causa de la superioridad de las fuerzas enemigas, y se encerró en la famosa cabeza de puente de Cassel.

Este fue el último combate de la campaña. Los ejércitos combinados se acantonaron en la orilla derecha del Rin. Blucher se estableció entre Coblenza y el Mein, Schwartzemberg entre el Mein y el Necker, Wrede sobre la orilla izquierda de este rio; Beningsen bloqueaba á Magdeburgo; Klenau contenía en Dresde al mariscal San Cyr: el 28, Saint Priest y sus Rusos ocuparon á Cassel, capital del reino de Westfalia, borrado del número de

los Estados por los aliados, que habian sancionado su erección y tratado con Gerónimo de nacion á nacion; sus tropas invadieron igualmente el ducado de Berg todo entero así como el Hanover; Wintzingerode se extendió en el Oldemburgo y el Ost-Frisa, mientras que Bulow marchaba para insurreccionar la Holanda. Los príncipes aliados, reducidos en lo sucesivo á adoptar los principios, á hablar el lenguaje y á emplear los medios de la revolucion, residian con su estado mayor militar y político en Francfort, desde donde, para completar la ruina de Napoleon, iban á predicar á los pueblos de la Europa la insurrección, como el mas sagrado de los derechos y lo mas indispensable de sus obligaciones, casi en los mismos términos que la Convencion nacional de Francia.

## CAPITULO V.

ESTADO DE LOS NEGOCIOS DE ESPAÑA Y DE ITALIA HASTA FINES DE 1813. — NAPOLEON EN PARIS. — PROPOSICIONES DE FRANCFORT. — SESION DEL CUERPO LEGISLATIVO.

ANTES y despues de la disolucion del congreso de Praga, nuestros ejércitos, excitados en ambas penínsulas por Napoleon, que reconocia muy á fondo los peligros que aquejaban á la Francia, correspondian con la misma constancia, pero con fortuna diversa, á las intenciones del genio infatigable de aquel gran capitán. Acciones gloriosas, perdidas en las breñas escarpadas de las montañas y obscuridas con los desastres del ejército grande, señalaron los últimos esfuerzos del ejército de España, mandado por el mariscal Soult. Los generales Foy, Clausel, Abbé, Reille, Rey, Conroux, Drouet, etc., vincularon sus nombres en aquella campaña desgraciada, en que el valor frances sostuvo el último vuelo del águila imperial sobre la cima de los Pirineos.

A fines de 1813, solo quedó á la Francia en España, el pequeño puerto de Santoña, el cual casi sin defensa, tuvo la misma suerte que Hamburgo, al otro extremo de la Europa, conservando ambos la honra de poseer la bandera tricolor hasta el tratado de Fontainebleau.

El príncipe Eugenio llegó el 18 de mayo á Milan, despues de haberse ilustrado en la retirada de Posen, y haber tenido parte en los laureles de Lutzen; y á mediados de julio, contaba bajo sus banderas mas de cincuenta mil hombres. En el mes de agosto ocupaba en la línea del Save, Wippach, Alpen, Tarvis, Villach, Layback y Trieste; diferentes encuentros, unas veces prósperos y otras adversos, le rechazaron y volvieron á hacerle dueño de esas posiciones, las cuales habria podido conservar, á pesar de la sublevacion de la Iliria y la desercion de todos los soldados de las regiones reunidas á la Francia. Empero, el tratado de Ried entre el Austria y la Baviera, dando repentinamente á la guerra de Italia un carácter mas peligroso, y abriendo á las tropas austriacas los desfiladeros del Tirol, el Virey tuvo por conveniente estrechar su línea. Este

príncipe se hallaba, como su padre adoptivo, con las armas en la mano contra su suegro; y como Napoleon fue vendido con traicion en el campo de batalla, y marchó entre la defecion del rey de Baviera y la amistad incierta del rey de Nápoles, que habia vuelto del ejército de Alemania, ofuscado con la funesta influencia de las seducciones y de las promesas del gabinete austriaco. Si Joaquin, á quien Napoleon y el virey de Italia, llamaron para que auxiliase la Italia, permanece fiel, el camino de Viena hubiera vuelto á ver á Eugenio y Murat, y Napoleon habria debido su salvacion á aquellos dos discípulos suyos y compañeros de armas, á quienes habia confiado las insignias reales de la Italia para que las defendiesen contra los enemigos de la Francia.

La situacion de Eugenio es cruel, pues que se ve condenado á bajar los primeros escalones de la gloria militar de Napoleon, á atravesar las cuestas y no ya las cimas de los Alpes Julianos, de manera que su retirada es un combate perpétuo. El 31 de octubre se apoderó de Basano, arrojando de él á los Austriacos; el 5 de noviembre se replegó sobre el

Adige, despues de haber socorrido á Palma-Nova y organizado la defensa de Venecia, y á pesar de lo mucho que se habia debilitado su ejército nuevo con tantos combates sucesivos, con las enfermedades y con las innumerables guarniciones dejadas en las plazas fuertes, todavía se manifestó digno de los recuerdos que le rodean sobre el teatro de los prodigios del ejército de Italia que mandaba Bonaparte, en el tiempo en que ponía los cimientos de la fama del mayor capitán que han visto los siglos. El 15, batió en Caldiero al general Bellegarde; el 27, pierden los Franceses á Ferrara y Rovigo; los Austriacos se empeñan con tenacidad en ocupar estos dos territorios, porque saben que Joaquin, que ha puesto sus tiendas de campaña detrás de las del Virey, espera noticias del príncipe Cariaty, su negociador cerca del gabinete de Viena. Este príncipe se quedó en Nápoles con el Austriaco Neipperg y un enviado del Ingles Bentinck. La Italia se hallaba inundada de proclamaciones. El general Nugent promete á los Italianos, desde Rávena, la felicidad de que gozan ahora, bajo el dominio de la casa de Austria; Joaquin les anunció sin rebozo su in-

dependencia. Mientras tanto, el Virey manda construir un puente en Borgo Forte, y poner en estado de defensa el fuerte de Plasencia para defender el paso del Pó contra nuestros aliados de Nápoles, casi tan peligrosos como nuestros enemigos de Viena. La posición equívoca, ó por mejor decir amenazadora del rey Joaquin, era el objeto constante de la correspondencia del Emperador con el Virey: *Hacedle todos los agasajos posibles*, escribía Napoleón á Eugenio el 3 de diciembre, *para sacar de él el mejor partido posible*. En el ínterin, y con arreglo á las órdenes del Emperador, las ciudades, los arsenales, los almacenes de las provincias francesas é italianas se abren á los Napolitanos. Joaquin había pedido armas al Emperador, y las recibe para volverlas en breve contra la Francia. Venecia, á quien bloqueaban estrechamente los Austriacos, rechaza sus ataques con vigor. El 19 de diciembre fueron batidos en Cartaguaro; en los últimos días del mes, se realiza enteramente la traición de Joaquin cuyas tropas llegaban á Rimini y á Imola; también habían entrado como amigas en Ancona, y el 30, entraban igualmente, y en el mismo

concepto en Bolonia. Entonces fue cuando el virey de Italia, habiendo recibido refuerzos de España y de Alejandría, tomó nuevas disposiciones militares.

Inmediatamente después de la victoria de Hanau, vuelto Napoleón á Maguncia, consagró seis días en aquella ciudad á la reorganización de su ejército. El duque de Tarento debía defender el Rhin en Colonia, Marmont en Maguncia, el duque de Belluno en Strasburgo; el duque de Valmy fue á Metz á mandar las reservas; el general Bertrand, que dió el último combate sobre el Kintzig, es colocado en primera línea en Hocheim, delante de aquella cabeza de puente de Cassel, baluarte inexpugnable de Maguncia. Todo el resto del ejército había pasado aquel gran límite que la naturaleza y la república habían dado á la Francia. Empero, igualmente que en Torgau, el tifo de los hospitales militares, corta el hilo de la vida á multitud de valientes que habían respetado el campo de batalla, en aquella tierra todavía francesa, en que no quedaron ya más que sepulcros para sus defensores.

El 9 de noviembre, Napoleón estaba de vuelta en París, y tomaba con constancia las

medidas importantes que necesitaba el estado de las cosas, sin perder un momento de vista el curso de las negociaciones.

El Austria habia conocido muy bien que necesitaba tiempo para armar su mediacion, para lo cual empleó los dos meses de la negociacion de Plesswitz y del pretendido congreso de Praga. Lo mismo sucedia, respecto á la coalicion, porque habia resuelto la destruccion y ruina de Napoleon y del imperio frances; con todo, tambien necesitaba tiempo para hacerse abrir todas las puertas de Francia, y realmente habia encontrado los medios en la falaciosa negociacion de Francfort, provocada por el baron de Saint-Aignan, y para la cual se habia manifestado dispuesto Napoleon á los mayores sacrificios. Despues de Leipsick, ya el Austria habia tratado de seducir esa neutralidad, admirable privilegio que la Europa reconocia hacia muchos siglos; la Suiza la habia reclamado de nuevo el 18 de octubre, y Napoleon se habia apresurado á adherir á ella. Pero, el curso del Rhin, desde Basilea hasta el mar, no bastaba á la invasion europea; los aliados decidieron en Francfort que la neutralidad helvética seria tratada como

una parte del territorio frances, y la oligarquía de Berna, que guardaba la frontera alemana, convino en prestarse á la violacion del territorio helvético por el generalísimo austriaco. De este modo, nada podia contener la invasion de la Francia; el Rhin queda á disposicion de los coaligados en Basilea, en Rheinfelden, en Eschafina, y le es abierto el camino de Ginebra. Encargóse el primer movimiento á Schwartzemberg, el segundo á Bubna; Blucher aguardó la noticia de su marcha para pasar el Rhin por Manheim; Bernadotte esperaba tambien en Holanda para entrar en la Bélgica, á que Blucher hubiese entrado en la vieja Francia. Sin embargo, no es comprensible el motivo que causaba tanta circunspeccion, porque detrás de sí no dejaban mas que las guarniciones de Hamburgo, de Dantzick y de algunas plazas del Norte. El 11 de noviembre habia capitulado el mariscal San Cyr en Dresde con sus treinta y dos mil hombres, con los generales Tolstoï y Klenau. Pero el último embajador de Austria en Paris, el generalísimo Schwartzemberg, se negó á aprobar y ratificar la capitulacion; y cuando se adelantaba hácia la Francia, fue

embestido San Cyr y su ejército, desarmado y conducido á Austria. La Europa no reconocia ni leyes, ni juramentos, ni principios de honor, cuando se trataba de negociar con Napoleon. Stetin, despues de ocho meses de bloqueo, abrió sus puertas el 21 de noviembre; el 24 recibió Amsterdam dentro de sus muros al general Bulow, proclamó la independenciam de la Holanda y la vuelta de la casa de Orange; Utrecht se rindió el 2 de diciembre; el 4 entraron los Suecos en Lubeck; el 10, el enemigo ocupó á Breda y Wilhenstadt; en fin el 15, para que no le quedase ya á Napoleon aliado ninguno en Europa, firmó el rey de Dinamarca un armisticio con los Rusos, bien á su pesar. Entretanto, la fuerte ciudad de Torgau, donde se hallaban apelonados veinte y siete mil hombres en las casas de una poblacion de cuatro mil quinientos habitantes, sufre con paciencia todos los horrores de la guerra, y todos los males de la humanidad; víctima de un contagio que hace perecer cuatrocientos hombres, cada veinte y cuatro horas, bombardeada noche y dia, hambrienta y desesperada, no le queda mas asilo para sus muertos que los hielos del Elba. Narbona, su

gobernador y el negociador de Praga, pereció víctima del contagio. El general Dutailis, que le remplazó, tuvo la serenidad y el valor de tener las puertas cerradas al enemigo hasta el último momento.

El 11 de diciembre, en medio de los desastres de sus tropas de la otra parte del Rhin, y de los enredos maquiavélicos de la coalicion, Napoleon dió, en el tratado de Valencey, un testimonio solemne del deseo de hacer la paz, cuyas bases puestas por los aliados reconoció volviendo la España á Fernando. Nunca se ha sabido quien consiguió diferir la ejecucion de este tratado. Este retardo se prolongó por mucho tiempo; sin embargo de la entrada de Fernando en España, habia resultado la reunion de cien mil hombres, que mandaban los mariscales Soult y Suchet desde Bayona hasta Gerona. La España neutralizada repentinamente con la vuelta de su rey, hubiera llamado sus tropas que duplicaban los ejércitos británicos. Wellington, reducido á solo sus Ingleses, no se hubiera atrevido á internarse en las provincias meridionales de Francia. La mayor parte de los ejércitos franceses de España hubieran podido presentarse

en las orillas del Loire á fines de diciembre, ó dirigirse sobre Leon para defender con Augereau la entrada de la Francia oriental á los Austriacos de Bubna. Se ha acusado al ministro de la guerra, Clarke, á lo menos de no haber dado orden alguna á los mariscales Soult y Suchet.

Todavía el duque de Basano habia entablado otra negociacion con el Papa; y la continuó, aunque ya no era ministro de relaciones exteriores; el obispo de Plasencia, que era el plenipotenciario, la dió publicidad por medio de cartas insertas en las gazetas. De manera que Napoleon, tratando con Fernando y con el Papa, se habia anticipado á admitir las bases de Francfort, y desde el momento que las aceptó, se negaron á ellas.

Mientras tanto, un senado-consulta en sesion de 15 de noviembre, habia llamado á las armas á trescientos mil hombres; otro habia fijado la apertura del cuerpo legislativo al 19 de diciembre. El 17 del mismo, un decreto imperial ponía en movimiento ciento ochenta mil guardias nacionales, para reforzar las guarniciones del interior. Napoleon necesitaba de la cooperacion de todos los recursos

de la Francia, y de todos los de su ingenio, en aquel momento en que debia hacer frente á los innumerables peligros que le rodeaban, y para hallar auxilios y zelo, en tan graves circunstancias, habia convocado al senado, al cuerpo legislativo y al consejo de Estado. En los terminos siguientes abrió aquella sesion solemne, cuyas consecuencias fueron tan fatales para la Francia y para él mismo.

SENADORES, CONSEJEROS DE ESTADO, DIPUTADOS DE  
LOS DEPARTAMENTOS AL CUERPO LEGISLATIVO,

« Victorias esclarecidas han ilustrado las ar-  
» mas francesas en esta campaña; empero de-  
» fecciones inauditas y que no tienen ejemplo  
» en los fastos militares, las han inutilizado.  
» Hasta la Francia misma correria gran riesgo  
» sin la energía y la union de los Franceses....  
» Nunca me ha seducido la prosperidad, y la  
» adversidad me hallará superior á sus tiros;  
» frecuentemente he dado la paz á las naciones  
» cuando me la pidieron. Con una parte de  
» mis conquistas, he levantado tronos para re-  
» yes que me han abandonado; grandes eran

» las intenciones que me habia propuesto para  
 » la prosperidad y la ventura del mundo...  
 » Monarca y padre, reconozco que la paz afianza  
 » la seguridad de los tronos y de las familias...  
 » Se han entablado negociaciones con las po-  
 » tencias aliadas; yo he adherido á las bases  
 » preliminares que me han propuesto; por mi  
 » parte nada se opondrá al restablecimiento de  
 » la paz.....»

Los documentos de la negociacion se comunicaron al senado y al cuerpo legislativo, cuyos cuerpos nombraron una comision para su exámen. La del senado presentó el 3o al Emperador su dictámen, aprobando todos los sacrificios que se pedian á la Francia para conseguir la paz..... « Este es el voto de la Francia, decia la diputacion, esta es una necesidad de la humanidad. Si el enemigo persiste en negarse á ella, combatiremos entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos. »

El senado de Roma no se explicaba de otro modo, cuando Annibal acampaba á sus puertas; pero si los tiempos eran los mismos, los hombres eran diferentes.

Napoleon respondió: « Mi vida no tiene mas

» que un objeto, y éste es la felicidad de los  
 » Franceses. Entretanto, el Bearn, la Alsa-  
 » cia, el Franco-Condado y el Brabante, se  
 » hallan invadidos, y los clamores de aquella  
 » parte de mi familia me despedazan el cora-  
 » zon. Llamo á Franceses en auxilio de Fran-  
 » ceses; llamo á los Franceses de Paris, de la  
 » Bretaña, de la Normandía, de la Champaña,  
 » y de otros departamentos para que socorran  
 » á sus hermanos; Los abandonaremos en su  
 » desgracia? *Paz é independencia de nuestro*  
 » *territorio* debe ser nuestra contraseña de  
 » union. Los extrangeros, al aspecto de toda  
 » esta poblacion armada, ó se alejarán de  
 » nuestro territorio, ó firmarán la paz *sobre*  
 » *las bases propuestas por ellos mismos. Ya*  
 » *no se trata de recobrar las conquistas que*  
 » *hemos hecho.*» Esto era hablar como grande  
 » hombre y gran ciudadano. El dictámen de la  
 » comision del senado era igualmente digno de  
 » la nacion, del senado y de Napoleon. Así se  
 » terminaba: « El momento es decisivo. Los ex-  
 » trangeros tienen un lenguaje pacífico; em-  
 » pero, algunas de nuestras fronteras se hallan  
 » invadidas y la guerra está en nuestras puer-  
 » tas. Treinta y seis millones de hombres no

» pueden mirar con indiferencia su futuro destino, ni mancillar su gloria. Reunámonos en-  
 » rededor de esta diadema, en la que el ex-  
 » plendor de cincuenta victorias brilla todavía  
 » al traves de una nube pasagera. *La fortuna*  
 » *no abandona por mucho tiempo las naciones*  
 » *que saben respetarse y no se faltan á sí mis-*  
 » *mas.*» El senado de Roma, el de Esparta y  
 el de 93, hubieran hecho triunfar esta máxima  
 generosa, ó hubieran perecido por ella. Pero  
 pocos meses despues, el gran principio que pro-  
 clamaba el senado de 1813, se perdió para la  
 Francia y para él, sobreviviendo en ella todo  
 entero.

La actitud del cuerpo legislativo fue menos  
 noble; porque en vez de apresurarse á socor-  
 rer á la patria y á su soberano, instruyó el  
 proceso del imperio con la libertad; su comi-  
 sion parecia mas bien el órgano del partido  
 extranjero, que el de los departamentos de la  
 Francia.... « No se trata de humillarnos, dijo  
 » el orador de la comision, *se trata solo de en-*  
 » *cerrarnos en nuestros límites y contener el*  
 » *vuelo de una actividad ambiciosa, fatal á to-*  
 » *dos los pueblos de la Europa de veinte años*  
 » *á esta parte.* Semejantes proposiciones nos

» parecen honrosas para la nacion, *puesto que*  
 » *ellas mismas prueban que el extranjero nos*  
 » *teme y nos respeta.* No es él quien pone coto  
 » á nuestro poder, es sí el mundo atemorizado  
 » que invoca el derecho comun de las nacio-  
 » nes. Los Pirineos, el Rhin y los Alpes, con-  
 » tienen un vasto territorio, del cual muchas  
 » provincias no correspondian *al imperio de*  
 » *las lises, y sin embargo la corona real de*  
 » *Francia, brillaba de gloria y de magestad*  
 » *entre todas las diademas.* — Orador! ex-  
 » clamó el duque de Massa, presidente, *todo*  
 » *cuanto decis es inconstitucional.* — *Aqui*  
 » *nada hay de inconstitucional mas que vues-*  
 » *tra presencia,* » replicó el orador, y conti-  
 nuó haciendo el cuadro del despotismo, bajo  
 el cual gemian los pueblos *del Rhin, del Bra-*  
*bante y de Holanda.*

De manera que la Francia sitiadora y la Fran-  
 cia sitiada supieron al mismo tiempo que el  
 cuerpo legislativo se constituia parte de la opo-  
 sicion. Una mayoría de doscientos veinte y tres  
 votos contra treinta y uno, votaron un men-  
 saje al Emperador, el cual, asi como el dictá-  
 men de la comision, era una verdadera ema-  
 nacion de la declaracion de Francfort, sepa-

rando así el pueblo frances de Napoleon; manifestaba en él con violencia, los deseos de que se reformasen los agravios imputados al gobierno imperial; pedia al Emperador garantías contra él mismo, *garantías para empeñar y obligar á la nacion á que hiciese la guerra nacional.*

Entonces no era tiempo de tratar de teorías; se trataba de ser ó no ser. La obligacion del momento, la que era urgente, y la verdadera constitucional del cuerpo legislativo, consistia en unirse á Napoleon para salvar la patria, *sin levantar la sesion.* Esta obligacion era la de tomar la iniciativa legal de la salud pública, y de reservar para mejor ocasion semejantes reprimendas, como derechos que debian sobrevivir á las desgracias de la Francia, para impedir que nunca se renovasen. Si el cuerpo legislativo, convertido desde entonces de nuevo en un gran poder, hubiese adoptado la resolucion de proclamar por sí mismo la guerra nacional; con solo ésta declaracion, se constituia el dictador político de la nacion en peligro, de la cual Napoleon solo hubiera sido el dictador armado: levantándose entonces toda la Francia en masa á la voz de sus representan-

tes, hubiera arrojado á la otra parte del Rhin á los aliados, demasiado felices de aceptar las condiciones de Francfort, prendas seguras de paz para todo el mundo. Pasiones honrosas á la verdad, pero poco ilustradas, cegaron á los unos, y ódios particulares arrastraron á otros. Una traicion principiada hizo fermentar hábilmente aquellos malos gérmenes que se desarrollaron con una actividad increíble. Napoleon conoció muy á fondo las consecuencias de una division tan contraria á los intereses del pais y á toda sana política; y, no sabiendo que remedio aplicar al mal, mandó á la imprenta á que se echasen encima de la prueba del dictámen y del mensaje, que se destruyesen las planchas de la composicion; además mandó cerrar las puertas del cuerpo legislativo y suspender sus sesiones. Quizá la ley de la necesidad, que todavía es mas imperiosa para los príncipes y los imperios que para los particulares, exigia esta determinacion ilegal y violenta; però era llegado el caso de justificarla con un llamamiento directo y generoso á la nacion, dirigiéndose á ella con la osadía y la confianza de un grande hombre á cuyas órdenes habia operado tan grandes prodigios.

Pero en lugar de esto, ocurrió á Napoleon la malhadada idea de dar á los diputados una audiencia de despedida, manifestándoles su mucho descontento, poco mas ó menos en estas palabras :

« No he querido que se publique vuestro  
 » message, porque era incendiario. De las  
 » diez partes de que se compone el cuerpo  
 » legislativo, las nueve todos son buenos ciu-  
 » dadanos; los conozco, y sabré considerar-  
 » los, cual se merecen; pero la décima se com-  
 » pone de facciosos, de gentes partidarias de  
 » la Inglaterra; vuestra comision y su secre-  
 » tario relator Lainé se hallan comprendidos  
 » en este número; me consta que tienen corres-  
 » pondencia con el príncipe regente por con-  
 » ducto de Deseze, tengo pruebas de ello; los  
 » otros cuatro son facciosos.... Si existen al-  
 » gunos abusos, ¿es por ventura este el mo-  
 » mento de echármelos en cara, cuando dos-  
 » cientos mil Cosacos pasan nuestras fronteras?  
 » ¿Es esta la ocasion de disputar sobre liber-  
 » tad individual, cuando se trata de salvar la  
 » libertad política y la independenciamacio-  
 » nal? Es necesario resistir al enemigo; es  
 » preciso seguir el ejemplo de la Alsacia,

» de los Vosges y del Franco-Condado que  
 » quieren marchar al enemigo, para lo cual  
 » me piden armas con instancia..... En vues-  
 » tro message se trata de separar al sobe-  
 » rano de la nacion. Yo soy solo quien repre-  
 » sento aquí al pueblo, porque me ha dado  
 » cuatro millones de votos: si hubiera de  
 » dar oidos á vuestra demanda, deberia ce-  
 » der al enemigo mas de lo que me pide....  
 » Dentro de tres meses tendreis la paz, ó pe-  
 » receré yo.... Vuestro message era indigno  
 » de mí y del cuerpo legislativo.» Mucho me-  
 » jor hubiera sido haberse contentado con di-  
 » solver la cámara de los diputados que darle  
 » semejante reprimenda. Respecto á la conducta  
 » que habia que tener con el enemigo, Napo-  
 » leon hablaba como la misma verdad; sin em-  
 » bargo en el acaloramiento de la improvisa-  
 » cion se le escaparon muchas cosas que no hu-  
 » biera debido decir. César, habituado al arte  
 » de manejar los ánimos en el senado y delante  
 » del pueblo como en el campo, en el lugar del  
 » Emperador hubiera conquistado y arrastrado  
 » tras sí al cuerpo legislativo. Aunque Napoleon  
 » estaba dotado de una gran elocuencia, no sabia  
 » gobernar sus palabras en todas las circuns-

tancias, y quizá por no poseer ese talento perdió el imperio. Después de esta funesta entrevista con el cuerpo legislativo, sostuvo su resolución con razones de Estado irresistibles; empero esta misma resolución no dejaba de ser una falta enorme, que todo le prescribía evitar aun con riesgo de una revolución. Por fin era preciso salvar la Francia por la Francia, aun cuando hubiera debido perecer el mismo en medio de la tormenta que la hubiera arrancado de manos del enemigo; porque no estaba ya en poder de un hombre y de un ejército el conseguir el precio de los esfuerzos mas heróicos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO.

---

## LIBRO DÉCIMOSEXTO.

---

### CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DE LA NEGOCIACION DE FRANCIA.—DEFECCION DEL REY DE NAPOLES.—CAMPAÑA DE FRANCIA.—CONGRESO DE CHATILLON.

El año de 1814 principió para Napoleon bajo siniestros auspicios en las orillas del Báltico. Los veinte mil valientes, que quedaban de Dantzick, son enviados á los desiertos de la Rusia por orden de Alejandro en desprecio de la capitulación, en cuyo nombre el príncipe de Wurtemberg los declaró libres de volver á Francia; Ginebra, abandonada cobardemente por un magistrado sin honor, abre sus puertas que todavía podían defenderse largo tiempo contra Bubna. Leon, confiado al mariscal Augereau indigno ya de él mismo, Leon, que debía salvar al mediodia

tancias, y quizá por no poseer ese talento perdió el imperio. Después de esta funesta entrevista con el cuerpo legislativo, sostuvo su resolución con razones de Estado irresistibles; empero esta misma resolución no dejaba de ser una falta enorme, que todo le prescribía evitar aun con riesgo de una revolución. Por fin era preciso salvar la Francia por la Francia, aun cuando hubiera debido perecer el mismo en medio de la tormenta que la hubiera arrancado de manos del enemigo; porque no estaba ya en poder de un hombre y de un ejército el conseguir el precio de los esfuerzos mas heróicos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO.

## LIBRO DÉCIMOSEXTO.

### CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DE LA NEGOCIACION DE FRANCIA.—DEFECCION DEL REY DE NAPOLES.—CAMPAÑA DE FRANCIA.—CONGRESO DE CHATILLON.

El año de 1814 principió para Napoleon bajo siniestros auspicios en las orillas del Báltico. Los veinte mil valientes, que quedaban de Dantzick, son enviados á los desiertos de la Rusia por orden de Alejandro en desprecio de la capitulación, en cuyo nombre el príncipe de Wurtemberg los declaró libres de volver á Francia; Ginebra, abandonada cobardemente por un magistrado sin honor, abre sus puertas que todavía podían defenderse largo tiempo contra Bubna. Leon, confiado al mariscal Augereau indigno ya de él mismo, Leon, que debía salvar al mediodia

de la Francia, si el duque de Castiglione se acuerda de cuanto ha hecho en otro tiempo y de las últimas instrucciones de Napoleon, amenazaba caer en poder del enemigo. ¿Seremos mas dichosos en las negociaciones? El sesgo que tomaron no prometia una respuesta favorable á esta pregunta.

El duque de Vicencio, encargado de poderes amplos del Emperador, no habia podido lograr el ser admitido por Metternich. El 18 de enero, todavía esperaba sus pasaportes en las avanzadas francesas. Napoleon habia leído claramente en las proposiciones de los aliados, cuando decia á su plenipotenciario que no eran mas que una máscara. Y seguramente, en vista de los pasos oficiales que resultaron de la nota confidencial de Saint-Aignan, por orden suya, no era permitido acusar al Emperador de obstinacion en no querer poner término á la guerra, cuando, por otra parte, no contaba ya mas que con un pequeño ejército de cincuenta mil hombres para defender la Francia sitiada por un millon de soldados. No solamente era la paz una obligacion para él, sino que era una necesidad, una ley de la fortuna si la conducta de los aliados correspondia á sus declaraciones.

Aquel mismo mes de enero debia ser todavía fatal al honor de la diadema. Un soberano á quien la Francia daba, hacia veinte años, el título de *su primer soldado*, á quien Bonaparte, en reconocimiento de aquel valor que se habia hecho histórico para la nacion, habia unido á su familia y dotado con una de las coronas mas hermosas de la Europa, el rey Joaquin se olvida repentinamente que él por sí no es nada sin la Francia y sin Napoleon. Imita á Bernadotte, cuya condicion política es sin embargo bien diferente, y se apresura á seguir el ejemplo y á abrazar los intereses y las defecciones de las antiguas dinastías. El 6 del mismo mes, firmó un armisticio con la Inglaterra; y el 11 un tratado de alianza ofensiva y defensiva con el Austria; y en virtud de este tratado treinta mil Napolitanos debian marchar contra la Francia. Estas extrañas condiciones, aconsejadas por pasiones privadas y por ódios implacables de los oscuros amigos de Murat, acarrearón la pérdida de la Italia, y son una de las principales causas de la caída del imperio frances. Cierran al Virey el camino de Viena, que una batalla combinada con el rey de Nápoles, le hubiera

abierto infaliblemente como ya queda dicho.

Desde el principio de aquel año parecia que la Francia se hallaba señalada con la misma desgracia tanto interior como exteriormente. Entodo el mes de enero ocuparon los enemigos á Haguenau, el Fort-l'Ecluse, San Claudio, Colonia, Treviso, Vesoul, Epinal, Forbach, Bourg en la Bresa, Nancy, el fuerte de Joux, Langres, Dijon, Toul, Chambery, Chalons del Saona y Bar del Aube. Antes de concluirse el mes de enero, la Francia se hallaba invadida por el Norte, el Este y el Sur; y en donde quiera que teniamos un vecino, pasó la frontera; el mar, bajo el yugo de la marina inglesa, completa el bloqueo continental que nos rodeaba por todas partes. Entretanto, Napoleon, olvidando la resistencia política que acababa de experimentar en el cuerpo legislativo, llamó á las armas á toda la poblacion viril de los Vosges, del alto Saona, del Isere, del Droma, del Jura, del Doubs, del Monte-Blanco, de la Costa de Oro, del Yonna, del Aube y del alto y bajo Rhin. A estas levadas en masa de aquellos departamentos se les dieron oficiales y generales nacidos entre ellos: todas las de la Alsacia fueron confiadas al ge-

neral Berckeim. Por un decreto expedido el 8 de enero, se pusieron en actividad los treinta mil hombres de la guardia nacional de Paris; el Emperador tomó el mando en jefe, y elige para mayor general al mariscal Moncey. Este ejército es el ejército de la capital; él es quien hizo la revolucion en 1789; pero nunca se vió en peligro tan grande. Los inválidos de Fleurus, de Jemmapes, de Arcola, de Austerlitz, de Jena, de Essling, de Wagram, de Friedland y algunos de Moscú, pidieron ser empleados en defensa de la causa nacional; muchos de aquellos veteranos generosos corren á aumentar los batallones del ejército activo. « Ha llegado el momento, decia el *Monitor*, » en que los Franceses de todos los puntos de » este vasto imperio, que quieran libertar prontamente el territorio de la patria y conservar el honor nacional que hemos heredado » de nuestros padres, deben tomar las armas » y marchar á los campos, como valientes y » verdaderos Franceses. » Efectivamente, á pesar de las aserciones contrario y de los discursos péfidos de los conspiradores de Paris, es cierto que la nacion era llamada á tomar las armas, no por Napoleon sino por la Francia.

El destino de Napoleon pende ya de la guerra y del congreso que seguirá todas sus fases; si es dichoso, dictará todavía la ley, y arrojará á los extranjeros de Francia para siempre; si es desgraciado, perderá su corona con el dolor de ver el territorio frances en poder de los aliados. Para sostener la guerra, invoca su genio desde que espera conseguir nuevos prodigios; pero al mismo tiempo le aconseja la prudencia de no prescindir de nada en las negociaciones, así como su dignidad le prescribia igualmente de tomar una actitud conveniente por una declaración franca de sus resoluciones; mandó pues escribir al duque de Vicencio: « La cosa sobre que S. M. ha insistido con mas ahinco, es la necesidad que la Francia conserve sus límites naturales. El sistema de que la Francia vuelva á sus antiguas fronteras, *es inseparable del restablecimiento de los Borbones.* S. M. no ve mas que tres partidos: ó combatir y vencer, ó combatir y morir gloriosamente, ó en fin, *si la nacion no le sostiene, abdicar...* » Todo lo habia previsto Napoleon, y por consiguiente cualquiera cosa que ocurriese no podia sorprenderle.

El 23 de enero, despues de haber confiado

el rey de Roma y su madre á la fidelidad de la guardia nacional, el Emperador firmó las cartas patentes, por las que conferia la regencia á la Emperatriz; el 24, por una confianza que nada justificaba, abandonó la capital de la Francia á su hermano José, que habia perdido Madrid y la España; por la noche abrazó tiernamente á su muger y á su hijo por la última vez, y partió el 25 por la mañana, jurando vencer y salvar la patria. Aun cuando tiene armada contra sí toda la Europa cumplirá su juramento, sino le hacen traicion sus compañeros de armas. El 26, se hallaba el cuartel general en Chalóns del Marne, y las avanzadas en Vitry. Napoleon entra en campaña, y nuestras tropas van á maniobrar en las llanuras de Valmy, donde, veinte años antes, ganaron los Franceses su primera victoria contra los Prusianos, á las órdenes del viejo Kellermann que todavía los manda. Napoleón pasó toda la tarde en recoger noticias de las cosas, las cuales eran así: el ejército grande austriaco habiendo bajado de los Vosges, dirigió su columna mayor sobre Troyes; un cuerpo de la guardia vieja, mandado por el duque de Treviso, defendió el terreno por palmos, dando

el glorioso combate de Colombay y Bar del Aube; sin embargo la ciudad de Troyes no dejó por eso de hallarse en un peligro inminente. El duque de Ragusa se hallaba detrás del Mosa, entre San Miguel y Vitry; el duque de Belluno, que parecia destinado á cometer errores por todas partes, casi tan fatales como si fueran traiciones, habia abandonado los desfiladeros de las montañas, replegándose igualmente que el príncipe de la Moskowa, sobre Vitry-le-Français. Todo el ejército francés, menos el duque de Tarento, á quien el duque de Valmy debia esperar en Chalons, se encontraba reunido bajo el mando del Emperador, que habiendo sabido que el duque de Treviso se retiraba de Troyes, le avisó de su marcha, y vuela, desde el 27, á atacar á un cuerpo de Blucher á San Dizier, le arroja de aquella ciudad con vigor, y separa en dos el ejército de Silesia. La presencia de Napoleon llenó de terror á los enemigos, reanimó á los habitantes y nos proporcionó una multitud de defensores; desenterraron sus armas y se precipitaron sobre el enemigo, haciendo una multitud de prisioneros; por fin el entusiasmo fue universal. Napoleon resolvió evitar la reu-

nion de Blucher con Schwartzemberg, y se dirige hácia Troyes por Briena, donde el rompimiento del puente del Aube habia detenido á aquel general. Napoleon se recogió, porque deseaba que una gran batalla dada para la salvacion de la Francia inmortalizase aquella villa que habia sido su segunda cuna, y aquella escuela militar que se veia obligado á conquistar sobre los Rusos y los Prusianos. Mientras el duque de Treviso llegó de Troyes por orden de Napoleon, el ejército llegó á la vista de Briene, habiendo atravesado un bosque impracticable para otros soldados que no fuesen Franceses. Nuestros ataques sobre el terraplen del parque y á la entrada de la villa baja fueron tan terribles, que apenas pudieron salvarse Blucher y su estado mayor. Blucher era uno de los enemigos mas implacables de esta guerra, y hubiera sido de la mayor importancia el hacerle prisionero, porque un hombre animado de dos pasiones fuertes, como el ódio y la venganza, puede mucho á la cabeza de un ejército que piensa como él. El pueblo, defendido por los Rusos, y el castillo por los Prusianos, presenciaron el combate mas encarnizado, que una igual pérdida hizo

tan funesto á uno como á otro ejército. No parecia sino que Briene era para ellos uno de aquellos lugares sagrados, cuya posesion afianzaba la victoria á los antiguos Griegos. Despues de doce horas de una lucha sangrienta, llegó la noche que no pudo separar á los combatientes; tambien estuvo para ser fatal á Napoleon, porque retirándose á eso de las diez á su cuartel general de Mezerieres, á media legua de Briene, una partida de Cosacos se echó en medio de la columna, y uno de ellos estuvo á punto de enristrarle con su lanza, cuando el general Gourgaud le tiró un pistoletazo, haciéndole caer á los pies de Napoleon. Esta jornada fue desgraciada, porque Napoleon no llevaba consigo mas que una parte de su guardia y de su ejército: el grueso de su ejército marchaba en otra direccion para cortar el camino de Troyes á Blucher, que se replegó silenciosamente hácia Bar del Aube. Al amanecer del 30, Napoleon ocupó á Briene y á su castillo. Afligido de la suerte de sus habitantes, les dió socorros, meditó el restablecimiento de la ciudad, donde resolvió fundar ó una escuela militar ó un sitio imperial. En breve supo que Blucher se habia reunido con

Schwartzemberg, y que con cien mil hombres nos esperaba en las llanuras del Aube. El 1º de febrero aceptó el combate con sus cincuenta mil hombres, casi todos conscriptos de la nueva leva; tenia contra sí los veteranos de todas las naciones, que se habian aguerrido bajo sus banderas y con su ejemplo; lo mas escogido del ejército de Silesia, del austriaco, y la guardia imperial rusa. Napoleon se hallaba en el centro de su ejército en el lugar de la Rothiere, sosteniendo con el mayor denuedo todos los ataques esforzados de los enemigos, que habian dirigido sobre aquel punto el ataque principal. Pero en vano desplegaban una intrepidez heróica los generales Duhesme y Gerard, el uno en la Rothiere, y el otro en Derville; porque la superioridad numérica de los aliados inutilizaba los prodigios del valor frances, sin que pudieramos alcanzar la victoria; los enemigos tampoco la lograron, puesto que nuestras tropas conservaban las mismas posiciones delante de ellos; sin embargo, solo les faltó la osadía para quitarnos el campo de batalla. Por la noche, Napoleon dispuso que nos retirásemos á Troyes, engañando hábilmente á Blucher que contaba destruirnos. El

dia siguiente, el ejército frances dirigió su movimiento sobre la orilla izquierda del Aube, despues de haber cortado otra vez el puente de Lesmont, que habia sido reconstruido el 31 de enero. Empero Marmont, encargado de proteger nuestra marcha, se quedó en la orilla derecha, no quedándole otro recurso mas que pasar el rio en Rosnay. Acometido por los veinte y cinco mil Bávaros del general de Wrede, Marmont se acuerda de Hanau, echa mano á la espada, arrolla á esos infieles aliados pasando sobre ellos, y llegó el mismo dia á Arcis.

El 1º de febrero habia sido evacuada la ciudad de Bruselas. No pudiendo el general Maison salvar la Bélgica, invadida por su antiguo general Bernadotte, se vió precisado á defender palmo á palmo la frontera de Flandes. Eugenio, á quien la agresion de Joaquin habia obligado á replegarse del Adige sobre el Mincio, el 4; esperaba allí á los Austriacos. El rey de Nápoles habia dicho al general Giffenga, ayudante de campo de Eugenio.....

« Hoy debo mi corona al Austria solamente, »  
 » porque podia haberla devuelto á la reina Ca-  
 » rolina, ha preferido conservármela. En su

» consecuencia, la serviré fielmente y con celo  
 » como he servido al Emperador. » Tan enga-  
 ñado estaba Joaquin sobre todo, como sobre su nueva fidelidad, y debió arrepentirse tanto mas de su conducta, cuanto que los cincuenta mil veteranos de Bellegarde habian sido batidos en Velaggio y en Pozzuolo por los treinta mil conscriptos del príncipe Eugenio con pérdida de mas de ocho mil hombres.

Entretanto, Napoleon supo el 3 de febrero en Piney, entre Briene y Troyes, que el dia siguiente debia abrirse el congreso; toda la Europa diplomática y la Europa militar estaban reunidas contra él. Si la posicion habia variado de Praga á Francfort, todavía era bien diferente de Francfort á Chatillon. El duque de Vicencio pidió otros poderes; Napoleon resistió largo tiempo á las exigencias de su situacion, á los recuerdos y á las instancias de cuantos le rodeaban; por último, dió carta blanca á su plenipotenciario « para conducir » la negociacion á un feliz resultado, salvar la » capital y evitar una batalla donde se halla-  
 » ban las últimas esperanzas de la nacion. »

De este modo el duque de Vicencio ya no tiene las *manos ligadas*, y con esta carta blanca

se le recomienda *que la salvacion de la patria depende de una paz ó de un armisticio que se ha de hacer en el corto término de cuatro dias*. Y efectivamente, los soberanos aliados acababan de resolver definitivamente en Briene la marcha sobre Paris, por las dos orillas del Sena. Rechazado Macdonald de Lieja, habia entrado en Meaux, donde contenia á los dispersos; tuvo que evacuar el 5 á Chalons á la presencia del general Yorck. Blucher se habia separado de los aliados para maniobrar aisladamente sobre el Marne. Napoleon, despues de haber señalado su movimiento de retirada el 3 y el 4, con brillantes acciones de vanguardia, y haber obligado á replegarse al enemigo sobre Bar del Aube, habia partido de Troyes para alcanzarle. Entretanto la tristeza reinaba en el corazon del soldado que no tenia costumbre de retroceder á la vista del enemigo: «¿Donde pararemos?» decian al salir de Troyes, ignorando que iban á socorrer á la capital.

El 7, quedó Nogent al abrigo de un golpe de mano con las prontas disposiciones que se tomaron, y con haber roto el puente. Pero los correos de Paris y los ayudantes de campo

del duque de Tarento vinieron anunciando la noticia de la marcha de Blucher sobre la capital, por el camino real de Chalons. La salud ó la pérdida de la Francia dependian en aquel momento del congreso de Chatillon. Napoleon habia dado á su plenipotenciario la medida del peligro público, poniendo entre sus manos la suerte del Estado; seis horas estuvo para resolverse. En Nogent recibió una carta, fecha del 6, por la cual el duque de Vicencio le avisaba el recibo de la *carta blanca* expedida la víspera desde Troyes; este ministro se quejaba de no tener conocimiento del peligro de que le hablaba el Emperador, y pide instrucciones positivas sobre la clase de sacrificios que hay que hacer. Despues de las protestas de la mayor razon y del valor mas inflexible, despues de las congojas de un corazon afligido, resuelto en fin, por solo el interes de la patria, cuyos quejidos creia oír, Napoleon se decidió á abandonar la Bélgica y la orilla izquierda del Rhin, la Italia, el Piemonte, la Alemania, Génova, etc. El 9 debia firmar este pliego á las siete de la mañana, pero á las cinco recibió una comunicacion sobre los movimientos de los ejércitos rusos y pru-

mayor valor de la hacienda de los Grenaux, donde el enemigo habia concentrado sus fuerzas; huye despavorido hácia Chateau Thierry en una derrota completa, con la esperanza de reunirse á Bluchér sobre el Marne. Pero perseguidos los dispersos hasta aquella ciudad, el 12, los Rusos y los Prusianos que no tuvieron tiempo de cortar el puente, entraron mezclados en él con la caballería francesa. Mortier recoge sobre el camino de Soissons á todos aquellos fugitivos de Yorek y de Sacken. Los habitantes de Chateau Thierry recogen los fusiles de los vencidos y se forman en partidarios.

Entretanto, Marmont no pudo contener por mas tiempo á Blucher, reforzado con dos cuerpos rusos y prusianos recién llegados de Maguncia, y hasta se vió precisado á evacuar á Champ-Aubert; al fin tuvo que retirarse, acosado por el enemigo hasta Montmirail; pero de repente vuelve cara y toma posicion en la llanura de Vauchamp; hallándose todavía una vez á la vanguardia, y detrás de él Napoleón con su ejército en batalla. Eran las ocho de la mañana, y sorprendido Blucher, hubiera querido dar la batalla, pero atacado de improviso por nuestra caballería que se pre-

cipita sobre los cuadros prusianos, los rompe y los dispersa, y la retirada que mandaba Blucher no era mas que una dispersion completa. El mismo, al anoecer, envuelto en su estado mayor, no puede desenredarse sino con sable en mano y á favor de la obscuridad. Marmont continua en su perseguiimiento toda la noche. Napoleón volvió á dormir á Montmirail, desde donde envió ocho mil prisioneros rusos y prusianos á llevar á Paris los boletines de aquella gloriosa semana. Puede recordarse aquella famosa campaña de cinco dias, que señaló sus primeros triunfos en Italia, otros van á ilustrar todavía sus últimos combates en Francia.

Los dos caminos reales de Chalons quedaron libres de enemigos habiéndolos limpiado las tropas francesas; entonces Napoleón fue llamado á los caminos del Sena, por donde se adelantaba Schwartzemberg, mientras que Mortier y Marmont se quedaron guardando las avenidas de Chalons. El 15, Napoleón marchó sobre Meaux con su guardia y el cuerpo de Macdonald, previniendo á Victor y Oudinot que el dia siguiente desfilaria por Guignes, detrás de ellos. El 15, á sus cañonazos

se reunió Napoleon á ellos que se batian en la llanura de Guignes; su presencia contuvo al enemigo, el cual le suponía muy lejos de allí. Schwartzemberg, al fin, habia forzado con sus ciento y cincuenta mil hombres los puentes de Nogent, de Bray y de Montereau, y se adelantaba sobre Nangis lleno de seguridad, con la esperanza de llegar á Paris antes que Blucher; la emulacion de estos dos generales era prematura. El 17, atacó Napoleon á Schwartzemberg delante de Nangis; los dragones que acababan de llegar de España contribuyeron al éxito de esta jornada, el general Treilhard era quien los mandaba. Schwartzemberg, vencido como Blucher, experimentó la derrota mas completa. Oudinot y Kellermann persiguieron á los Rusos hasta Nogent; Macdonald á los Austriacos hasta Bray, y Gerard á los Báváros, á quienes destruyó completamente en Santa María y en Villanueva. Victor tuvo orden de apoderarse aquella misma tarde del puente de Montereau, y Napoleon fue á pasar la noche al castillo de Nangis, suponiendo que efectivamente sus tropas ocupan á Montereau y esperando sobre este punto obligar á Schwartzemberg á que acepte la batalla.

El 17, ya entrada la noche, se presentó un oficial austriaco á las avanzadas francesas, para pedir una suspension de hostilidades. Napoleon se aprovechó de esta ocasion para libertarse de la lentitud y de las perfidias de un congreso, y escribió directamente á su suegro, remitiéndole una carta de María Luisa. Manifiesta el deseo vehemente de entrar en composicion con el Austria; pero, despues de pasados aquellos últimos dias de victorias, contaba tratar sobre mejores bases que las de Châtillon, por las cuales se le dictaban las condiciones mas duras. Al mismo tiempo, é inspirado por la vuelta de la fortuna á sus banderas, se apresuró á escribir al duque de Vicencio:

» Os he dado carta blanca para salvar á Paris  
 » y evitar una batalla, que era la última esperanza de la nacion; la batalla se ha dado,  
 » y la Providencia ha protegido nuestras armas; he hecho de treinta á cuarenta mil prisioneros, he cogido doscientos cañones, un gran número de generales, y destruido varios ejércitos, casi sin tirar un tiro; ayer ha principiado á desertar el ejército del príncipe Schwartzemberg, y cuento con destruirle enteramente, antes que haya vuelto

» á pasar nuestras fronteras. Vuestra actitud  
 » debe ser la misma, sin embargo debeis ha-  
 » cer todo lo posible por terminar la paz: pero  
 » *mi intencion es que no firmeis la paz sin ór-*  
 » *den mia*, porque yo solo conozco y sé cual  
 » *es mi posición...* Yo quiero la paz; pero no  
 » una paz que imponga á la Francia condiciones  
 » mas humillantes que las de Francfort.... Es-  
 » toy pronto á suspender las hostilidades, y  
 » *á dejar que los enemigos se vuelvan pacifi-*  
 » *camente á su pais*, si firman los preliminares  
 » cuyas bases serán las proposiciones de Franc-  
 » fort».... Napoleon reconoció al fin toda la  
 fuerza de la carta blanca, puesto que la re-  
 voca; desde aquel momento dejó de existir  
 para él solamente; pero existió siempre para  
 su plenipotenciario, á lo menos hasta el 21,  
 día en que recibió esta carta. Era preciso tener  
 el ánimo de obedecer en Chatillon á las  
 órdenes de Troyes; era preciso desinteresarse á  
 la Inglaterra al punto que recibió los poderes  
 ilimitados. Si, el 7, el 8 ó el 9, hubiese declara-  
 do el duque de Vicencio á lord Castlereagh  
 que abandonaba por la paz, á Amberes, la  
 Bélgica y el Rhin, la paz estaba hecha, á pe-  
 sar de Razumowski y de Stadion. El 8 de marzo,

ya no era tiempo; Metternich lo dijo clara-  
 mente, escribiendo desde Chaumont al duque  
 de Vicencio: «No dudo que diariamente os  
 » hallais en el caso de convenceros que la In-  
 » glaterra va muy de prisa á la consecucion  
 » de sus fines; *el ministerio actual es bastante*  
 » *fuerte para poder querer la paz...* Para con-  
 » *seguir esta paz, es preciso querer tambien*  
 » *los medios, y tener muy presente que la*  
 » *Inglaterra dispone sola de todas las com-*  
 » *pensaciones posibles.*» En Praga, Met-  
 ternich era el intermedio necesario de la  
 negociacion, así es que no tuvo buen éxito;  
 en Chatillon era lord Castlereagh, el cual no  
 hubiera podido menos de aceptar una paz,  
 comprada por los sacrificios especificados mas  
 arriba, sin exponerse á pagar semejante obs-  
 tinacion con su cabeza, si la suerte de la guerra  
 principiaba á mudar de aspecto, como suce-  
 dió realmente, desde el 10 hasta el 19 de fe-  
 brero.

Mientras que estas cosas ocurrían en Nan-  
 gis, se volvió á abrir de nuevo el congreso el  
 17, y los plenipotenciarios aliados presenta-  
 ban su proyecto de tratado preliminar. Re-  
 ducíase este á que el emperador Napoleon de-

bia renunciar á las adquisiciones hechas por la Francia, desde el año de 1792, igualmente que á los títulos, cuya derivacion nacia de su influencia sobre los paises colocados fuera de los antiguos límites de la Francia; la independencia de la Alemania, de Italia y de Suiza; la Holanda debia volver á ser gobernada por la casa de Orange, y la España por Fernando VII, etc. Seguramente que este era el momento de aceptar el tratado preliminar, y de hacer uso de la carta blanca; decíase tambien en él, que solo cuatro dias de término se daban para el cambio de las ratificaciones. Todavía se ignora que motivo obligó al duque de Vicencio á intervenir por la corona de Italia á favor del príncipe Eugenio, del príncipe Gerónimo y del rey de Sajonia, y porque no respondió inmediatamente. Cuatro ó cinco dias despues ya no podia hacerlo, pues que recibió los pliegos de Nangis del 17 y 18, por los cuales revocaba el Emperador los poderes sin límites.

El 17 de febrero se debe marcar en nuestros fastos como un dia fatal, porque el mariscal Victor no ejecutó la orden tan terminante y precisa para apoderarse de Montereau, cuya

ciudad se hallaba ocupada todavía por los Wurtembergueses, que cubrian la retirada sobre Sens del cuerpo austriaco de Bianchi. El 18, se presentó el mariscal delante de Montereau, con ánimo de apoderarse de aquella posicion. Su yerno, el general Chateau, que con tanto valor se habia apoderado de las alturas de Briene, cayó mortalmente herido de un balazo. La accion se hizo general, y la victoria quedó á Napoleon; el cual acordándose de su antiguo oficio, apuntaba él mismo los cañones, exponiéndose alegremente á los tiros del enemigo, y responde á los temores, igualmente que al descontento que manifiesta el soldado: «Nada temais, amigos míos, porque » la bala que debe matarme, todavía está por » fundirse.» Gerard, que contribuyó no poco al triunfo, recibe el mando del cuerpo del mariscal Victor, á quien el Emperador, justamente incomodado de su negligencia y de su lentitud de la víspera, permitió se retirase á su casa; pero conmovido por las lágrimas de un antiguo compañero de armas, y particularmente por la pérdida del general Chateau, tiende Napoleon la mano á Victor, y le envia á mandar dos divisiones de su guardia.

sianos. Leyendo esta comunicacion , una iluminacion de su genio se apoderó de él; el duque de Basano le encontró enteramente distraido. « Ah ! sois vos, » dijo el Emperador, que le ve en la mano el pliego para Chatillon. « Ahora se trata de otras cosas , añadió; estoy » ocupado en este momento en batir á Blucher » con la vista ; marcha por Montmirail. Mar- » cho en este momento , mañana y pasado » mañana le batiré; si lo consigo, el estado de » las cosas variará mucho; y veremos ; en el » ínterin , dejad á Caulaincourt con los pode- » res que tiene. » Era el mismo dia en que Razumowski suspendia el congreso despues de haber violado las formas.

Napoleon dió sus órdenes ; Bourmont quedó encargado en Nogent de guardar el paso del Sena ; Oudinot defendia el puente de Bray. Napoleon llegó por la tarde á Sesana , haciendo doce leguas mortales con su ejército por caminos de travesía. El Emperador marchó de nuevo el 10 por la mañana. Es de advertir que el 9, solo estaba á cuatro leguas de distancia de Blucher , que corria sobre Meaux con seguridad al encuentro de Macdonald ; Marmont tuvo que retro-

gradar á causa de lo malo de los caminos ; Napoleon le hace poner de nuevo en marcha, y consigue aquel mariscal forzar los desfiladeros de San Gord , y quita al enemigo el lugar de Raya. Al principio de la tarde desfiló Napoleon por Champ-Aubert, acometió consus tropas al enemigo , destruye las columnas rusas del general Alsufief , que han defendido á Briene , y dispersa el ejército de Blucher. Nansonty persigue á una parte hasta Montmirail, Marmont persigue á la otra sobre Chalons. Napoleon se detiene en Champ-Aubert, y convida á comer con él á los generales prisioneros. Al informar al duque de Vicencio de este triunfo, se contentó con recomendarle *que tomase una actitud menos humilde* en el congreso. Marmont tenia á Blucher estrechado entre Chalonsy Champ-Aubert. El dia siguiente 11 , Napoleon sigue la pista de Sacken , que marcha sobre La Ferté , y de Yorck que se hallaba ya á la vista de Meaux ; pero sabedores del descalabro de Champ-Aubert , vuelven sobre sus pasos y vienen á presentar la batalla que Napoleon les traia ; un ataque general la decidió muy en breve en favor de los Franceses. Ney y Mortier se apoderaron con el

El 19, el ejército recibió la orden de estrechar al enemigo sobre Troyes, y de despejar la orilla derecha del Sena. Los Austriacos, los Rusos y los soberanos aliados, huyeron en derrota. Paris recibió las banderas de las jornadas de Nangis y de Montereau. El 20, se encontró el Emperador en Bray, donde había dormido Alejandro la víspera; por la tarde entró en Nogent, defendido con tanto valor por Bourmont en los días 10, 11 y 12 contra todo el ejército de Schwartzemberg, siendo allí donde ganó su grado de teniente general. Napoleon continuó su marcha el 22; la retirada de los aliados se convirtió en fuga vergonzosa; cien mil hombres se precipitaron sobre nuestras fronteras, acosados por solo cuarenta mil valientes mandados por Napoleon, que no pudieron decidir á Schwartzemberg á aceptar el combate. Los equipages de los aliados refluyeron sobre los Vosges y las orillas del Rhin; aquel mismo dia, llegaron á Mery del Sena; por la otra parte un cuerpo enemigo fuerza el paso, y se sabe con la mayor sorpresa, que este cuerpo es el de Sacken, que pertenece á aquel eterno ejército de Blucher, que por todas partes se reproduce y parece

renacer de sus ruinas. Una accion vigorosa se empeñó con los Rusos en las calles de aquella pequeña ciudad, de la cual son arrojados, retirándose á toda prisa á la otra parte del Aube. Mientras tanto, las llamas consumian á Mery, el cuartel general imperial se trasladó á la aldea de Chatres, donde pasó Napoleon la noche del 22 al 23 en el taller de un carretero. Por la mañana se presentó el príncipe Wenzel - Lichtenstein, ayudante de campo de Schwartzemberg, portador de una contestacion del emperador de Austria, á la carta escrita el 17 por el emperador de los Franceses. Una conversacion secreta prolongó la audiencia que Napoleon concedió al príncipe. Se asegura que interrogado por aquel soberano, tocante á la influencia que tres individuos de la familia de los Borbones, nuevamente llegados á Francia, parecia que habian tomado sobre las intenciones de los aliados, el príncipe de Lichtenstein habia respondido. « El » Austria nunca accederá á ninguna cosa que » se parezca á esto; que no se trataba, ni » de la existencia de Napoleon ni de su dinas- » tía, y que su mision era una prueba sin ré- » plica, que nada otra cosa se queria sino ha-

» cer la paz.» Entonces Napoleon dijo al príncipe que aquella misma tarde se hallaria en Troyes, desde donde enviaria á las avanzadas enemigas un general para tratar de un armisticio. Inmediatamente despues que se volvió á su ejército el ayudante de campo austriaco, el baron de Saint-Aignan, cuñado del duque de Vicencio, volvia de Paris, de una mision, y fue admitido por el Emperador, á quien encontró muy tranquilo sobre la situacion de las cosas. Dos ministros, á quienes no habian deslumbrado ninguna de tantas victorias, casi milagrosas, que acababan de ilustrar el mes de febrero, habian exigido de Saint-Aignan que presentase al Emperador el estado verdadero de la opinion, de la situacion de la capital, y de los peligros de toda especie que le amenazaban. Los consejos de que se habia encargado eran severos; y los llevó á Napoleon con tanto valor como fidelidad, precisándole con instancia á que correspondiese con los deseos unánimes que se tenian en Paris por la paz, cualquiera que fuesen las concesiones á que hubiese que condescender. Napoleon, satisfecho con sus triunfos y con las últimas palabras de Lichtenstein, resistió á las represen-

taciones de Saint-Aignan; pero la lealtad de este plenipotenciario de la opinion pública no se desconcertó, y le dijo al acabar su mision: « Señor, la paz será bastante buena, con tal » que sea bastante pronta.» — « Bien pronto » llegará, replicó vivamente Napoleon, si es » vergonzosa.» Esta conversacion se extendió, y el ejército se puso en marcha por el camino de Troyes, con tanta tristeza, como cuando el dia 5 del mismo mes habia salido de esta ciudad con direccion á la capital.

Los consejos que venian de Paris, seguramente eran prudentes; las circunstancias les daban mucha fuerza; con todo, si los ministros, particularmente el de la guerra, si el general que mandaba la capital, si José y los demas individuos del gobierno hubiesen llenado la mitad solamente de su obligacion, Napoleon no hubiera tenido que oir semejantes consejos, porque no se habria visto jamás reducido á semejantes extremos. En efecto, aun en la posicion en que se encontraba, su genio, que acababa de atraerle la fortuna por medio de unos triunfos tan increíbles sobre las fuerzas combinadas de la Europa, podia todavía salvarle.

El 23 por la tarde, nos presentamos á la vista de Troyes, cuyas puertas estaban cerradas y aparapetadas; el enemigo parecia querer defenderla, ó por mejor decir, destruirla antes de evacuarla. El combate principi6, pero por la noche pidió el enemigo una tregua para entregar la ciudad al amanecer, pero Napoleon prefiri6 la salvacion de la ciudad á un nuevo triunfo. El Emperador entr6 en Troyes el 24. Cansados los habitantes con diez y ocho dias de dominacion extranjera, manifestaron con sus denuncias que no faltaban traidores que estaban de conivencia con la antigua dinastía. Dos emigrados son acusados de haber llevado publicamente la cruz de San Luis y la escarapela blanca durante la permanencia de los aliados; uno de ellos que pudo ser habido fue afusilado. Napoleon supo que las proclamas de Hartwell circulaban en Paris, y que varias cartas de Luis XVIII habian llegado misteriosamente á manos de los principales personajes del imperio. Supo tambien que el duque de Berry estaba en Jersey, el duque de Angulema en San Juan de Luz con el ejército ingles, y el conde de Artois en el Franco-Condado. Así es que á su entrada en Troyes, expidi6 un decreto im-

poniendo pena de la vida como á traidores, á todos los que enarbolasen las insignias de la antigua monarquía. Sin embargo, en esta misma ciudad de Troyes, el emperador Alejandro habia declarado á M. de Vitrolles que los aliados no abrazaban la causa de los Borbones, cuyos intereses venia á defender aquel negociador oficioso; los demas soberanos tenian el mismo language. Tambien se habia asegurado en Chatillon al plenipotenciario frances, que el conde de Artois habia llegado á Vesoul, sin avisar de su llegada á los aliados y sin su consentimiento, y que iba á volverse.

Esperanzado Napoleon de sacar un gran partido de su nueva situacion, se ocup6 de la suspension de armas. Los aliados se habian retirado sobre Bar del Aube, desde donde hizo proponer el príncipe de Schwartzemberg á Lousigny para la negociacion. El punto mas difícil de decidir era la línea de armisticio. Napoleon exigi6 que se extendiese desde Amberes hasta Leon; esta demanda sorprendió á los aliados. Interin llegaba la respuesta, Napoleon se entregaba á las esperanzas que debia darle la especie de ahinco que habia manifestado la coalicion para una tregua, cuando

en la noche del 26 al 27, descubrió el enigma de aquel ataque de Mery, seguido tan rápidamente de una retirada por parte de los Rusos. Estos eran la vanguardia de otro ejército de cien mil hombres, formado recientemente por Blucher, de los diferentes cuerpos que habían bajado de la Bélgica. Este infatigable general, presente á la refriega del puente de Mery, donde acababa de ser herido, había querido por segunda vez rehacer el ejército del príncipe de Schwartzemberg, pero habiendo destruido esta combinacion la derrota de aquel príncipe cerca de Nangis y Montereau, el general prusiano la había remplazado, poniendo en ejecucion un proyecto mas atrevido y mas brillante, el de llegar él solo á Paris, por las dos orillas del Marne. Efectivamente, á su llegada delante de Sezana el 24, tuvo Marmont que abandonar esta ciudad; Mortier se retiraba igualmente de Soissons, y estos dos mariscalas se replegaron sobre la Ferté-bajo-Jouarre. Lejos de dejarse abatir por un acontecimiento tan imprevisto, Napoleon se encontró por el contrario en su elemento natural, las grandes dificultades. La mas difícil de vencer, es sin duda alguna la de encubrir su par-

tida y la de su ejército, para correr al alcance de Blucher, sin que Schwartzemberg pudiese tener la menor sospecha, en su movimiento de retirada, de esta mudanza. Oudinot y Macdonald debian contener á los Austriacos; el uno ya se estaba batiendo en Bar del Aube; el otro, con Gerard, mandó hacer aquellas aclamaciones de costumbre que anuncian la presencia del Emperador. Este ardid salió bien. Al mediodia Napoleon estaba en Arcis; por la primera vez se encontró llevando de frente dos negociaciones y dos operaciones militares. Llegado á Sezana, supo la marcha sobre Meaux de Mortier y de Marmont, que no habían podido permanecer en la Ferté-bajo-Jouarre. Era preciso libertar á Meaux, porque es un arrabal, por decirlo así, de la capital. Napoleon se dirigió desde Sezana á la Ferté-Gaucher; de allí recibió muy malas noticias; el feld-mariscal austriaco Schwartzemberg descubrió que Macdonald y Oudinot estaban solos á su vista, y en su consecuencia tomó la ofensiva con vigor en Bar del Aube; heridos Wittgenstein y Schwartzemberg en la accion, consiguieron arrinconar sobre Troyes, por la masa de sus tropas, los débiles cuerpos france-

ses que allí estaban. Macdonald, que debía dar la guardia al congreso de Chatillon, debió seguir tambien el movimiento retrógrado sobre Troyes, y por último, Augereau, que recibió la orden mas terminante de rehacerse en el Franco-Condado, tuvo que combatir, ademas del cuerpo de Bubna, el de Bianchi y de Hesse-Hombourg, que Schwartzemberg, embarazado con tanto número de tropas, acababa de dirigir sobre Leon.

Entretanto, Napoleon no perdía de vista su enemigo principal. El 2 de marzo, mientras que se reconstruía el puente de la Ferté-bajo-Jouarre, destruido por Blucher, se detuvo en aquella ciudad para enviar al duque de Vencencio, con una carta autógrafa, *el contra proyecto* que le habia pedido este ministro, en contestacion al proyecto del tratado preliminar de los aliados. Blucher habia emprendido su marcha por la orilla izquierda del Marne, adelantándose sobre Soissons. Todo se hubiera salvado, si Napoleon hubiese llegado á Soissons antes que Blucher obligado de pasar por caminos de travesía impracticables. Los Franceses no perdieron ni un solo momento; Napoleon expidió correos á Paris, á

Chatillon, á Meaux; Mortier y Marmont tuvieron orden de tomar de nuevo la ofensiva. En la noche del 2 al 3, se reconstruyó el puente de la Ferté, y Napoleon pasó el Marne precipitándose sobre Chateau Thierry y sobre el camino de Reims. Todo se dirigió hácia Soissons, como la llave de la puerta del Marne; Marmont y Mortier se dirigieron allí por dos caminos diferentes; este último mariscal confió mucho sobre la suerte de Soissons, defendido por una buena guarnicion, y con las fortificaciones nuevamente reparadas. Envuelto Blucher por todas partes, no sabia como evitar su ruina, puesto que ocupabamos á Soissons. Blucher no lo ignoraba; así es que se propuso apoderarse de la ciudad á viva fuerza y encerrarse en ella; se presentó, y los puentes levadizos se bajaron á su presencia!... Bulow y Wintzingerode, que habian llegado igualmente de la Bélgica, del ejército de Bernadotte, habian amenazado tambien á Soisson el 2 de marzo, é intimidado al comandante que abrió sus puertas! El 4 por la mañana, supo Napoleon, en Fimes, la entrada de los Prusianos en Soissons. El general que habia entregado la plaza se llamaba Moreau;

« Ah! exclamó Napoleon, ese nombre siempre me ha sido fatal. » Efectivamente lo fue.

Perdido Soissons, pasado el Marne por los aliados, era preciso que Napoleon sorprendiese el paso del Aisne. El 5 de marzo, corrió á Bery del Bac del que se apoderó el general Nansouty; así es que el camino de Laon á Reims nos pertenecía. El 6, marchó á Laon, y encontró en las alturas de Craona un ejército ruso en posición; dejó para el día siguiente el dar la batalla. Por la noche supo el movimiento casi general de la población de los Vosges contra los Austriacos que se retiraban, y el concierto de ataque que parecía unir las guarniciones del Rin, las de la Lorena y de la Alsacia, por operaciones ofensivas. Empero, el 7, era necesario apoderarse de Craona; Ney y Victor, á la cabeza de la infantería, Grouchy y Nansouty á la de la caballería, acometieron con su ímpetu acostumbrado, la cumbre de las alturas; los tres últimos cayeron heridos. Belliard se encargó del mando en jefe de la caballería, sostenido por Drouot y su artillería. Al fin, fuimos dueños de Craona, despues de haber experimentado la resistencia mas tenaz. Perseguimos á

los enemigos hasta la encrucijada del camino de Laon á Soissons: resistieron algun tiempo en la venta del Angel Guardian, á fin de dar tiempo á Blucher para que evacuase á Soissons y pudiese reunírseles. La jornada fue sangrientísima, y nuestra difícil victoria tuvo un carácter de tristeza que se manifestó en todo el ejército. Napoleon estaba todavía lleno de muchos cuidados y disgustos cuando llegó á Bray; este triunfo sin trofeos le inspiraba reflexiones profundas. Todos los que rodeaba al Emperador, hombres de estado, guerreros y demas, tenían sus ojos fijados hácia Chatillon.

Rumigny agregado al gabinete llegó de allí, portador de noticias del duque de Vicencio, las cuales tenían un aspecto grave; las proposiciones de Lusigny se calificaron en Chatillon de infracción á las bases de la negociacion; se negaron á admitir á ninguna especie de discusion, persistiendo en exigir, que el duque de Vicencio suscriba á la condicion *de los antiguos límites de la Francia*, ó que presente un *contra proyecto*; sin lo cual amenazaban separarse. El despacho del plenipotenciario trae la mayor urgencia. Ru-

migny llevó el 8 una larga contestacion á la carta del duque de Vicencio, la cual contestacion dió aun una carta blanca, *savlo ratificacion.*

Napoleon se puso á la cabeza de sus columnas, las cuales se hallaban en marcha sobre Laon; se mandó ocupar á Soissons que habia dejado ya de ser una barrera, y á dos leguas de Laon, nos vimos detenidos por el enemigo, que se habia apoderado de un desfiladero enmedio de los pantanos; era ya muy tarde para forzar aquel paso. Napoleon retrocedió hasta Chavignon, donde Flahaut vino á darle noticia del rompimiento de las conferencias de Lusigny. El movimiento de Blucher habia restablecido las cosas por parte de los aliados, porque, llamando á Napoleon sobre sus pasos, ya no tenian necesidad de armisticio. Sin embargo, en la noche del 8 al 9, un hecho de armas, á un mismo tiempo feliz y osado, abre el desfiladero al mariscal Ney; pues que Gourgaud, primer oficial de ordenanza del Emperador, sorprendió las grandes guardias de los aliados. El ejército se hallaba al pie de las alturas de Laon. Marmont, Ney y Mortier tomaron sus disposiciones el 9, para

atacar el 10, al amanecer, aquella fuerte posicion, que fue defendida por el ejército de Blucher, engrosado por aquella avanguardia del ejército de Bernadotte, que se apoderó de Soissons sin tirar un tiro, y que era dos veces mas meroso que el de Napoleon. Laon era el centro casi inexpugnable de las operaciones del general prusiano. En la noche que precedió al ataque, tambien Marmont se dejó sorprender, y su cuerpo fue dispersado. ¡Fatal represalia del hermoso golpe dado por Gourgaud! Así se perdió en un momento, por segunda vez y de un modo irreparable, el fruto de la penosa y sábia marcha de Napoleon. La desgracia de Soissons iba á repararse; pues la osadía de Gourgaud habia conducido el ejército bajo las murallas de Laon! Napoleon montaba á caballo á las cuatro de la mañana, para emprender aquella batalla generosa, cuando supo el desastre de Marmont; entonces debió retirarse sobre Soissons, cuya custodia encargó á Mortier. Desde esta ciudad escribió al príncipe Virey, el 12: « Recibo vuestra carta y el proyecto de tratado que os ha » enviado el rey de Nápoles; bien conoceis » que semejante idea es una locura; sin em-

» bargo, enviadle un agente á ese traidor ex-  
 » traordinario, y haced en mi nombre un tra-  
 » tado con él..... Que este tratado quede se-  
 » creto hasta que se hayan echado los Aus-  
 » triacos del pais, y que veinte y cuatro  
 » horas despues de firmado se declare el rey  
 » y caiga sobre los Austriacos. En este sentido  
 » podeis hacer cuanto queráis. *En la situacion*  
 » *actual, nada debe costar, para que á nues-*  
 » *tros esfuerzos se añadan los de los Napoli-*  
 » *tanos.* » De manera que Napoleon conocia  
 mejor que nadie el peligro de su posicion, y  
 la necesidad en que se hallaba de concluir la  
 paz á cualquier precio.

El Emperador se apoderó el 13 de Reims  
 á viva fuerza, de cuya ciudad habia sido re-  
 chazado Corbineau por un cuerpo ruso, man-  
 dado por el emigrado San Priest. Una escena,  
 que recordó la de Victor en Montereau, ocurrió  
 al dia siguiente respecto á Marmont, el cual  
 vino en persona á dar cuenta de su derrota en  
 Laon. Napoleon le reprende agriamente, le  
 perdona, y convida á comer al que él llamaba  
*uno de sus hijos*. En el mismo dia recibió seis  
 mil hombres que le trae el fiel Jaensens, gene-  
 ral holandés, comandante en los Ardenés. El

Emperador no habia olvidado el informarle de  
 su marcha sobre el Aisne. Este valiente llegó á  
 Reims por el camino de Rethel; un refuerzo  
 de seis mil hombres era un cuerpo de ejér-  
 cito para Napoleon, que combatia con treinta  
 y cinco mil hombres todas las fuerzas del  
 norte de la Europa. Ney avanzó sobre Chalons.

Durante los tres dias de descanso que tuvo  
 el ejército en Reims, dos acontecimientos de  
 la mayor gravedad ocurrieron en el mediodia  
 de la Francia; el 12, entró el duque de An-  
 gulema en Burdeos con el ejército anglo-es-  
 pañol; el 13, volvió á entrar Fernando VII en  
 España, protegido por el ejército del maris-  
 cal Suchet. Augereau, á quien Napoleon ha-  
 bia dado la órden desde Troyes de dirigirse  
 con toda velocidad con sus veinte mil hombres  
 sobre Vesoul, á fin de derrotar á Schwart-  
 zemberg en su retirada, no habia querido  
 obedecer. De manera, que el ejército de Na-  
 poleon no era ya aquella preciosa reserva que,  
 conducida por el antiguo capitán, debia reu-  
 nir bajo su águila los belicosos hijos del Jura  
 y de los Vosges, de la Borgoña y de la Cham-  
 paña; Augereau, el soldado Augereau, des-  
 deñó la gloria que salvaba la Francia; pues

tanto él como su ejército no contaban ya en la defensa nacional. El 21 de marzo, Leon no pertenecía ya á Napoleón; la misma semana habia presenciado la rendicion de Leon y de Burdeos; la una por la defeccion de un mariscal, la otra por la llegada de un príncipe de la casa de Borbon.

Nunca se habia presentado la guerra á Napoleón bajo un aspecto mas amenazador y multiplicado. Los clamores de la coalicion resonaban en Paris. Napoleón estuvo dos veces en Viena y en Berlin; estuvo en Moscú; Francisco, Federico-Guillermo y Alejandro juraron ir á Paris, en donde estaban esperados; Vitrolles les habia asegurado de ello. Schwartzemberg sonó el alarma de la irrupcion sobre Paris. Oudinot y Macdonald evacuaron á Troyes el 14 de marzo, delante de aquella gran insurreccion del miedo. Schwartzemberg se dirigió con confianza sobre Nogent, pues que no tenia á su vista á Napoleón ni á sus tropas.

El 15 por la tarde, Napoleón habia escogido entre Schwartzemberg y Blucher; su decision fue atacar al generalísimo. El 17, marchó sobre el Aube por Epernay; el 18, entró Napoleón en la Fere Champenoise, donde se

presenta Rumigny, que venia de Chatillon. En la sesion del 13, los plenipotenciarios habian estrechado al duque de Vicencio en un círculo de veinte y cuatro horas para dar su contra-proyecto. Segun esta resolucion, su proyecto era casi su *ultimatum*. El duque de Vicencio pidió un nuevo término, y lo obtuvo; el 15, dia de la sesion decisiva, presentó un contra-proyecto, en el que no hablaba nada absolutamente de las concesiones especificadas por el mismo Emperador el 2 de marzo; pero reclamó el gran ducado de Varsovia para el rey de Sajonia, y las soberanías de que gozaban, para la princesa Elisa, para el gran duque de Berg, para el príncipe de Neuchatel, y en fin para Talleyrand. Cuando la suerte de la Francia se hallaba en sus manos, cuando la salud de la patria era la única cosa que deberia haberle ocupado, este plenipotenciario se divertia en querer consolidar la suerte de los pequeños príncipes de Alemania, siendo así que en los pliegos del 8, de que fue portador Rumigny, el Emperador decia formalmente, respecto á ellos: *Dejará que los aliados obren como mejor les parezca.*

La correspondencia y el protocolo de las

sesiones de Chatillon, prueban, que la paz se hubiera hecho el 13, el 14, el 15, el 16 y el 17, si el duque de Vicencio hubiera condescendido con los sacrificios que en su íntima convicción el Emperador no podía evitar. La gloria de una resolución generosa como hábil le quedaba enteramente, y sin ningun riesgo, puesto que tenia en su apoyo las órdenes del gabinete y los deseos de la Francia.

El 18, anunciaron los aliados á nuestros plenipotenciarios que las negociaciones se habian terminado de hecho para la Francia. Esta noticia fatal llegó á la aldea de Chatres en el momento en que Napoleon escribia al duque de Vicencio: « *Ya es tiempo de que sepamos al fin, cuales son los sacrificios que no puede la Francia evitar de hacer para conseguir la paz.* » El 19, recordaron los aliados al duque de Vicencio con irrisión, lo que seis semanas antes habian ofrecido para un armisticio, á lo que en la actualidad se negaban para la paz. Sin embargo, el duque les declaró el mismo dia: « *que no podia considerar como terminada su misión, sin que le hubiesen llevado las órdenes que aguardaba de su corte.....* » Estos eran los pliegos de Reims

del 17. El duque de Vicencio salió el 21 por la mañana de Chatillon, donde quedaron todavía los plenipotenciarios aliados. Todo se conjuraba contra nosotros; los pliegos del Emperador se habian confiado al auditor Frochot, á quien el enemigo detuvo en el camino, sin que pudiese avistarse con el duque de Vicencio hasta el 21, á algunas leguas de Chatillon! Sorprendido con el tenor de los pliegos del 17, el duque se detuvo en Joigny, desde donde escribió á Metternich: *que el correo que acaba de recibir habia aumentado sus pesares; porque el contenido de la correspondencia que me ha traído no me deja la menor duda de la posibilidad que hubiera habido de entenderse, aun en Chatillon.* Quizá era llegado el caso de volverse, porque solo los plenipotenciarios de los aliados tenian derecho á recibir semejante confidencia.

## CAPITULO II.

CONTINUACION DE LA CAMPAÑA DE FRANCIA. —

CAPITULACION DE PARIS.

ENTRETANTO, supo Napoleon en Chatres que la derrota del cuerpo de San Priest en Reims, y su propia marcha sobre Epernay, habian cambiado en retirada sobre Troyes el movimiento general de los aliados sobre Paris. Un terror pánico se habia apoderado de los reyes, y era tan grande el miedo, que el mismo Alejandro decia que la mitad de su cabeza encaneceria. Si los aliados vienen á Paris, será bien á su pesar, y se manifestarán tanto mas irritados contra Napoleon, cuanto que hubieran podido triunfar antes de él. Macdonald y Oudinot, que tuvieron que retrogradar de Provins, se reunieron al Emperador en Plancy; Napoleon creia maniobrar sobre los flancos del enemigo contra un cuerpo aislado. Pocos dias despues, un error enteramente contrario debia serle muy fatal.

El 20, quiso el Emperador atravesar Arcis para subir hasta Bar del Aube; pero las tropas que envió á reconocer el país hasta Troyes, se encontraron con el enemigo. Una accion muy seria se empeñó con la vanguardia. Napoleon se puso á su cabeza con treinta mil hombres, á fin de desembarazar su camino. Un ejército numerosísimo se desplegó delante de él, el de Schwartzemberg...! Cansado de tantos combates parciales; en los que Napoleon multiplicaba sucesivamente la victoria contra los cuerpos del ejército grande de los aliados, al fin se decidió aquel generalísimo á poner un término á tantas derrotas, y desde que el príncipe real de Suecia estuviese en la línea, hacer simultáneamente un movimiento general de irrupcion europea contra la capital. Empero, solicitado de nuevo el emperador Alejandro, habia resuelto marchar sin esperar á Bernadotte. Esta tempestad inesperada era la que Napoleon veia caer sobre su cabeza el 20 de marzo en Arcis, aniversario de tantas fortunas diversas en el curso de su vida.

Napoleon nunca supo retroceder mientras pudo combatir. En aquella jornada, solo se considera como el primer soldado de la Fran-

cia, á quien su vida pertenece enteramente; mil veces la presenta al acero y al fuego del enemigo, que no la quieren, viéndose frecuentemente obligado á servirse de su espada, para hacerse paso por medio de las masas que le circundan por todas partes. Una granada cae á sus pies, espanta su caballo, revienta al fin, y una nube de polvo le obscurece á la vista de sus soldados; empero, ni él ni su caballo tuvieron la menor lesión; en seguida fue todavía inutilmente á buscar la muerte en medio de sus baterías. Mientras que Napoleon tuvo la espada en la mano, Arcis era inexpugnable para el ejército de ciento cincuenta mil hombres que la sitiaban. Llega la noche, la cual no suspende los peligros del día; porque el incendio de los arrabales y el fuego continuo de ambos ejércitos, dan claridad suficiente para la defensa de los Franceses, y los trabajos de los sitiadores, cuya terrible claridad dirige los ataques. Un solo puente queda todavía á Napoleon para libertarse él y sus soldados de una pérdida inevitable; mandó echar otro, y el 21 por la mañana evacuamos á Arcis. Entretanto, el combate iba siguiendo, y la retirada de Napoleon delante de unas masas

tan superiores, fue un brillante hecho de armas que hay que añadir á su historia. El enemigo podia haber aniquilado al ejército frances; pero todavía le teme, tan amenazador es, aun retirándose. Napoleon se retiró sobre Vitry-le-Français. El enemigo se hallaba en posesion del camino de la capital.

Napoleon pasó en Sommepuis la noche del 21 al 22; el 23 se hallaba su cuartel general en San Dizier donde se reunió el duque de Vicencio, á las nueve de la noche. Este ministro escribió á Metternich, dictándole Napoleon: « No habiendo podido llegar hasta esta noche » cerca del Emperador, S. M. me ha dado inmediatamente sus últimas órdenes para la » conclusion de la paz; entregándome al » mismo tiempo todos los poderes necesarios » para negociarla y firmarla.» Finalizada esta carta, y en el momento en que Napoleon montaba á caballo para dirigirse sobre Doulevant, se presentó el baron de Weissenberg, embajador austriaco en Londres, que volvia de Inglaterra; quiso oírle antes de remitir el pliego del duque de Vicencio, confiando, para que lo llevase, al coronel Galbois del estado

mayor del príncipe de Neuchatel. Napoleon prescribió al baron de Weissemberg le siguiese hasta Doulevent, donde le encargó de una comunicacion verbal para el emperador de Austria, relativa á la conclusion de la paz; empero esta comision no podia desempeñarse, porque, con motivo de un movimiento del general Piré en Chaumont y sobre el camino de Langres, el emperador de Austria se habia visto separado de Alejandro, y obligado á refugiarse á Dijon, acompañado de un solo oficial. Si en esta refriega se hubiera cojido á aquel príncipe, su rescate hubiera entrado sin duda por mucho en las condiciones de la paz, y Doulevent habria juzgado el proceso de Chatillon, de Francfort y de Praga.

Napoleon halló en Doulevent un aviso secreto del conde de La Valette, director general de correos, concebido en estos términos: *No hay que perder un momento si se quiere salvar la capital.* Napoleon sabia muy bien que, políticamente hablando, Paris era la Francia; pero, rodeado por el ejército aliado, ¿cómo podia abrirse camino para llegar antes que él á Paris? El 26, un cañonéo muy vivo llamó su atención sobre San Dizier. Atacada

su retaguardia por fuerzas superiores, tuvo que evacuar aquella ciudad. Milhaud y Sebastiani acudieron con su caballería, y rechazaron al enemigo en el vado de Valcourt sobre el Marne. Arrojado el enemigo de San Dizier, donde entra el Emperador, se dispersó en el mayor desorden por los caminos de Bar del Ornain y de Vitry. El 27 por la tarde, supo Napoleon cerca de esta ciudad, que quien le perseguia, no era Schwartzemberg, sino uno de los tenientes de Blucher, Wintzingerode, á quien habian destacado para encubrirle el movimiento general de los aliados sobre Paris. Tambien supo allí que por fin Blucher se habia reunido á Schwartzemberg, el 23, en las llanuras de Chalons, despues de su salida de Arcis; y en el mismo dia, una proclama de los aliados, dictada por los emisarios de la comision conspiradora de Paris, anunciaba á la Francia el rompimiento de las negociaciones y la marcha de Schwartzemberg y de Blucher sobre la capital. « Los aliados, dijo el general Wilson, testigo ocular, se encontraban en un círculo vicioso, del que les era imposible salir, si la defecion no hubiese venido en su auxilio..... El

» movimiento sobre San Dizier, que debía asegurar el imperio á Napoleón, le hizo perder su corona. » Entretanto no desespera Napoleón de la salud de la capital, contando con llegar bastante á tiempo para hacer pagar muy caro á los aliados el error en que estaban desde su salida de Arcis. Mandó á Marmont y á Mortier, que se replegasen á toda prisa sobre París, que detuviesen todos los comboyes, y reuniesen á sí todos los refuerzos. De este modo aquellos dos mariscales presentaron al enemigo, delante de las trincheras de los arrabales, una fuerza intacta que debía sublevar y llamar á sí toda la población de la capital. ¿Que hará Schwartzemberg, cuando halle bajo los muros de París todo el aparato de una batalla de exterminio, en la que medio millon de Franceses combatirán por la defensa de sus hogares, y cuando sienta detrás de sí la llegada como el viento de Napoleón á la cabeza de sus treinta mil hombres esforzados, sostenido por la insurrección de los Vosges, del Jura, del Aube, de la Costa de Oro, etc.?... Si Napoleón hubiese pensado que era ya muy tarde para libertar á París, hubiera ejecutado su primer proyecto, de ir á reunir sus guarniciones de la Lorena,

y la Alsacia; habría llamado á sí el generoso levantamiento en masa de los pueblos mas guerreros de la tierra natal. Por otra parte, su hermano José tenía orden de resistir hasta el extremo, de fortificar las calles de París, de hacer troneras en las casas, de cortar los puentes exteriores, y de quitar todos los barcos. Clarke habia mandado venir de Cherbourg y del Havre ochenta piezas de artillería de grueso calibre, que debian ponerse en batería. La comision de defensa habia circundado París de reductos; veinte mil hombres organizados en los depósitos comarcanos, estan prontos á entrar en línea con las demas fuerzas de la capital. Además del terror que inspira una ciudad tan grande y el zelo de su guardia nacional, cada dia mas vivo, París puede sostenerse el tiempo necesario para que la llegada de Napoleón la liberte al momento; pero por desgracia es preciso contar con la fidelidad de Clarke y con la intrepidez de José!

El 28 por la mañana, salió Napoleón de San Dizier con la velocidad del rayo para la capital; y estaba tan seguro de llegar á Montmartre antes que el enemigo, quanto que, segun

la relacion de sus correos, el camino de Troyes se hallaba libre. De manera que el Sena era el Rubicon de ambos partidos. El Emperador, que se decidió á seguir la orilla izquierda, envía á toda prisa al general Dejean, para que anuncie su vuelta á los Parisienses, haciendo en aquel dia quince leguas mortales consu guardia, y entra en Troyes. Desde aquella ciudad expidió al general Girardin, primer ayudante de campo del mayor general, con la misma comision. Estabamos en el 29, en el instante mismo en que se reunia un consejo en las Tullerias, y á pesar de la oposicion de Talleyrand, que quiere la regencia y se opone con mucho calor á que se alejen María Luisa y su hijo, aquella princesa y el rey de Roma emprenden su viage para Blois, escoltados por dos mil quinientos hombres de línea que hacian mucha falta en Paris. De acuerdo, sin saberlo, con el viejo y antiguo ministro, un niño de edad de tres años y nueve dias habia exclamado en vano, al salir del palacio de las Tullerias: «Yo quiero quedarme en Paris.» Su débil voz no fue escuchada; y sin embargo el instinto de una naturaleza generosa habia inspirado al jóven rey de Roma, como si hu-

biera previsto que la resolucion del consejo destronaba á Napoleon y desheredaba á su hijo. Los grandes dignatarios, los ministros, aun el de la guerra, y el rey José, á quien Napoleon habia confiado la capital, todos siguen apresuradamente los pasos de la regenta, á quien acaban de hacer abdicar con su partida. Talleyrand retardó cuanto pudo la suya para que no se le dejase salir por las puertas; permaneció pues en Paris, á fin de esperar y juzgar de los acontecimientos. La comision se reunió en su rededor; el temor, el interes, la ambicion, todo, excepto el patriotismo, llenaron su casa de concurrentes, la cual se convirtió en el centro de un gobierno desconocido que hoy obra y delibera misteriosamente, y mañana publicará sus oráculos.

El 30, despues de algunas horas de descanso, Napoleon continuó su camino. ¿Qué necesidad tenia de llegar con un ejército? El solo es el ejército que puede salvar á Paris. A algunas leguas de Troyes se mete en un mal carruage de posta que lleva toda la fortuna de Cesar. En cada muda de caballos pregunta donde se halla la Emperatriz y el rey de Roma. Le dicen que su muger y su hijo han

abandonado á Paris , y que se pelea en las puertas..... No corre , vuela.... A las diez de la noche solo cinco leguas le separan de Paris... Dentro de una hora se hallará á la cabeza de los valientes que disputan la capital á los aliados..... *Ya es tarde de dos horas..... Paris acaba de capitular.*

Napoleon se hallaba á pie sobre el camino, en la casa de postas de Fromenteau , cuando recibió esta fatal noticia por el general Belliard, que Paris ha visto figurar entre sus defensores mas ilustres. Los correos enviados por Napoleon á Paris , igualmente que los enviados á los mariscales Mortier y Marmont, habian sido interceptados ; creyendo estos mariscales que el Emperador se replegaba sobre ellos despues de la batalla de Arcis , habian venido á su encuentro hasta la Fere-Champenoise , donde atacados el 21 por el ejército grande de los aliados , y por un huracan espantoso que batia sus tropas por el frente, resistieron durante muchas horas , y tuvieron que ceder al número. Los generales Pauthod y Amey escoltaban un comboy con sus divisiones ; en todo tenian seis mil hombres, de los cuales cuatro mil , á lo menos , estaban todavía vestidos con

los trages que habian traído de sus casas ; eran reclutas de los departamentos del Oeste. Habíéndose encontrado con un ejército enemigo, se dispusieron á vender caro su vida ; las guardias rusas, prusianas y austriacas se estrellaron contra aquellos batallones rústicos. El combate se hizo espantoso ; hombres de todas las naciones acometieron á aquel puñado de Vandeanos , que la víspera de la vuelta de los Borbones , juraron morir por Napoleon , no quisieron dar ni recibir cuartel , y casi todos perecieron. Los generales Pauthod , Amey , Jamin , Delort , Thevenot y Bonté , solos todavía en medio de sus cuadros, echados por tierra, cayeron en poder del enemigo. La muerte de los valientes , que sostuvieron con su ejemplo hasta el último momento , fue el sacrificio de las Termopyles con el ejército de los Sátrapas del Norte ; pero no debia salvar la patria. Este combate heroico , cuya fortuna tuvo consecuencias tan funestas para nosotros , habia originado tal encarnizamiento , que no pudiéndose reconocer los aliados por la variedad de uniformes , se batieron unos contra otros. En consecuencia , el generalísimo mandó á todo el ejército invasor que llevase un lazo

blanco en el brazo izquierdo; dos días después, esta orden de los conjurados de París recibió una pérfida y peligrosa interpretación; dijeron que los aliados habían enarbolado los colores de la casa de Borbon.

Los mariscales habían honrado su retirada sobre París con combates brillantes en Sesana, en Chailly, en la Ferté-Gaucher, en Triport, en Meaux y en Vila-Parisis. Separados uno de otro en Nangis, Mortier había marchado por Guignes, y Marmont por Melun. Reunidos en Brie del Conde-Robert, llegaron juntos á Charenton, donde dieron las disposiciones necesarias y ordenaron sus tropas para la batalla del día siguiente 30 de marzo; ésta fue la batalla de París. El 29, los aliados refluieron sobre París por los caminos del Norte y del Oeste. Entretanto, los mariscales consiguieron reunir, en aquella terrible situación, algunos miles de hombres de los depósitos, diez mil ciudadanos de la guardia nacional parisiense y varias compañías de artillería, formadas espontáneamente por los generosos alumnos de la escuela politécnica. A las cinco de la mañana emprendieron el combate Mortier y Marmont, á la cabeza de treinta mil

hombres poco mas ó menos. Nunca habían manifestado los Franceses tanto valor; los pueblecitos de Pantin y de Romainville, ocupados y desocupados muchas veces por los enemigos, al fin quedaron en nuestro poder. El enemigo dejó doce mil muertos bajo los muros de París; nuestra pérdida fue mucho menor, á pesar de que nuestras tropas no combatían sino para morir á la vista de setecientos á ochocientos mil habitantes que no supieron sostener á los vivos, ni reemplazar á los muertos. Ni José, ni el ministro de la guerra Clarke habían organizado la defensa material de la capital, á pesar de que la comision de defensa había proporcionado todos los medios para ello. El ministro se había negado á distribuir veinte mil fusiles que habia en el Arsenal, á otros tantos valientes que los pedían. Al medio día, la gran ciudad y el pequeño ejército se hallaron circundados por la inundacion extranjera en Montmartre, en Charona y en Vincennes. Entonces el rey José, que preguntándose á sí mismo ¿Qué haria mi hermano en mi lugar? hubiera debido permanecer en su puesto hasta el último suspiro, mandó capitular á los mariscales, y se puso en marcha para

el Loire. Clarke, quizá el único ministro cuya presencia en París era su primera obligación, y que debía responder particularmente al Emperador de la capital, se dió prisa en seguir al príncipe fugitivo que no había sentido hervir en sus venas la sangre de Napoleón.

Entretanto, mientras que Marmont negociaba un armisticio, el enemigo progresaba en sus operaciones con solo desplegar sus masas; pues que ocupaban á Mont-Luis, Belleville, Menilmontant, el cerrillo Chaumont, la Villette, etc., y Blucher amenazaba forzar la puerta de San Dionisio, cuando por ambas partes se suspendieron las hostilidades. Contodo Mortier tenia delante de sí á Kleist, Yorek, Woronsow y al emigrado Langeron. El mariscal y Belliard, su gefe de estado mayor, ignoraban la huida de José. A pesar de lo débil de sus fuerzas, continuaron imponiendo al enemigo, que no sabia que partido tomar al pie de las alturas de Montmartre, cuando llegó el ayudante de campo Dejean, expedido desde Doulen court por Napoleón, prescribiendo al mariscal diese aviso al príncipe de Schwartzemberg de las proposiciones de paz echas al emperador de Austria. El mariscal se apresuró

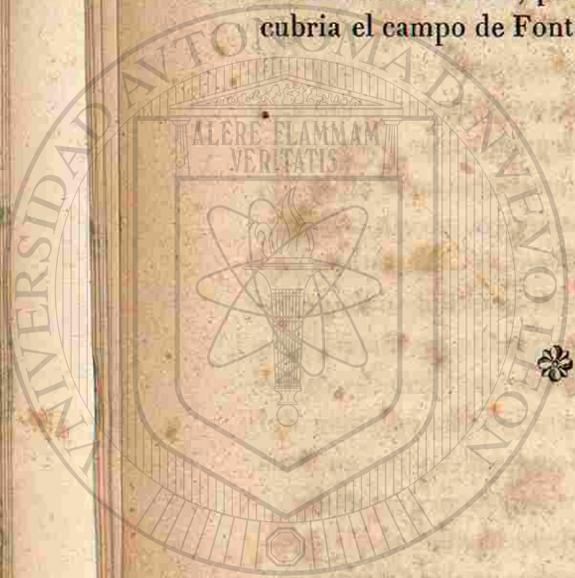
á obedecer; pero el príncipe respondió con la declaración de los aliados, despues del rompimiento del congreso de Chatillon. Durante esta comunicacion, como Mortier no sabia nada, por no haberle dado conocimiento Marmont de la órden de capitular, se mantenia firme, y respondió en los términos siguientes á la intimacion de un ayudante de campo de Alejandro: « Porque los aliados se hallen al » pie de Montmartre, no por eso estan en Pa- » ris; mis soldados y yo pereceremos bajo sus » ruinas antes que aceptar una capitulacion » vergonzosa; por lo demas, cuando ya no » pueda defender la capital, bien sé donde y » como efectuaré mi retirada á vuestra vista y á » vuestro pesar. » De este modo recordó Mortier á los Rusos el héroe de Dirnstein. Mientras tanto, Marmont acababa de concluir la suspension de armas, y habiendo por último tenido noticia de ello Mortier, se reunió á su compañero para tratar. El armisticio no daba otra línea á los mariscales mas que el circuito de París; de manera que había que entregar Montmartre á los aliados. El emigrado Langeron tuvo conocimiento de este tratado; pero impaciente de distinguirse contra la capital de

su antigua patria , no quiso esperar la evacuacion de Montmartre , alcanzándole á viva fuerza , y á pesar de la suspension de armas , todavía duró el combate desde Montmartre hasta Neuilly. La capitulacion se discutió vivamente en la Villette por los mariscales ; conviñose en que el ejército se retiraria con su material y tendria toda la noche para salir de Paris. Esta convencion era verbal. El consejo encargó á Marmont su redaccion y que la firmase en nombre de su compañero ; las tropas de ambos mariscales se dirigieron sobre Fontainebleau por la puertas de Maine y de Orleans. Mortier fue el primero que evacuó á Paris , y salia de Villejuif , en el momento en que el general Belliard daba cuenta á Napoleon de la toma de Paris. Napoleon le escuchó con el mayor silencio : « Pues bien , dijo , vamos á Paris ; marchemos. — Pero , Señor , le respondió Belliard , si ya no hay tropas en Paris. — No importa , replicó Napoleon ; allí encontraré mi guardia nacional ; mi ejército se me reunirá mañana ó pasado mañana , y yo restableceré las cosas ; seguidme con toda vuestra caballería. — V. M. se expone á caer en manos del enemigo , res-

» pondió Belliard , y á que saqueen la capital , pues se halla circumbalada por mas de » ciento treinta mil hombres. Yo mismo he » salido por una convencion , y ni mis tropas » ni yo podemos volver á entrar. » A estas palabras , Napoleon se encaminó á la casa de postas , mandó tomar posicion y se resolvió á enviar al duque de Vicencio para tratar. Habiendo llegado este plenipotenciario á Bondy , cuartel general de Alejandro , no sin trabajo , dió cuenta de las órdenes de que estaba encargado. Alejandro remitió el dar su contestacion despues de su entrada en Paris , que iba á verificarse. El duque de Vicencio volvió á esperar en aquella ciudad la audiencia del Czar , y Napoleon se decidió á esperar en Fontainebleau el resultado de esta negociacion.

Cincuenta mil hombres le quedaban todavía , que iban llegando de la Champaña , por Sens , de Paris por Esona. Estas reliquias del honor militar de la Francia , iban á concentrarse alrededor del gran capitan por el que estaban prontas á combatir y morir. Los soldados de Marmont y de Mortier , que acababan de ilustrar todavía una vez las águilas de Napoleon , debian proteger contra la ciudad ene-

miga, contra la capital, el cuartel general de Napoleon. El Emperador confió á su antiguo ayudante de campo, á Marmont, el puesto avanzado de Esona, puesto de confianza que cubria el campo de Fontainebleau.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

